

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 15 - 21 agosto 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 298

## MERIDIANO DE LA MODA PASA POR ESPAÑA

### MODISTOS LEVANTAN TELÓN DE SUS SECRETOS

### LINEA ESPAÑOLA RENDE A LA FRANCESA

### DECLARACIONES DEL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE PORTUGAL, ESPECIALES Y EXCLUSIVAS PARA EL ESPAÑOL

El Estado portugués de la India no es nada que se parezca a una colonia» (pág. 51)

ISIDORO ROMERO, UN TORERO ENTRE  
DOS SIGLOS.  
Reportaje en el II centenario de su nacimiento, por José María D. Leyto (pág. 32)

Nota del director a don Isidoro del B... (pág. 10) \* Murcia se defiende con... el calor \* Por tierras de romeros fren... a la luz compostelana \* El verano en... montes aragoneses \* La Costa del Sol... mión de Castilla la Nueva.—Crónicas de... nostros enviados especiales, Carlos Rive... (pág. 11), Aurora Cuartero (pág. 15),... Joaquín Ruiz Catarinéu (pág. 18) y Con... F. Luna (pág. 22) \* Las elecciones del... de abril de 1931 vistas desde Goberna... en. Notas y apuntes para las Memorias... un redactor político, por Francisco Ca... (pág. 25) \* Historia «verdadera» del... blico Español de Barcelona, por Joaquín... ntaner (pág. 28) \* Entrevista con Fer... ndo Fernán-Gómez (pág. 45) \* El libro... es menester leer: «El tesoro de Scrib... (Antología de cuentos clásicos norte... ericanos)» (pág. 48) \* Asalto a Extre... Oriente, por el abad de Cobrecos (pá... 54) \* Las fiestas españolas de la... nunciación de la Virgen, por Gerardo Rodr... , enviado especial a La Alberca, Pam... nia y Burgos \* Otto John, reportaje so... la fuga del Jefe del Servicio Secreto... Alemania occidental, por F. Carantoña... (página 60)

«MAITE», novela, por Luis de Castresana  
(Página 38)





# Frescura interna

Estos fabulosos cetáceos,  
con agua por dentro y por  
fuera, deben de sentirse  
tan felices como nos-  
otros cuando, agobia-  
dos de calor, refres-  
camos el cuerpo in-  
teriormente con  
"Sal de Fruta" ENO



C.S. 14.108

# "SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

## REFRESCA Y ENTONA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

# EL MERIDIANO DE LA MODA PASA POR ESPAÑA

## LOS MODISTOS LEVANTAN EL TELON DE SUS SECRETOS

### LA LINEA ESPAÑOLA VENCE A LA FRANCESA

AL comienzo de cada verano, y aun bastante antes, cuando toda la gente se dispone a descansar una temporada más o menos larga, unos pocos hombres y unas cuantas mujeres entran en un período de actividad febril. Son los estados mayores de la alta costura, que planean su campaña de invierno. Una campaña cuyas victorias o fracasos alcanzan a todas las mujeres del mundo. Y, desde luego, a los bolsillos de todos los maridos.

Hasta hace algunos años, ya bastantes, la dirección de esta «guerra total» la acaparaban, sin disputa, los modistos franceses, que, en cierto modo, vinieron por este sorprendente camino a continuar la tradición guerrera de Francia, a heredar, es un decir, el ímpetu y la expansión bélica de los ejércitos napoleónicos. Y así, por ejemplo, casi tanto han valido para el prestigio de Francia las genialidades estratégicas de Bonaparte como las genialidades costureras de Christian Dior. Y tan brillante y efímera fué la toma de Moscú como han sido efímeras y brillantes cualquiera de los «new-look», de las nuevas líneas o «aspectos», del célebre y voluble modisto francés.

Pero han pasado ya los días en que Francia, primero con las bayonetas, después con las tijeras, dictaba al mundo la última moda en las formas de Gobierno y en la hechura de los vestidos. Y ante cada nueva temporada invernal, no sólo se hacen planes, se preparan modelos y se exhiben colecciones en París. Los modistos italianos, los ingleses—y, desde hace poco, también los irlandeses—y los españoles tienen su propio punto de vista sobre la nueva moda de cada nueva temporada, su opinión propia sobre el desarrollo de cada campaña. Y su influencia. Y su repercusión.

Ahora, en plena canícula, se pasan las colecciones para los «compradores»—los americanos, sobre todo—y para los chicos de la Prensa, encargados de anticipar la buena nueva, o de advertir



Cuatro modelos de Rosina



la desgracia que se avecina. Que de todo hay. Luego, en el principio del otoño, las modelos desfilan por entre los clientes, para el público, para el comprador particular.

Son precisamente estos días, los días de preparación de las colecciones y los días de la primera exhibición, los días críticos de la batalla. Las horas en que se puede vencer, o quedar derrotado, en que una firma alza su cotización o se desmorona un prestigio. Y también son los días del espionaje que, en esta guerra de la moda hay tanto y tan peligroso como en la otra, y, por lo tanto, son además los días de la copia, del plagio.

A todo esto, ¿cómo van a vestirse las mujeres en 1955? ¿Cuáles son los perfiles de la nueva moda? ¿Qué «gritan» desde París, qué ofrecen en Londres, qué han hecho en Roma? ¿Cómo son las colecciones que han «pasado» esta semana en Madrid Pedro Rodríguez, Manuel Pertegaz y Rosina? ¿Cómo deben vestirse este invierno las elegantes españolas y las españolas elegantes?

Vayamos por partes y empecemos por «eso» que preocupa tanto a todos: por el trompetazo 1955 del popular monsieur Dior.

#### DIOR 1955: UNA LINEA ANTIFEMENINA Y UN RETROCESO A LA EPOCA CURSI

No sé si, además de pasar a la historia de la alta costura, Christian Dior ocupará, en su día, un lugar en la galería histórica de los especialistas en la propia propaganda, de los grandes extravagantes, junto, por ejemplo, a Salvador Dalí o a Orson Welles. De todas formas, lo merece. Porque hay en su forma de trabajar, en su manera de ofrecer los frutos de su ingenio, mucho de pura y simple propaganda personal, mucho extremismo, al parecer, calculado para que, bien o mal, se hable de él. Es esta línea, la línea de su autobombo personal, la única que no abandona jamás, la única de la que no se desvía un milímetro. Un año bajó las faldas hasta los tobillos. La caída del telón fué sensacional. Otro año, otro acto de la comedia, levantó el telón, de golpe, a las rodillas. Hubo división de opiniones, pero siguió la sensación. Y ahora, un nuevo y espectacular tru-

co: Dior ha declarado fuera de la ley las dos líneas más bellas y más características de la mujer: la del pecho y la del talle.

He aquí las nuevas consignas, los trazos principales, de su «línea H»:

1.º El pecho aplastado, hacia arriba, por un corsé, diseñado por el propio Dior, que baja hasta la mitad de las caderas.

2.º El busto estrechado y alargado todo él por dicho corsé.

3.º La cintura sin apenas forma, ocultada, disimulada, como si fuera un defecto físico.

4.º Las caderas acentuadas por un cinturón, o porque de su mitad arranca la falda, o en ellas termina la chaqueta.

5.º Faldas plisadas o estrechas, de tubo; sobre todo, estas últimas para los trajes de tarde. Longitud, normal.

6.º Espaldas estrechas.

Sobre estas ideas maestras o claves, Dior desarrolla, preferentemente en terciopelo, «lamé» y telas bordadas al estilo Renacimiento o como los mantones de Manila, su exagerada teoría del «salto atrás». Teoría que arranca de un pensamiento central que, por delicadeza, transcribimos en francés: «Je ne puis plus voir les seins sous les sweaters, ni le genre starlette.» ¡Tente, pluma amiga!

En esta teoría, la Prensa francesa, atenta a mantener en alto el «mito Dior», ha encontrado pie para inflar el perro. Hasta tal punto, además, que incluso le han encontrado repercusiones biológicas y sociales. Hablan de la llegada de un tipo físico nuevo con la misma seriedad que si de la «línea H» fuera a nacer una Humanidad femenina nueva. Si se refieren a un tipo de mujer que no lo parezca, quizá tengan razón. Una mujer alargada, como deformada por un espejo cóncavo, de cara pálida, de pelo aplastado y corto. En suma: poco más o menos, la típica figura de una adolescente enferma. La estampa, la protagonista, de una novela cursi de Courths-Mahler. (Para no ofender a vivos.)

De lo que significa la «línea H», de su valor artístico y de su posible originalidad, hablaremos más adelante. Basten ahora, para completar el cuadro de la resurrección de nuestras abuelas, unas pinceladas más: las pieles favoritas de la colección son la chinchí-

lla, el castor, el zorro y el «brètt-schwanz», de las cuales se hacen también los bolsos, muy grandes, que acompañan a los conjuntos; joyas favoritas, las perlas, en collares de cinco o seis vueltas o de una vuelta muy larga; zapatos de satén, con hebillas, y tacón alto; las medias, naturalmente, las suyas: «les bas Christian Dior», con encaje incrustado en el empeine.

#### DOS EN DISCORDIA: FATH Y GIVENCHY

La «línea H» no ha sido, ni mucho menos, un éxito, como no lo fué la línea Maginot. Y, como ésta, tampoco ha sido defendida bien por los propios franceses. Claro que aquí, en la moda, cada uno hace la guerra por su cuenta.

Por lo pronto dos modistos de París, antiguo único centro de la moda, dos muy importantes, han lanzado otras líneas. Fath ha sacado a relucir la «línea S»: trajes «ligeramente modelados por delante, pero sueltos y abultados por detrás». Esta idea define el aspecto general de su colección. Sus trajes de sastré son, o muy, o ligeramente entallados. Desaparecen en ellos las solapas clásicas y las reemplazan grandes cuellos, lisos o drapados, y solapas descomunales abiertas en forma de orejas. Sus trajes de tarde ofrecen un falso aire de «pull-overs». En los abrigos, rectos, descansa sobre las caderas un cinturón flojo. Por último, en los trajes de noche se deja seducir por la alegría colorista de las telas del siglo XVIII. Sus tipos de mujer, en esta colección, no deben ser ciertamente muy originales, al menos juzgados por sus nombres: «Vamp», «Belle créature», «Jeune fille», «Distingué».

Si Fath se ha salido con su «línea S» un poco por la tangente, Givenchy lo ha hecho más a la española: Givenchy ha salido por peteneras. Su colección tiene, toda ella, un aire juvenil. Presenta trajes con chaquetita corta, y en los de noche, aparece fuertemente influido por el traje típico andaluz: ceñidos hasta más abajo de las caderas, y, desde ahí, abre la línea en unas señas de volantes de gran amplitud, de exagerada amplitud. Por eso decía que ha salido por peteneras.

#### LOS ESPAÑOLES DE BALENCIAGA Y CASTILLO-LANVIN

Lo sabe todo el mundo, pero conviene repetirlo. Resulta que la tan cacareada moda francesa la hacen todos los años, en su mejor parte, modistos o diseñadores españoles. Observación interesante, sobre todo para los «snobs», partidarios de ir a buscar fuera de casa el sabor de los guisos de su propia cocina.

Vamos—y me refiero a algunas damas que siguen deslumbradas por el añejo prestigio de París—, algo así como ir a comer paella a Nueva York teniendo en Valencia la casa de la Marcelina. Y no es propaganda, que bien ajena andará ella a su esporádica aparición en este artículo.

Balenciaga, al que la Prensa francesa piropea con entusiasmo hasta en sus momentos de menor



Modelo de traje de cocktail, organza verde con tres volantes



Las elegantes tienen que elegir en los diversos modelos presentados en esta colección madrileña

fortuna; al que llaman «gran señor de la costura», «supremo maestro de la elegancia», «inspirador de los periodistas», es español. Castillo, lleva un apellido ilustre en nuestra historia. El diseñador actual de Pierre Balmain también tiene por lengua materna el castellano. Si, con gran parte de razón, los suizos y los italianos pueden decir que la moda francesa está hecha con sus telas, nosotros podemos completar la frase añadiendo «y diseñada o creada por españoles».

Pues bien; Cristóbal Balenciaga no presenta ninguna sorpresa notable. Quizá sólo merezcan reseñarse en esta visión general del panorama de la moda en París estas notas: en los trajes de noche, la falda es más corta por delante que por detrás; traje chaqueta noble; espaldas cómodas y chaquetas de longitud normal, ligeramente entalladas.

El árbitro de las elegancias permanece, pues, encerrado en su torre de marfil. El que no anda tan misterioso es Castillo-Lanvin. Presenta, exuberancia española, tres líneas distintas: «Coup de foudre», estilizada, recta, tiene los hombros naturales, pinzas en las caderas, talle flexible y, a veces, apenas acentuado y faldas estrechas; «Coup de vent»: faldas con vuelo detrás y aparición de un nuevo color, «grano de café», hasta ahora de escasa aceptación; y «Coup de cicche»: talle marcado y falda plisada acampanada. Sus telas preferidas: muselina, gasa de oro y satin estampado.

#### LOS DEL MONTON, Y SU NEGOCIO

Aparte otras razones de pura estética, de pasarse de moda la

moda de Francia—¿cómo no va a cambiar la moda en esto también?—, el mercado americano encuentra, hoy en París algunos «aspectos», llamémosles así, poco gratos.

Los «compradores» americanos, los representantes de las casas confeccionadoras norteamericanas, según me dicen, no son acogidos en Francia con todas las deferencias que normalmente atribuyen, o aconsejan cuando menos, las reglas del buen comercio en favor de los clientes. Tener acceso al pase de una colección requiere hacer previamente, y a todo riesgo, valgan luego los modelos o no, un depósito importante en francos. De los 250.000 de Dior para abajo. Y, además, tienen que escuchar muchas tonterías, nacidas del endiosamiento tradicional de los modistos de París. Quizá éste sea, para algunas casas, un buen capítulo de ingresos. Que pronto, de seguir así, las cosas: muchas pretensiones y pocas «posibilidades» ciertas, se verá notablemente disminuido. Casi tanto como el Imperio colonial francés.

Aquí, y mil perdonos a todos, podríamos referirnos a colecciones de muy distinta calidad. De muy diversa categoría: Worth, Carven, Lecomte, Heim, De Rauch, etc., etcétera...

De todos ellos poca cosa; M. de Rauch—versión francesa—presenta los trajes de chaqueta de «sport» más bonitos de la temporada parisense; Lecomte, modelos que pueden ser llevados ya cualquier hora del día, que deben servir para todo, que es lo mismo que no servir para nada. ¿Para qué seguir?

Regresemos a España. Echemos

una mirada a las colecciones exhibidas en Madrid. Y sigamos el orden cronológico que han seguido las tres casas: Pertegaz, el lunes pasado, a las cinco de la tarde; Pedro Rodríguez, el mismo día, a las once de la noche; Rosina, el martes, por la mañana, a la misma hora.

#### LA ARMONIA TOTAL DE UN CREADOR: LINEAS Y COLORES DE PERTEGAZ

Pertegaz ha presentado una colección para la que yo, poco acostumbrado al argot de las modas, no encuentro, de primera intención, un calificativo apropiado. Si atiendo a los colores, al desfile de una gama de tonalidades pálidas, de colores contenidos en un semitono que se diría el propio del momento en que un color empieza a serlo, tengo que definir su colección como «exquisita». Telas asalmonadas, gris perla, beige, azul turquesa, «tweed», cuyas mezclas aparecían también acompañadas al ritmo general del color «susurrado», «insinuado», si se permite la expresión.

En el capítulo de los colores «enteros», de los fuertes, predominan el negro, en los trajes de tarde; el blanco, en los de noche; la combinación de ambos, en los trajes de «cocktail» y de noche, y el encarnado vivo, en los conjuntos con «sweater».

Si centro el juicio en la línea de sus modelos, la colección está creada en un admirable tono de elegante equilibrio. Sin que esto signifique, en modo alguno, ni vulgaridad, ni ausencia de creaciones, en las que su culta fantasía se ha desbordado; pero, entendiéndose bien, conservando el orden y la armonía de todos los per-

files y pliegues del traje. O sea, creando modelos que podrían llamarse «revolucionarios-clásicos».

En los trajes de sastrería y en los de tarde se marca con un estilo propio la «vuelta a los años veinte»: en los primeros, chaquetas con el talle poco o casi nada pronunciado, faldas de tubo sin siquiera el pliegue trasero, mangas pegadas, espaldas caídas, cuellos despegados y amplios, y solapas grandes, sin corte clásico. Los adornos, cuando los hay, en el remate de la chaqueta, a la altura de las caderas, o sobre... detrás. En los segundos, se conservan en gran proporción el talle ajustado y el perfil del pecho; los escotes son, generalmente, ovalados, caídos hacia adelante o hacia la espalda; cinturones sueltos o pegados a la altura de las caderas.

Hasta aquí, sobre poco más o menos, la parte de su colección que mira más al pasado. Pero con una inclinación visual propia, saliendo, con fortuna, del enfoque vulgar, de ese absurdo e innumerable punto de vista que suprime o altera gravemente las curvas definitivas, esenciales, de la feminidad.

Sus abrigos tienen grandes cuellos; son rectos, amplios, severos de línea y de color. Con frecuencia, en terciopelo. Uno, muy amplio, verdadero y feliz alarde de tela y de color, un lila cuya finura de tono resulta indescriptible, fué aplaudido. Sí, señor; aplaudido como un torero.

En los trajes de «cocktail» y de noche, entre los que aparecía y desaparecía, se apuntaba y se consumaba plenamente, como una estrofa musical, una hilera vertical de lazos, verdadero «leit-motiv» de esta parte de su colección, Perregaz se mueve, a mi gusto, más en su verdadero terreno. Logra aquí, en el terreno libre de la creación, en el que no está sujeto a la servidumbre de líneas que imponen los «tailleurs», sus modelos mejores. Los modelos donde su inspiración puede vivificar, modelizar, las vendas de una momia, el velo de una samaritana, el culmono de una japonesa. En esta segunda parte, además, lo anotamos con satisfacción, los modelos respetan las líneas naturales de la mujer: el talle y el pecho.

A los compradores americanos les gustaron especialmente sus trajes de sabor español: faldas ajustadas hasta poco más arriba de las rodillas y luego abiertas en



forma de copa invertida. España sigue de moda.

Como detalles más significativos: sus sombreros y sus joyas. Los sombreros, pequeños; unas veces bordados con piedras grandes; otras, adornados con plumas de avestruz. Las joyas, diseñadas por él, a base de piedras grandes, muy oscuras, encuadradas en hileras de falsos diamantes. ¡Ah! y muchos encajes.

Un modelo, de alta costura se entiende, encierra—cálculo y otros problemas: la línea, el color y el volumen. Y en esta combinación de pintura y escultura, Perregaz ha presentado modelos de verdadero genio. Por ejemplo, un conjunto negro—abrigo, traje y sombrero—que iba abriéndose dulcemente, de los hombros a los bajos, en forma de campana, y un traje de noche, de «chiffon bei-

ge», muy sencillo de línea y con dos toques extraordinariamente sugestivos: un collar largo de perlas y un echarpe cuyo vuelo contribuía un adorno de medias plumas de avestruz.

Cuando lo exhibe la modelo alguien—varias mujeres—comentan:

—Así, con trajes como este, no me importa volver a lo viejo.

De acuerdo. Sobre todo porque de viejo no tenía nada.

#### PEDRO RODRIGUEZ O EL VALOR DE LO CLÁSICO

El arte y el noble comercio de la moda son delicados. Mucho más cuando se juega en ellos sin subvenciones oficiales, como en España. Por ello hacer frente a toda una corriente general, alzar una bandera independiente, hacer la guerra cara a cara a las ideas que se lanzan al mundo como sensacionales e indiscutibles, requiere algo más que una simple audacia temperamental, mucho más que un sencillo deseo de sobresalir. En cualquier arte, en cualquier oficio el afirmar «yo soy yo sin necesidad de seguir ninguna tendencia, porque soy mi propio estilo», es muy difícil.

No intento descubrir—a Pedro Rodríguez—la importancia de llamarse Pedro en un mundo donde tantos apenas se llaman Juan—pero pasando su maravillosa colección, sin una concesión a los perfiles tofos de una moda sin



Pedro Rodríguez, el modista español conocido en todo el mundo, rodeado de algunas de sus maniqués

perfil, pienso cuánto buen gusto natural, cuánta elegancia de buena ley, cuánta maestría decantada por la experiencia se necesita para ofrecer con éxito pleno, en estos días propicios a la silueta de la mujer sin línea, los trajes propios de la línea de la mujer. Aquí la repulsa al nuevo estilo antiguo es total. Frente a la línea «H», al sistema Dior, opone Pedro Rodríguez su sistema, su línea «luciérnaga». Línea que él define así:

«Es completamente recta por detrás, se amolda por delante a la curva natural del cuerpo, y esto produce un efecto sinuoso de aspecto muy femenino.»

Su línea está, por lo tanto y por los modelos de la colección, planeada de acuerdo con la necesidad de resaltar, no con vulgaridad, sino con elegancia sencilla, los valores plásticos del cuerpo de la mujer.

La gran habilidad, el «hándicap» de un modisto, o de un poeta, o de un artista es conseguir la belleza, crearla a partir de la mínima cantidad de elementos. Por ejemplo, en los trajes de saetre jugando solamente con dos cosas: la tela—su calidad y color—y el corte. Dentro de esta absoluta simplicidad, completada únicamente por las variaciones verdaderamente originales, realmente nuevas, de los bolsillos, ha conseguido Pedro Rodríguez la más sencilla y elegante colección de «tailleurs». En comparación, incluso, con las otras salidas de sus manos. En general, pecho marcado, espalda normal, cintura entallada, falda estrecha y manga pegada.

—Son bolsillos con su propia sombra, exclama, admirada, una norteamericana aludiendo al vuelo gracioso, que los dota de un no visto relieve.

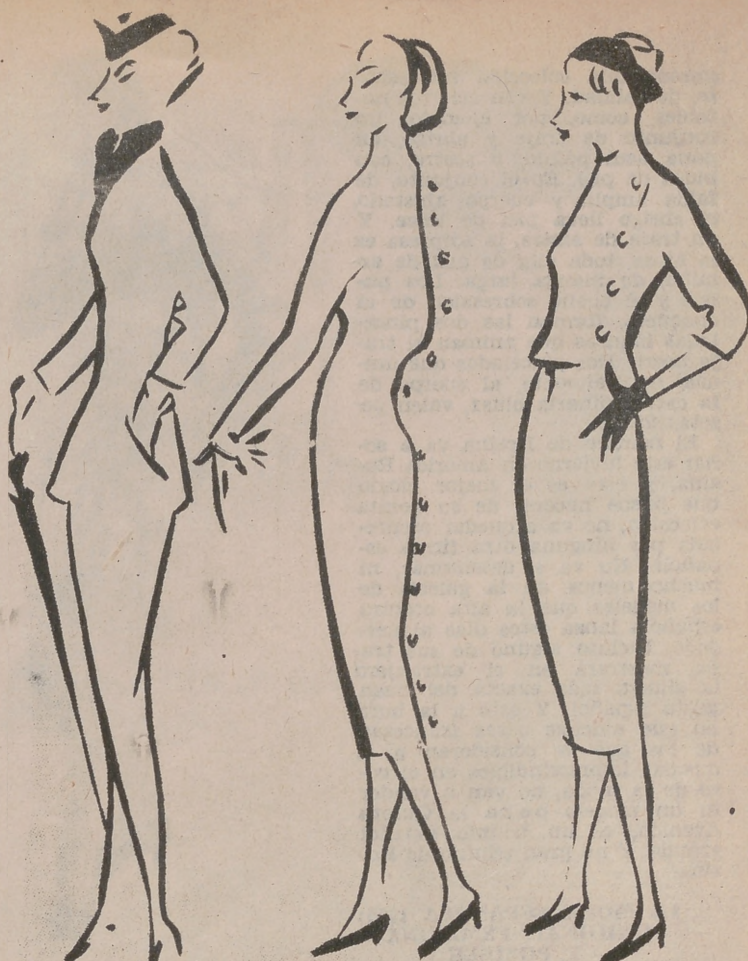
Sus abrigos para el próximo invierno son rectos y severos, con cierta influencia oriental; algunos con el cuello en pico hacia adelante, formando con los grandes puños de renard una gentil curva de media luna. La amplitud de algunos abrigos sueltos se recoge a veces muy abajo por una especie de medio cinturón suelto. Pequeños adornos, estos versos cojos que van rimando sus distintos modelos, en cada uno con diversa modulación.

En los trajes de tarde la rima es más compleja: filas de botones, simples o dobles, y pliegues y pinzas que salen del talle y marcan las caderas. Estos trajes los presenta entallados, sin cortar la unidad, sin dividir cuerpo y falda y con el cinturón en su sitio natural.

En los trajes de cocktail ha optado por la silueta ancha, vaporosa, en la mayor parte con bordados, tema favorito de la colección; se ha inspirado en dibujos bizantinos y persas.

Para la noche, la línea recta, en tubo, y como detalle particular un característico movimiento japonés en la espalda. Algunos, muy amplios, totalmente plisados.

La colección de Pedro Rodríguez, en el capítulo de los colores, muestra su preferencia por el rojo, el verde, el marrón y el azul. Mezclados siempre con negro, «mi gran preferencia para esta temporada». Y he aquí un creador de modas que maneja los tonos fuertes, obteniendo con



Christian Dior

Pedro Rodríguez

Givenchy

ellos los mismos delicados efectos visuales que si utilizara las tonalidades más suaves del infinito arco iris de la alta costura.

Para plasmar su línea «luciérnaga» ha elegido «weeds», jacard y lanas tan esponjosas como secas. Lanza, además, una tela nueva, una especie de otomán bautizado con nombre de tren, «Talgo», cuya textura horizontal, claramente marcada, ha pasado en manos de Pedro Rodríguez a convertirse de una mera peculiaridad del tejido, en un elemento sustantivo del traje, de su noble corte, de su gracia.

Pedro Rodríguez hace sus modelos directamente sobre la figura elegida como maniquí. Es decir, no necesita guiarse por la falsilla de un diseño. Es el único modisto, me dicen, que lo hace en todo el mundo. Más exactamente, el primero y casi el único, pues por lo visto Manuel Pertegaz cultiva también, no se si siempre, esta difícil manera de hacer. Posiblemente aquí, en el trabajar en contacto directo con la tela desde el principio hasta el fin de cada creación, se encuentre, en definitiva, el secreto de Pedro Rodríguez, la explicación de ese particular sello de clase extra que imprime a todos sus modelos la razón del acento personal y el rotundo aire de novedad que muestran sus trajes, sin necesidad de atropellar los perfiles naturales de la anatomía.

La moda se asienta en la continuidad de la línea. Y mira siempre, al mismo tiempo, como el dios Jano, al futuro y al pasado. Edifica el porvenir con el

recuerdo del pretérito. El que sabe, como Pedro Rodríguez, interpretar el ritmo de este movimiento pendular sin arrebatos que trastornen la cadencia, es un clásico. O sea un creador cuyas obras nunca se pueden decir «pasadas».

#### UN DEBUT AFORTUNADO: ROSINA

Rosina, en esta su primera salida de cara al mercado americano, tampoco se ha dejado, afortunadamente, seducir por la «línea H». Rosina es partidaria del eterno valor de la sencillez, de la elegancia de la moderación.

En su colección, más reducida, naturalmente, que las de Rodríguez y Pertegaz, toca con fortuna todas las telas: desde el traje de noche al abrigo. Presenta trajes de saetre entallados, que han gustado mucho por su corte y sus telas, en alguno de los cuales el «tableado» de la falda arranca de las caderas. Uno de ellos, con tejido gris oscuro rayado en blanco, consigue un sorprendente efecto de gracia femenina, evocando la silueta de un traje clásico masculino con la severidad de la línea y el detalle de la blusa y la corbata.

Los trajes de cocktail—uno con falda de bailarina—y los de noche, ya amplios y vaporosos, ya ceñidos, desarrollan con acierto juegos de colores pálidos—rosas, azules, grises—matizados y realzados por vuelos de tul negros.

A Rosina la han animado mucho para que hiciera esta presentación. El consejo ha sido leal. Rosina, en poco tiempo, ha pre-

parado una colección interesante, de calidad. Y con aciertos notables, como, por ejemplo, un conjunto de traje y abrigo, en pana azul pálido, y sastré, con blusa de piel. En el conjunto, de falda amplia y cuerpo ajustado, el abrigo lleva piel de linco. Y en traje de sastré, la sorpresa es la blusa, toda ella de piel de armiño, de manga larga. Los puños y el cuello sobresalen de la chaqueta, forman las dos pinceladas blancas que animan el traje negro. Dos pinceladas que unidas, naturalmente, al cuerpo de la extraordinaria blusa, valen pesetas 25.000.

El nombre de Rosina va a sonar este invierno en América. Rosina, y este es el mejor elogio que puede hacerse de su bonita colección, no va a quedar oscurecida por ninguna otra firma española. No va a desentonar, ni mucho menos, en la galería de los modelos que la alta costura española lanza estos días al mercado. Incluso alguno de sus trajes mostrará en el extranjero la silueta más exacta del buen gusto español. Y esto a la hora en que muchas casas francesas, de las que se consideran a sí mismas imprescindibles en el coro de la moda, no van a vender ni un modelo para la Quinta Avenida, es un triunfo español grande. Y un gran triunfo de Rosina.

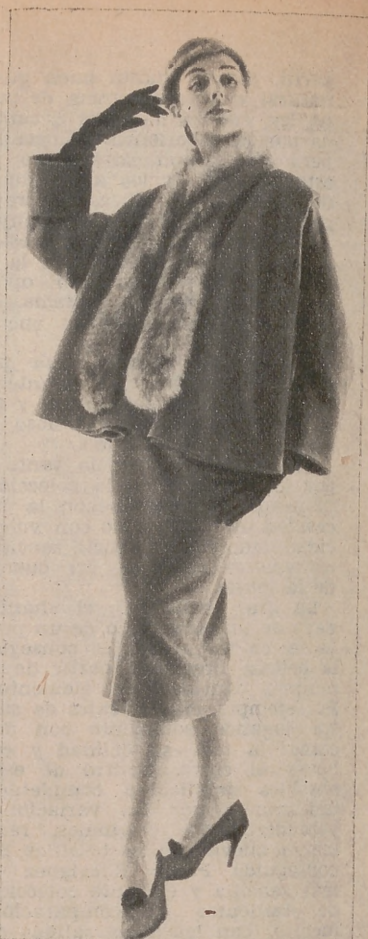
**LA MODA ESPAÑOLA 1955:  
ORIGINAL, FEMENINA  
Y POSIBLE**

En conjunto, juzgada la moda española de la próxima temporada a través de estas tres ex-

hibiciones, que no son, ciertamente, malos puntos de referencia, puede condensarse el diagnóstico en tres palabras: original, femenina

—aunque suene a redundancia—y posible.

Original. Aquí es necesaria una pequeña explicación. Esta: la vuelta, más o menos completa, más o menos acentuada, de la moda a los perfiles de los años veintitantos no puede atribuirse como invención exclusiva, como idea única y propia, al magín de ningún modisto en particular. Ni siquiera al fértil magín de Christian Dior. Hasta una de sus mayores panegiristas, la redactora del «Paris - Presse L'Intransigeant», Simon Baron, ha reconocido quizá sin proponérselo, que este retorno flotaba en el ambiente, si bien afirmando a continuación que Dior ha acertado a «cristalizar» la tendencia. Y si flotaban en el ambiente esto quiere decir que no estamos ante un invento del «ge-



Pertegaz: redingot en color «mastic» y traje color penicilina con renard

nio» francés. Que todos los modistos, aquí y allí, andaban en el asunto. Que todos habían contribuido ya, con tal cual detalle, a la creación de este clima. Queda así salvada la pequeña tendencia hacia el pasado, que se marca en algunos, pocos, modelos españoles. Aunque, como hemos dicho, ajustados todos ellos a una concepción propia, a una severa interpretación de raíces netamente española. El resto, en



Modelo de traje de cocktail, organza verde con tres volantes

*Marylene*

LA MARCA AMERICANA QUE ES FAMOSA EN TODO EL MUNDO

12 denier nylon

EL HILO MÁS FINO EN LA MEDIA MÁS FINA



todo Rodríguez, en casi todo Perregaz, en Rosina, tiene su aspecto propio, su volumen y su línea, su color y su melcía personales y propios.

Femenina, porque nuestra moda para 1955 respeta los imperativos de la naturaleza, acepta las curvas normales de la mujer. Nos alegra pensar que los modelos españoles, por ejemplo, no serán rechazados como la «línea H» por la estrellas de Hollywood, que, pese a no ser ejemplares en otras virtudes propias de su sexo, saben, por instinto comercial, qué escaso valor estético ofrece una mujer vestida con un saco, aunque el saco sea de seda natural.

Digo, por último, que la moda española es «posible» en un doble sentido: primero, que la puede llevar cualquier mujer, de no importa qué meridiano, resultando con ella verdaderamente moderna y elegante; segundo, que es una moda adecuada a la vida de nuestro tiempo.

En resumen: Dior pierde; la moda española —y con ella todo el complejo industrial que ella moviliza— gana. Porque la mujer vestida por un modisto español nunca correrá peligro de pasar la raya que separa la exquisitez de lo estrafalario; la delicadeza de la relamida cursilería. Porque no caerá en el tremendo ridículo de apearse de un automóvil 1955 o un avión de reacción con las antiguallas de su abuela, desempolvadas y zurcidas, al gusto de Christian Dior: un modisto que pretende mixtificar la gracia natural de la mujer, un lanzador de una exageración, que llama línea, que fracasará, porque las mujeres no creen que se resignen a presentarse con todo el aspecto de haber empezado a dejar de serlo.

#### LA MODA INGLESA, LA ITALIANA Y NUESTRA OPORTUNIDAD

Aunque de Inglaterra se sabe a estas horas muy poco y de Italia casi nada, podemos anticipar que los ingleses y los italianos no aceptarán la «línea H».

A los ingleses, tradicionales en todo excepto en las nacionalizaciones laboristas y tan tradicionales en el modo de vestirse que su mayor ilusión sería no haber abandonado, en parte, los sombreros de la Reina Victoria y las levitas de Disraeli, les tiene sin cuidado lo que digan en París. La franela seguirá a la orden del día en camisas de «sport», en faldas estrechas y en abrigos rectos. Continuarán los terciopelos, los «tweeds» y las panas. La silueta de los cuerpos tenderá hacia las formas más cómodas. Utilitarismo se llama esta figura, ¿verdad, Jeremías Bentham?

Y muchas telas escocesas, incluso en los «sweaters», incluso en las boinas. Y pendientes grandes, y grandes bolsos de cuero. Que en Inglaterra no se exagera en la moda, al menos en la que no se refiere a la redención de Gibraltar.

Italia guarda silencio. Pero cabe pronosticar que aceptará una línea propia de espaldas a las invenciones de Dior. Por dos razones: por la natural, de la competencia, y porque al tipo bien pro-

porcionado y hermoso de las italianas no le va la dieta de M. Dior. Tienen, además, como no mejores periodos históricos para inspirarse que los años siguientes a la primera guerra europea. Por estética y por política. Hasta ahora, a juzgar por los diseños publicados, todos los indicios vienen a confirmar este avance. Se mantienen también en Italia las líneas del pecho y el talle, ceñidos y ajustados en los «tailleurs» y los vestidos de «cocktail» y de noche. Los volantes de nuestro traje típico andaluz aparecen como tema aceptado y repetido en modelos inspirados en el «traje de baile de las bailarinas españolas».

Y así el panorama, la alta costura española, tiene ante sí una magnífica oportunidad de consolidar su prestigio y aumentar su influencia en el mercado. A los «compradores» norteamericanos, a su fino instinto comercial, no les ha pasado desapercibida la coyuntura favorable.

Al final del impresionante desfile de Pedro Rodríguez, mientras por todos los corros se comentan

con entusiasmo, en español y en inglés yanqui los bordados de sus modelos—bordados a todo color sobre el fondo fino de los trajes—y se habla de las colas amplias y recogidas de su colección, unas colas que yo ni sé ni tengo tiempo ya para definir, pero de las que se va a hablar mucho, un norteamericano cuyo nombre no he recogido, como suele pasar en las presentaciones, me dice:

—Los modistos españoles, que son excelentes, debían unirse en una cooperativa, o consorcio, o asociación. De la moda viven muchas industrias derivadas: fábricas de telas, peleteros, joyeros, etcétera... Y ya puede suponer usted cuántas ventajitas comerciales pueden obtenerse «caminando unidos».

Realmente, ¿por qué no se forma en España una entidad del tipo que sea, similar a la que han formado, por ejemplo, los italianos, cuya fuerza resultó tal que los modistos de París vetaron, por miedo, una exhibición proyectada por los modistos de Italia en la capital francesa?

Diego JALON



Un modelo de la «línea H» que no necesita comentario

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ISIDORO DEL BARRIO

NOS sorprendimos cuando se nos enseñó que en la farmacopea universal el bicarbonato de sosa es un producto del siglo XVIII, de la misma edad que la guillotina o la Declaración de los Derechos del Hombre. Ahora bien; el hombre tenía que ser químicamente puro para que la lámina de acero no le suprimiera la cabeza, y el bicarbonato tenía que ser químicamente puro para eliminar las molestias del estómago humano. Para estar libre de los dolores estomacales y de la justicia revolucionaria, el susodicho siglo XVIII, antes que la Revolución, había inventado el campo, donde se podía vivir como en la Arcadia. Es el tiempo del pequeño Triánón, de la isla de Robinson Crusoe, de Pablo y Virginia y de las colonizaciones de Sierra Morena por don Pablo de Olavide. Es la época del buen salvaje conocido por el vizconde de Chateaubriand en las praderas donde se levantan las ciudades norteamericanas, y la época del chino, arquetipo de una cultura campesina, que trajeron los jesuitas a Europa. Toda la filosofía natural de Rousseau está en crisis, porque era escandalosamente falsa, y toda la economía de los fisiócratas sólo se estudia por su valor arqueológico; pero la naturaleza sigue atrayendo a los veraneantes durante el estío, que tanto se aproximan al mar, como se encaraman a las montañas o se albergan en los pueblos al lado de la agricultura. El sentido de las vacaciones se explica de múltiples maneras, aunque tal vez su única justificación sea que al iniciar unas vacaciones volvemos a nuestros orígenes. Se renace así después de cada fin de semana, que los Estados que gastan más a su población por un trabajo más apremiante, prolongan de día en día. Y cuando nuestro ser se nota bastante cascado, viene el remedio o la malignencia de unas vacaciones de Navidad, de Semana Santa o veraniegas. Vacar en torno a la cuna de Cristo o de las procesiones primaverales es algo litúrgico y que, en verdad, no nos pertenece. Sin embargo, las vacaciones del verano son nuestras, aun cuando coinciden con las fiestas mayores. El permiso tiene sabor de serenos permitido todo, incluso el aburrimiento.

Le escribo esta carta tras de haberse marchado usted a la sierra de Gredos, y cuando estoy en Madrid desde hace una quincena, viendo lo que me impedían ver los árboles, porque nos rodeaban en aquel paisaje bucólico. Es una frase que se repite tanto, como el modo de definir con un adjetivo un panorama en apariencia pacífico, armónico y fecundo. Detrás del paisaje están los labriegos, quienes disponen menos de estas cualidades, puesto que si fueran así, el antiguo relojero de Ginebra hubiera aceriado. El rústico es duro e impenetrable, mientras que la campesina, a pesar de su resistencia tradicional, se ha puesto en contacto, contagiándose, con dos fuerzas, que son un par de debilidades: la anestesia y la moda en el cine. El médico de una villa me informaba de que la mayoría de las aldeanas con algún caudal le pedían en el instante del parto que le quitasen farmacéuticamente cuanto es un mandamiento bíblico, a semejanza de Ingrid Bergman, que solicitó en idéntico momento dentro de una clínica romana «Please, gas». Porque la cortijera o la hija de la cortijera se han dado al cinematógrafo, aunque sin asomarse al brocal del pozo de la pantalla. Así como contemplé bajando de Pajares a una mendiga acompañada de una muchacha con la faz recompuesta y como maquillada; junto a la cordillera Penibética, al otro lado de la osatura

peninsular, puede admirarse a las mozas de labranza con rostro de cine. Con lo que se nos están echando a perder los pueblos y las aldeas (sin que mi caso sea el caso de Palacio Valdés en «La aldea perdida») y ya no nos van a servir para recobrar el aliento materno, el chapuzón en la tierra, o sea una especie de mito de Anteo; ya que allí las madres atdican de su poder resistir el dolor, que es casi de ser madres.

Acaso en la sierra de Gredos no existan tales evasiones, que encontramos al evadidos de la rutina diaria, en búsqueda, por mi parte, de un soporte de gleba y recuerdo. Iba en pos del solar de mis antepasados, que bajaron desde Castilla para repoblar las Alpujarras, cuando fué menester recurrir a los cristianos viejos para la sustitución de los moriscos. Mi camino era igual al de los caballeros que ganaron la batalla de las Navas de Tolosa, aunque luego me introdujese por otros vericuetos, a donde también llega el automóvil del turista. A la ida no fui contando los coches con matrícula extranjera, sino los tractores que aparecían en las vegas y en los secanos como bestias recientes. El tractor se complementa con la motocicleta de tal modo, que esta motorización del campo y del campesino acomodado, expulsa al comunismo de las conciencias agrarias. En España no hay comunistas, ni quizás demasiados tractores y motocicletas rurales; pero Curzio Malaparte se alegraba de que en su Italia, las Vespas y las Lambrettas, cabalgadas por los campesinos en ciertas regiones, estaban apoderándose de la clientela de Palmiro Togliatti. El automóvil en muchos países es aún un lujo, una señal de la clase burguesa que apunta su vanidad igualmente en Rusia, donde el coche se estima como signo de ostentación, que en los alrededores de los cines de la Gran Vía madrileña o de otras calles similares, en las que radican los espectáculos más caros de provincias. Este fenómeno social no es privativo de la gran urbe, sino que por doquier saca a lucir los coches en el trayecto corto y pretencioso y los sustrae de las carreteras. No obstante, existen automovilistas provincianos que utilizan su vehículo para fines utilitarios dentro del recinto provincial, con más frecuencia que los automovilistas de la provincia cercana. A veces cambia el cultivo, pues los olivos reemplazan a las vides o el álamo deja el sitio al pinar, como se muda una carretera al acabarse la jurisdicción de una Jefatura de Obras Públicas, de óptima en pésima.

Mientras usted nos conduce al volante, yo voy rumiando mis reflexiones acerca del camino y de su contorno espacial y espiritual. Sobre todo, al regreso de una vacación que me ha metido el pasado en el cuerpo y que añadió vivencias de añejos quilates a las vivencias nuevas. Retornaba ensimismado en España, en una España que viví durante mi niñez, porque entonces el arado romano había permanecido intransferible al cabo de los siglos, y en una España que comenzamos a soñar al ser adultos, pero que principiábamos a vislumbrar ahora sobre la corteza rupestre de los campos. Entre el milenarismo ayer y el ensueño, había lugar para la Patria a las dos manos de la carretera por donde pasaba el coche. El siglo XVIII, inventor del bicarbonato (del que usted tanto abusa), aparecía muy lejos aun, cerca de Aranjuez, que es una creación dieciochesca. El siglo XIX estaba por venir, y no habían llegado a Madrid sus atisbos. Unos kilómetros más allá se presentó Madrid, con su Metro, con sus tranvías, con sus autobuses, con sus trolebuses, con su civilización a cuestas. A partir de ese minuto supercivilizado, empecé a beber gasosa a la Casera.

# MURCIA SE DEFIENDE CONTRA EL CALOR



## LA TIERRA ENAMORADA DE SU PAISAJE TAMBIEN VERANEA

## ESTA AUN POR DESCUBRIR

No he querido que del conjunto de estas notas, unidas todas ellas mediante el hilván desmañado de las prisas, faltase la impresión de una ciudad de tierra adentro, de esas para quienes el verano es un hermético corsé, un inevitable nudo corredizo o un sistema de agobios concéntricos. Cuando en cierta localidad marítima anuncié que al día siguiente salía para Murcia, alguien quiso disuadirme diciéndome que iba a meterme en una olla puesta sobre un fogón bien atizado. Por aquellos días los servicios meteorológicos anunciaban que la ciudad del Segura subía todas las tardes por la cascada de las cuatro o las cinco, hasta los 40 grados. Pero claro que el estímulo para intentar la hazaña de meterse allí no venía precisamente de la posibilidad de achicharrarse, sino de ver cómo los murcianos arbitraban recursos para evitarlo. Ya, de entrada, me encontré con la sorpresa de que una de las ciudades donde por esta época se cultivaba menos el sinchaquetismo es Murcia.

Con lo cual se obtiene el resultado de una ciudad de admirable buen tono. El huertano muestra cierta preferencia, cuando el calor amaina, por los tonos muy oscuros en la indumentaria. Ahora viste de claro, pero en la cabeza le falta muy pocas veces el sombrero negro.

En Murcia, la defensa contra el calor se ha instrumentado

Arriba: Murcia, la ciudad veraniega de tierra adentro, con su río ciudadano. — Derecha: Mazarrón, la playa del Mediterráneo aun sin descubrir por el turismo. — Abajo: La playa de Poniente con su remansada bahía

## LA PLAYA DE MAZARRON



Pág. 11.—EL ESPAÑOL

con medios muy asequibles y sencillos, que vienen a ser algo así como el huevo de Colón de la anticancilla: el vino y el agua tomados a la temperatura del ambiente; las ensaladas, las duchas, las rebanadas de sandía —para mi gusto la fruta más sabrosa de la huerta—, que es como un cuarto menguante de enero descendido benéficamente hasta el paladar reseco, y, sobre todo, la siesta, esa gloriosa institución con la que de tres a cinco, de cuatro a seis o de cinco a siete se le da a la canícula nuestra de cada día, en el mismísimo cerviguillo, una media estocada que basta. Pero precisamente hablando de estocadas, quien irrumpe con singular prestigio en el verano de Murcia es el novillero Cascales. Llegué a Murcia un viernes por la noche, y ya su nombre jugaba carteladamente a las cuatro esquinas en el anuncio de la corrida del domingo. Pero, además, andaba de boca en boca de sus paisanos, voceado en las terrazas de los cafés, chillado en las tabernas, atreído en los corrillos de cualquier tramo del puente. He conocido pocos fenómenos de apasionamiento popular semejantes en intensidad al suscitado por el arte torero de Cascales entre sus paisanos.

#### SUIZA TAMBIEN PRODUCE CASTIZOS

El viernes y el sábado, la capacidad del hotel donde yo me hospedé resultaba, con arreglo al número de los que allí nos alojábamos, generosamente holgada. Pero el domingo fué Troya. En Murcia se volcaron, no digamos ya los pueblos próximos, sino hasta los de la periferia. Fué durante toda la mañana un incensante llegar de ómnibus, camionetas, turismos, calesas... Allí donde diesen algo de comer o beber el público rebosaba. Y por la tarde, en la plaza, el éxito fué de puro escándalo. Triun-



Vista parcial de Aguilas, ese maravilloso pueblo costero pulmón de la provincia

faron en toda la línea Cascales y el venezolano Faraco, y tuvo una actuación discreta el principiante Castillo. Para que todo saliese bien, el sol había retirado su hornillo de ascuas, y unas nubes altísimas entoldaban el laurel de la tarde. Delante de mí, dos caballeros suizos, con sombrero cordobés, chaquetilla de dril y faja roja, se ponían de pie a cada pase que valía la pena —y aun a los que no la valían— y gritaban a dúo:

—¡Ooooolé, Sevilla! ¡Ooooolé, Sevilla!

Por añadidura castiza empinaban frecuentemente una gran bota, que después iban pasando a los espectadores más próximos. Todo el domingo lo vivieron los suizos en olor de popularidad. Durante la noche, ellos fueron los alegres amos de la calle, que era un hervidero de gente obstinada en no dejar que se apagasen las brasas de emoción de la tarde de toros. En un corro, un hombre gordo, vestido de negro, con el rostro brillante de sudor, expresaba su confianza en la futura gloria del torero local, diciendo:

—Cuando ese vuelva a torear en Madrid, los periódicos van a hablar de él desde aquí hasta aquí.

Y daba la medida de la imaginaria prosa laudatoria, alzando una mano a la altura de la frente y descendiendo la otra hasta cerca de las rodillas.

#### LA COR-DIAL D-I-PLOMACIA DE LOS NIÑOS

Quando regresé a Murcia, después de un rápido recorrido por una parte de su litoral, las calles de la ciudad habían recibido un suplemento de animación con la presencia de grupos de marineros norteamericanos. Eran miembros de la tripulación de las unidades fondeadas en

Cartagena desde hacía unos días, cuya insignia arbolaba el «W. C. Lawe». Ya sé que a estas alturas no es noticia contar que los marineros de los Estados Unidos hallan, en cualquier localidad española, un callejero clima de abierta y espontánea simpatía popular; pero lo curioso de esta normal circunstancia estriba, referida a Murcia, en que la expresión ruidosa de esta adhesión cordial a los hombres de la Marina norteamericana corrió a cargo de los niños. La chiquillería murciana rodeaba en todas partes a los marineros, que manifestaban de un modo bien visible su satisfacción ante aquel homenaje surgido al margen de cualquier imperativo protocolario y convencional.

Yo vi chiquillos subidos a los hombros de los marineros norteamericanos, cuya juventud física y espiritual está tan próxima a la niñez que sin duda por eso les resulta especialmente grata la camaradería con los menudos españoles que se les acercan con un gesto ni interesado ni estudiado de amistad.

Hay, también, en esta actitud de los niños murcianos, una recóndita lección que acaso valga la pena tener en cuenta. Es la que se deduce de la observación que alguien hizo a mi lado, al paso de la chiquillería que jaleaba entusiasmada a los marineros estadounidenses.

—No hay nada más fino que el instinto de los niños. Por aquí han pasado muchas veces tripulaciones de barcos ingleses y franceses. Jamás se les acercó un grupo de niños. En cambio, con los norteamericanos ya ve usted: los reciben como a viejos camaradas que hubiesen crecido un poco de prisa.

#### EL JURADO LA PREFIRIO RUBIA

El tren que conduce a Aguilas desde Murcia es un tren lento, parsimoniosamente enamorado del paisaje, que parece ideado para este turismo sin prisa que quiere levantar acta notarial de cada detalle. El tren de Aguilas mezcla una humanidad partida con sorprendente equidad en gentes del campo que al campo van y gentes de la ciudad que van al mar. En la misma rejilla van el inverosímil sombrero playero de la señorita de Madrid y el par de gallinas propiedad de una mujer de inconfundible aspecto agrario que se queda en

## ¿ES VERDAD QUE SALE EL PELO?

Afirmar que con éste o con aquéllo sale el pelo a los calvos es algo pueril que hace reír a las personas inteligentes. La de calvos que hay entre los Médicos Especialistas, y que si supieran de algún remedio «verdad» se lo aplicarían a sí mismos: **TOILETTE ES «UN CUENTO CHINO»**. Lo únicamente posible es... suprimir la caspa, el picor y las pequeñas infecciones del cuero cabelludo, que con frecuencia son las que originan la calvicie, es decir, conservar el pelo sano, fuerte y brillante, y a poco que el pelo ayude acentuar el ondulado. Para todo esto sirve admirablemente **LOCION DE AZUFRE VERI**, producto preparado bajo la dirección de un farmacéutico. Con unas gotas entre las raíces todas las mañanas se consigue todo esto, **PERO NADA MAS.**

una marítima de Murcia cuenta hermosas playas como la que aquí vemos

Lorca. Los propios temas de conversación señalan esa separación de afanes y de ambientes que media entre quien se interesa por el último balao y quien reserva todo su interés para la cosecha de tomates.

Cuando el tren arranca de la penúltima estación la gente que todavía sigue viaje tiene ya un tono bastante homogéneo. Son, en general, los que van a veranear.

Alguien habla de que este año se halla Aguilas excepcionalmente concurrida y que, por esta causa, hay algunas dificultades de alojamiento. Tardo pocos minutos en comprobar que esto es cierto. Encuentro con algún trabajo habitación en un hotel al que esta misma noche, horas antes que yo, arribó un buen pelotón de turistas franceses. Los demás hospedajes del pueblo están de bote en bote.

Asegurada la cama salgo a la calle, algo después de la media-noche. Están las calles ruidosas de gente que pasea o permanece sentada en las terrazas de cafés. Voy hasta la plaza de toros, que ahora está funcionando como cine al aire libre. Muy cerca, en un terreno acotado sobre el que cae la luz desahogada de unos grandes focos, se celebra un baile que aquí llaman con cierta solemnidad «el cotillón». Un amigo de hace una hora me propone que vayamos al Balneario Municipal donde, al parecer, hay fiesta por todo lo alto.

Confieso que me hubiese dolido haberme perdido esto. La elección de una «miss» no es cosa de todos los días y, por otra parte, para mí resultaba un espectáculo rigurosamente nuevo. Sin embargo, se nos agió la fiesta porque le faltó la emoción de la sorpresa, puesto que muy de antemano se sabía en quien iba a recaer la elección. Designaron «Miss Fiestas de Verano 1954» a Charito García, una chica rubia, muy bien vestida y muy mona. Rodeada como estaba por el entusiasmo y la efusión de su familia, que no podía ocultar su júbilo ante el glorioso suceso, nos fué imposible saludar a Charito. Lo siento, porque pensaba preguntarle alguna cosa trascendental: cuál es la flor que prefiere, por ejemplo.

Elegida la «miss», don Francisco González Campoy, ex redactor-jefe de «La Verdad», de Murcia, y actualmente secretario del Ayuntamiento de Aguilas, leyó unas cuartillas de excelente corte literario relativas al significado de la fiesta. Traspuesto este pórtico lírico comenzó un baile amenizado por una orquesta que parecía empeñada en una prueba de resistencia. El repertorio era más corto que su capacidad de aguante, y yo creo que los músicos lo repitieron tres o cuatro veces.

No puedo dar fe de lo que allí haya ocurrido en otras ocasiones; pero aquella noche alcanzó

—todo estuvo a punto, correcto y bien medido—esa difícil calidad que se llama buen tono.

### OBRAS SON AMORES

Don Francisco González Campoy, que tiene una prosa de limpia estirpe azoriniana, de leve ondulación retórica marcada por un castellano bien sopesado, escribirá algún día la lejana historia de Aguilas, apoyándose en una documentación copiosa y de valor único, reunida con paciencia de fraile medieval. Pero, de momento, González Campoy se ha prestado a hablarme de esa historia local, que todavía tiene el calor de la hornada recién salida. Una historia inmediata que, en el espacio de unos pocos años, ha apretado una obra abundante. Dentro de esta larga serie de creaciones el tema más próximo ha de ser, por fuerza, la construcción del Balneario Municipal, recientemente inaugurado, en el que se ha invertido un millón de pesetas. Es una obra de inteligente concepción moderna, adecuada en sus instalaciones y servicios a las necesidades de una estación veraniega que, de año en año, gana en prestigio y concurrencia. Apoyada buena parte de la fábrica en el propio mar, el balneario tiene dos terrazas descubiertas y otra volada en forma de herradura en torno a la fachada posterior; un salón-bar con palco para orquesta; servicios de cocina, y 20 cuartos de baño individuales.

Pero si bien la playa, por imperativos insoslayables, ha merecido atención preferente, no por ello se ha esquivado el carácter apremiante de las obras de urbanización general, que han sido acometidas y ejecutadas en breve espacio de tiempo. Se han renovado todas las aceras y asfaltado las calles principales de la villa, incluyéndose en estas reparaciones la vieja Glorieta, que, habiendo carecido durante muchos años de urbanización decorosa, es hoy una plaza de bello conjunto.

No deben quedar fuera de este balance de urgencia —que ni siquiera incluye la mayor parte de las realizaciones— el grupo escolar de doce grados «Francisco Franco» ni el Centro Secundario de Higiene Rural, ambas obras



inauguradas no hace mucho por los Ministros de la Gobernación y Educación Nacional.

#### MUCHACHAS DE CHAMBERI JUNTO A LAS OLAS

Alrededor de 1.500 muchachas procedentes de los más diversos puntos de España pasan su verano en la Residencia «Federico Servet», que Educación y Descanso posee en Aguilas. La Residencia está en uno de los lugares más hermosos de la playa, y desde el edificio, dando menos de cincuenta pasos, se llega al mar. Al edificio central, que estaba ya hecho, le añadió Educación y Descanso dos pabellones autónomos, con los que la modesta capacidad inicial de la Residencia se elevó a 150 plazas por turno.

Era ya de noche cuando yo la visité, y había allí chicas de Madrid, de Albacete, de Murcia, de Cuenca... Me enteré de que al día siguiente terminaba este turno, y a una muchacha de Madrid le pregunté si habían estado a gusto. Era una chica graciosa, «de Chamberí, por más señas», como ella misma me dijo, llamada Charito Martín, que está empleada en una cafetería de la Gran Vía.

—Mire usted, lo malo es tener que marcharse ahora, cuando «cae» lo suyo en Madrid. Una se hace pronto a la buena vida y después duele dejar esto. Además que ya todas nos hemos hecho amigas y da pena separarse. Claro que como consuelo le queda a una el recuerdo estupendo de todo esto.

Todavía charlé un rato con una mujer de gran personalidad, Carmen Verbo, delegada de la Sección Femenina de Murcia, y con la jefa de la Residencia, María Ortiz, una bilbaína de enorme simpatía. Estamos viviendo las últimas horas del día 4 de agosto y hay una alusión fortuita a Gibraltar. Carmen Verbo dice:

—Esta casa en que estamos fué también, durante algún tiempo, una especie de mínimo Gibraltar. Perteneció durante muchos años a «The Bacares Iron Ore Mines, Ltd.», que explotaba unos yacimientos en Almería. Un día la compañía inglesa liquidó parte de sus bienes, y Educación y Descanso rescató esta finca. De modo que, tras haber sido un baluarte de quienes durante muchos años han venido explotando a millares de trabajadores españoles, se ha convertido en lugar de descanso para nuestros productores.

#### EL VERANEO EN FAMILIA

El veraneo en el extenso litoral de Mazarrón tiene un grato tono uniforme, unos motivos y unas presencias repetidos, y en realidad allí el largo naípe del verano no saca cartas ni caras nuevas. No lo señala esto como un inconveniente, sino más bien como una ventaja que se mantendrá mientras el turismo de etiqueta más o menos internacional no descubra —o no le descubran, pues el turismo por sí propio suele descubrir pocas cosas— estos lugares maravillosos. Si es válida la expresión se puede decir que la provincia de Murcia veranea allí en familia, en larga familia, pues las playas registran una animación enorme y, por ejemplo, el Puerto tiene ahora una población que quintuplica su censo normal y fijo.

Hay, desde luego, casos excepcionales, pero, por lo general, pasan la temporada aquí familias de la clase media, que se extienden por las playas bellísimas del Alamillo, Puerto, Isla, Castellar, Bolnuevo, Percheles... Y como esta zona permanece todavía al margen de las rutas normales de los «haigas» y las estrellas de cine, el deporte y la alta industria, los precios son razonables, como calculados para gentes de un sentido administrativo más bien riguroso.

El Puerto —que ahora se enorgullece de la posesión de un gran hotel de concepción moder-



Paseo José Antonio de Mazarrón

nísima— tiene su vida económica respaldada por unas salinas que producen 20.000 toneladas métricas de sal y por la actividad de su flota pesquera, cuyas capturas se valoran anualmente en más de 18.000.000 de pesetas.

#### «EL RECLUTA» TIENE BUEN FUELLE

Mazarrón vive ahora en una enorme tensión de esperanza en torno al porvenir deportivo de Francisco Costa Méndez, por mal nombre «El Recluta». Costa Méndez es un minero de veinte años que de pronto se ha destapado como un ciclista de facultades fabulosas. Mucho antes de que sus convecinos se enterasen de cómo y cuánto pedaleaba, «El Recluta» rodaba a diario —después de una jornada de ocho horas de trabajo en la mina como martillero— un centenar de kilómetros. Cuando alguien, en medio del pasmo general, contó esto, unos cuantos señores decidieron abrir una suscripción para regalarle una máquina de carrera, pues «El Recluta» venía haciendo su oscura hazaña cotidiana en una vieja bicicleta de paseo que pesa muy cerca de los quince kilos. Delante de mí le fué entregada la máquina con que Mazarrón espera que «El Recluta» se gane un puesto puntero en el ciclismo nacional.

En el casino charlo con Costa Méndez. Es un muchacho de cara apaisada, angulosa, de gran estatura —1,79— y cuerpo vigorosamente musculado, aunque enjuto, pues no pesa más de 77 kilos. En la ficha médica que me muestra se hace constar que su presión ar-

terial —máxima 13, mínima 8— es exactamente igual antes que después de un ejercicio consistente en un recorrido de 15 kilómetros a toda velocidad. Pero lo que, a juicio del propio médico que autoriza la ficha, convierte el caso de «El Recluta» en algo asombrosamente único es el hecho de que recobre los pulsaciones normales —la ficha señala 64 en reposo y 70 (D/20) en flexión— al minuto justo de haber realizado el ejercicio.

—¿Sigues trabajando en la mina?

—Hace unas semanas que he dejado el tajo. Ahora quiero dedicarme de lleno a la bicicleta.

—¿Es que tú puedes vivir sin ganar dinero?

—No, yo no tengo nada. Pero me parece que saldré pronto del atolladero. Estoy ya federado y el domingo correré mi primera carrera.

—¿Qué kilómetros ruedas a diario?

—Ciento y pico, por término medio.

Don Miguel Galián, que ha descubierto a «El Recluta», me cuenta que esos recorridos los suele hacer por la mañana en ayunas o, todo lo más, con un trozo de pan y un tomate en el estómago.

—¿Te has enterado de lo que han hecho los españoles en la Vuelta a Francia?

—Algo me han contado. Yo apenas sé leer.

Miguel Galián, secretario del Ayuntamiento de Mazarrón, que anduvo en la gloriosa aventura española de la División Azul, me dice:

—Ya verás como dentro de un año «El Recluta» es una figura nacional.

Todos los que están con nosotros hacen un gesto de asentimiento a este augurio. Así sea.

#### VUELVE EL TRAIN MINERO A MAZARRÓN

En Mazarrón hay ahora, de nuevo, un intenso trajín minero, que atesora con su venturoso rumor laboral el son de la alegre caracola del verano. Mazarrón vuelve a su vieja y opulenta tradición minera, y centenares de hombres que habían emprendido el éxodo a que obligan los brazos parados y las manos vacías, se han reintegrado a las faenas de la mina en el pueblo natal, donde el pan está otra vez —y ésta definitivamente— asegurado.

La iniciativa privada y el estímulo estatal han puesto de nuevo en marcha —después de un paréntesis de largos años— la explotación de las enormes riquezas mineras de esta zona, famosa ya en la antigüedad por sus yacimientos de galenas y blendas.

De momento, la producción de plomo es de 5.000 toneladas. Pero la electrificación de la cuenca minera, que está ya en período de intensa ejecución, y la instalación, también iniciada, de los lavaderos de flotación, permitirán elevar las extracciones de plomo, en breve plazo, a 20.000 toneladas anuales, cifra que será igualada por la producción local de cinc.

Me parece una buena noticia de verano, aunque sea noticia de sudor y esfuerzo.

Carlos RIVERO  
(Enviado especial)



# RIAS DEL ATLANTICO

## ANCHO MAR DE LAS RIAS ALTAS

licia, la región más popular en el veraneo español!

CON una rapidez que superpone las imágenes —porque son ya muchas las que se nos han impreso en poco tiempo y porque en la última etapa tiene una que purgar los pequeños retrasos que se le han ido acumulando— hemos pasado por la gran comarca montañosa en descenso desde Oviedo hasta Ribadeo por Luarca y Navia, en donde existe una zona de pinares de repoblación que comprende todo un escuadrón de colinas espesas, sin un calvero ni un nido visible de procesionaria. Al final de esa zona, que comienza al pasar Castañedo, empieza la personalidad del paisaje gallego, con sus pequeños hórreos rectangulares en forma de capilla y sus tejados de pizarra de formas irregulares, que dan a las aldeas un aire de inefable rusticidad. Ese aire montaraz se acentúa por el campo de Lugo al alejarnos de la costa, dejando Foz a la derecha para lanzarnos a toda velocidad por la recta e intransitada carretera que va, por Lorenzana, a Mondoñedo y a Villalba, camino de La Coruña.

Grís la tarde, con ramalazos de lluvia; grises los tejados de tejas desacordes, que son sólo pedazos de pizarra; grises las paredes cubiertas por una floración de líquenes, hay también un tono grís en la vegetación, que cambia ya los prados por un follaje de robles inmensos, de un tamaño como no he visto jamás en otro sitio.

Al final de un «serial» como el

que tenemos sobre los hombros a una le puede pasar esto, sin que nadie se extraña: olvidarse que esta de viaje, que tiene que seguir viajando, que tiene encargado un billete y que ha de pasar a las doce de la mañana para recogerlo. Y entonces, cuando, pasada la hora, una se acuerda de repente, entonces es cuando se tira a correr por un talud. Y se llega a la central con la lengua fuera. ¡Hemos alcanzado todavía nuestra reserva!

Esto fué lo que me pasó en Ribadeo.

Junto a la ventanilla hay una pareja gallega con su «rapaz».

—¡Ay, hom, que yo quedarme aquí no puedo! Mira a ver si hubiera algún asiento.

—¡Ay, Madre de Dios!—suspira la mujer.

—¡...ya te dije que non lo hay! ¿Quier que lo invente, o?

El gallego.—¿Y el chofer cómo se llama?

El cobrador.—Como le pusieron, llámase...

El gallego.—¿Y dónde para?

El cobrador.—¡Eu, en su casa para! ¿Onde quier qui par, hom?

La gallega.—¡Ay, Madre de Dios!

Por un momento he creído perdida mi causa por la tenacidad del aspirante a viajero. «¡Le darán el mío, estoy segura! ¡Qué insistencia tan eficiente!»

El cobrador.—¿E cuántos habéis de viajar? ¿Tú sólo?

El gallego.—Eu, e la mi muller y el mi neñu. ¡Mira si hay algo, hom!



Apenas iniciada la temporada veraniega las playas gallegas se ven concurridas por bañistas de toda España. Abajo: Santiago de Compostela en noche de lluvia

¡Por fin, mi billete pasa a mis manos! Ahora podemos ir de descubierta por Ribadeo.

—¡Ay, Madre de Dios!—se queda diciendo la mujer.

Castropol, Vegadeo y Ribadeo forman un trío de villas cuyo destino próximo es una afluencia veraniega que rebasará la de las playas proverbiales del Cantábrico; necesita, sólo que termine el último tramo del ferrocarril costero, y éste por la parte asturiana llega ya hasta cerca de Luarca; por la parte gallega está en espera del rail. Yo he visto ya conculida en la zona de Ribadeo toda la calzada de la

ferrovia que por la costá enlazará esta ciudad con El Ferrol del Caudillo.

Ribadeo es una ciudad de linaje; existe una tradición, en virtud de la cual el Rey regalaba cada año, el día de Epifanía, al conde de Ribadeo el traje que ha sido usado ese mismo día por el Monarca. Esto viene haciéndose desde el día de Reyes de 1441, en que en una comida los Infantes de Aragón, conjurados, iban a asesinar a Juan I de Castilla, y don Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo, se puso las vestiduras del Rey y cayó asesinado en el puesto de su señor. El actual conde de Ribadeo es el duque de Híjar. En su casa de Epila, en Zaragoza, se guarda toda la colección de los trajes regalados por los Monarcas. Se conservan, creo, sólo los modernos. ¡Lástima de Museo del Traje que podría ser aquello! Y por cierto que el día de Epifanía es, en verdad, una ocasión muy acertada para hacer regalos.

#### TENACIDAD

A la tarde, cuando creemos que la baca del coche ha recibido ya todos sus pasajeros y estamos a punto de partir, aparece un fardo por la escalerilla y oímos decir:

—¡Ay, os de arriba, ayuden un poquito, eh!

Se levantan los hombres, tiran del fardo, y detrás de él aparece nuestro gallego; luego, el rapaz, y luego, la *muller*. ¡Albricias! Han encontrado sitio. Inmediatamente el coche se pone en camino.

Guitiriz es el fin de la tierra alta, la boscosa provincia de Lugo; a partir de allí el coche comienza a descender, y acentúa a poco el descenso en curvas cerradas. La ancha y llana tierra coruñesa sale a recibirnos envuelta en niebla profunda. A la velocidad del automóvil —es un *pullman* con asientos puestas de postizo en el techo—, el rocío de esta nube tiene, por partes iguales, algo de flagelación y de diluvio. Pero yo voy muy bien: abrigada y sentada no en el banco, sino en el suelo, al abrigo del alto y aerodinámico parabrisas que ponen en estas alturas para que el aire no azote las piernas de los viajeros y para que no se despeñen.

—¡Ay, señora, recuéstese contra mis piernas, si quiere!—me dice la buena mujer, que aguanta, como casi todos, esa ventisca de 60 kilómetros por hora lanzada de traves.

—No, muchas gracias; no es costumbre en Francia. Allí el recostarse no se mira bien.

Porque apenas había subido al coche el rapaz cuando juntó las manos en éxtasis y dijo:

—¡Ay, una *muller* francesa...! Y resolví seguir la corriente.

La tozudez de la primera impresión es tan formidable, que hace unos momentos me acaba de decir un pasajero:

—¡Pero habla usted muy bien el español!

—Sí. He vivido muchos años en España; mi madre era española y no podía acostumbrarse a vivir en Francia. ¡Le tiraba su tierra!

—¡Ay, Madre de Dios!—suspira la mujer, asintiendo con una tristeza comprensiva.

Al poco rato, y a pesar de que la niebla ha pasado, tengo otro vecino, sentado detrás del parabrisas. Ahora vamos aquí porque ni él ni yo podemos regresar a nuestros sitios.

Están ocupados por los fardos de la *muller* y el rapaz duermen sobre ellos dulcemente. ¿Cómo despertarlo? Tienen, los gallegos una personalidad de carácter marcadamente sumiso; pero no he conocido ninguna que se dé a conocer de un modo tan rápido como la suya, ni que se haga tan dueña de las situaciones.

#### CARA AL ATLANTICO

Pero ya estamos cara al Atlántico. El cielo aclara sobre las rías altas y las ilumina con un color entre el acero y el nácar. No sé por qué me he acordado de la Albufera al pasar lanzado el automóvil por un rincón de este paisaje.

En La Coruña nos ha salido al paso otra vez la preocupación de los naturales por las idas y venidas de las sardinas. Después de decir con exactitud que allá por Bermeo y Castro Urdiales los pescadores estaban contentos de ella y de palpar esa realidad en las fábricas de conservas, encontramos por aquí sardinas esquivas y un aire cariacontecido entre los pescadores y armadores pesqueros.

Las infidelidades de las sardinas me hacen pasar en plena luz mañanera por el muelle, y de pronto creo que estoy contemplando la marcha de la «Santa María» rezagada. Pero es el «Amerigo Vespucci», que se marcha cuando yo llevo con su velamen plegado, marineros en las cruces de su arrogante arboladura y gran aparato de sirena, aunque no sé si es de él o de alguno de los escuetsos vapores que hacen con el buque-escuela un extraño contraste. Después me entero de que el «Amerigo Vespucci» lleva en su dotación un total de 478 hombres y de que el palo mayor es de 55 metros de altura. Se mueve a vapor o a vela y marcha ahora para Hamburgo. Lleva cinco guardias marinas italianos, que han sido admitidos por cortesía en el buque-escuela italiano a causa de que carecen en su país de barco de esa clase.

El tema de la fuga de la sardina es una discusión científica de actualidad mundial que ha puesto en el tapete ese nuevo cultivo, la «maricultura», lleno de perspectivas pintorescas. Al tratar de ello averiguamos que el porvenir vulgarizará la pesca en explotación en zonas de barbecho y de explotación; el abono del mar para que produzca, y también la ganadería ictica, rebaños de sardinas que pastarán en las aguas oceánicas cuidadosamente custodiados desde la costa para el exterminio de sus lobos, las especies marinas que coinciden con los hombres en sus gustos sobre el pescado. Nada de esto deja de ser cosa totalmente seria. Recientemente se ha propuesto en España la siembra de 2.000 sacos de raba para estimular la producción de la sardina pequeña.

Una sardina puede vivir hasta once años, casi tanto como mi gato; pero suele morir de muerte violenta a los tres o cuatro, arrastrada por los humanos ap

rejos de bajura o entre las fauces de otros peces.

#### «PARA MARINEIROS, NOS»

Más de 80.000 ducados de pescado fresco y salado exportaba Pontevedra, según el licenciado Molina, en el siglo XVI. En el siglo XVIII se pescaban en Galicia 1.000 toneladas como promedio anual; en 1740 hubo tal abundancia, que se llegó a prohibir la pesca para impedir la depreciación. Costaba entonces dos y medio a tres reales el millar.

He aquí que acaece entonces otra brusca desaparición, y como por aquella época los valencianos habían llevado a Galicia la pesca con red, o *xábega*, se le echa la culpa a la red. Un siglo más tarde acaece otra fuga de sardinas, de la que habla Madoz. Y en otra crisis de desaparición, a primeros de siglo, se culpa también a los procedimientos de pesca, y el malestar de los pescadores ante lo inevitable se desahoga en grandes disturbios entre los «jeiteiros» y los «traineiros», hasta el extremo de que los cañones de la Armada tienen que intervenir.

Al hablar de la pesca me han hablado también de la «costa de la muerte», por la que los gallegos repiten con razón el viejo latiguillo: «Para marifeiros, nos.»

Sólo en los 11 kilómetros de litoral que median entre el Roudo y la saliente de Villano han naufragado en los últimos ochenta años 39 barcos; de los cuales, 11 españoles y 17 ingleses. Verdadero cementerio marino, cortado y nebuloso, que pone a prueba la pericia de todas las flotas.

#### QUINCE MILLONES PASAN DEL BOLSILLO DE LOS TURISTAS A LOS CORUÑESES

Que el viajar en verano ha dejado de ser cosa de minorías es lo primero que hemos atestiguado en nuestro paso vertiginoso por la zona tradicional de los veraneos, y eso que ahora está lejos de ser la única, y aun dudo que sea la más concurrida.

Sólo en La Coruña, que puede ser tomada como capital veraniega de la zona, y no ahora, cuando el Año Santo ha atraído millares de peregrinos y de turistas, sino en el último registrado para efectos estadísticos, el de 1953, nos da la cifra de 15 millones de pesetas ingresadas por concepto de turismo. La cifra de 1935 es de 450.000 pesetas. Ambas cifras son globales. Ahora bien, aun teniendo en cuenta pródigamente el cambio de valor monetario, de todos modos hay un enorme aumento, y ese aumento no ha de ser adjudicado a la concurrencia de extranjeros, que es, poco más o menos, la misma, sino al aumento en la cifra de gente que pasa sus vacaciones fuera de Madrid.

La cifra que damos es la de los que pasan por los hoteles y pensiones de todas las categorías; están fuera de ella los que poseen o alquilan casa para la temporada.

#### POCOS «VERANEAN», Y TODOS DESCANSAN

Los que dan la cifra mayor de aumento son, por tanto, los que pasan poco tiempo en las esta-



ciones veraniegas; son, en última consecuencia, la gente que tiene que trabajar, la que en su gran masa permanecía antes en Madrid, con salidas familiares nocturnas al Manzanares y la Bombilla, botijo y sangría.

Tan evidente como es que esa masa —porque es una masa— pasa ahora su vacación en el mar o en el campo, es cierto que poquisimos son los que «veranean», en el sentido literal de la palabra. Cuando al principio de esta serie yo hablaba de los bañiles supervivientes, no había el menor deseo de burlarme de ellos; es un síntoma que ahora nos confirman las cifras. La palabra «veranean» significaba —empieza ya a ser cosa del pasado— irse a otro sitio mientras el calor dura en la residencia habitual y seguir haciendo allí exactamente la misma vida que en el invierno. Ciertamente —y las viejas como yo casi lo recuerdan— que para ello hacia falta llevarse «un mundo» —un baúl— de cosas.

Veranean era casi hacer una mudanza. Veraneaban pocos. Ahora veranean menos todavía. Descansan, de una o de otra forma, casi todos. Y se van igualando inexorablemente en el descanso todos aquellos que ya están igualados en el trabajo.

#### LAS CAMPANAS DE COMPOSTELA

Al marcharnos lo hacemos ensordecidos por el estruendo de los entrenamientos para el IV Premio Motorista de La Coruña, que se están desarrollando ahora en el circuito de los Cantones. De allí justamente sale nuestro coche para Santiago. Gran contraste.

De Galicia me llevo muchas cosas, y entre ellas, que es lo único que ha habido tiempo de hacer, el recuerdo de una pintalada gris. Grises los techos, grises las piedras de los muros y los líquenes que las cubren. Todavía ese color se acentúa más aquí, en la ciudad techada y con suelo que es Santiago de Compostela. Pocas ciudades más armoniosas y señoras y ninguna más hundida en la paz. Sobre todo, cuando oís el reloj de la torre. Me han dicho que la campana tiene una grieta, por cierto; por eso debe ser por lo que tiene dos voces, dos voces unisonas que cantan en perfecta armonía la marcha trascendental y solemne de las horas con tal majestad, que el eco de la primera campanada se ha apagado ya cuando oís la segunda.

Hemos tenido la suerte de entrevistarnos en Santiago con el canónigo secretario de la Junta organizadora del Año Santo, don José Guerra Campos, sacerdote de gran juventud y dinamismo.

—Nosotros—me explica—no tenemos datos más que de las peregrinaciones colectivas, que son recibidas con todo el ritual que usted conocerá.

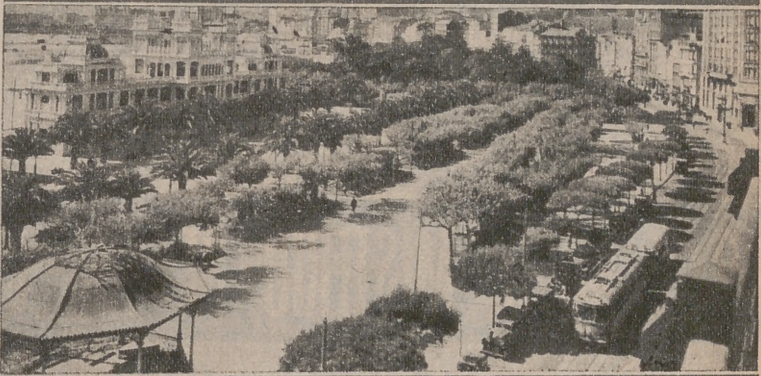
—¿Con el «botafumeiro» en movimiento?

—Sí, se pone en movimiento el «botafumeiro», y procurando que no se nos dispare por alguna de las puertas o ventanas.

Y me cuenta que en una ocasión —en 1499 y ante Catalina de Aragón, que partía para su desdichado matrimonio— el «botafumeiro», según dice la crónica,



He aquí una estampa retrospectiva de la animada playa de Riázer. ¿Quién no ha vivido el veraneo en el sudeste español?



La Alameda y Cantones de la bella capital coruñesa, donde confluye año tras año una alegre caravana de turistas y veraneantes

«salió como una bombardera por la puerta de la iglesia, hizose pedazos y vertió la lumbre, sin hacerle a nadie mal...».

—Pero—añade—no hemos podido evitar que algún peregrino se haya hecho un chichón con él al voltearse.

—¿Cuántas han sido entonces las peregrinaciones colectivas?

—Hasta fines de julio ha habido doscientas cincuenta colectivas; de éstas, cincuenta extranjeras. De las españolas, veinte han sido de carácter nacional; dieciocho, diocesano, y de vario carácter el resto. Entre las ya realizadas puede usted contar la que ha venido con el Arzobispo de París el día del Apóstol, y otra inglesa, nacional, que vino presidida por el Obispo de Westminster y trajo una reproducción de la imagen de Nuestra Señora de Walsingham, a la que dedican gran veneración los católicos en Inglaterra.

Vino también el día de la fiesta del Apóstol un grupo de chinos, que fué en la procesión con su pancarta y la gente les recibió con tal simpatía, que se puso a aplaudir y rompió el ritual solemne de la procesión.

—Hace dos días—prosigue contándome—entraron juntas en la iglesia dos peregrinaciones, una polaca y otra de Montevideo, y se dió el caso, poco frecuente, de que se dirigieran las procesiones desde el púlpito al mismo tiempo en polaco y en español.

#### EL NOMBRE DE «SANT YAGO» EN UNA CAMPANA JAPONESA

Entre las cartas recibidas existe una de un obispo japonés en

la que se dice que el nombre de «Sant Yago» estaba escrito en todas las banderas de los samurais del Príncipe Otomo-Francisco, convertido al cristianismo por San Francisco Javier, que fué su huésped. Y todavía se puede leer ese mismo nombre en una vieja campana japonesa de 1612 en la isla de Kyusho.

—¿Cuánta gente cabe al mismo tiempo en la Catedral, padre?

—¡Ah, pues pueden haber, apretadas, hasta diez mil personas! Y las ha habido este año alguna vez.

—¿Qué cifra de peregrinos en dividual me da usted?

—Global, unos ciento sesenta mil controlados; no controlados pueden ser más.

Después me deja que «roben» lo que quiera de los montones de guías, carteles e impresos de todo carácter que se amontonan en la secretaría de organización del Año Santo. «Sin Santiago —dice en uno de ellos—, como sin Florencia o París, no sería posible Europa, ni hubiera florecido la cristiandad lo mismo...»

Pero las campanadas de la Torre del Reloj nos recuerdan el tren y que hemos de abandonar este mundo de paz. Los minutos nos apalean el cuerpo para que corramos, y así nos llevamos sólo un recuerdo de las «meigas», las rías bajas, en las estaciones de ese maravilloso camino de Pontevedra a Vigo.

Este viaje es acabado. ¡Qué descanséis!

Aurora CUARTERO  
(Enviado especial)

# EL VERANEO EN LOS MONTES ARAGONESES



## JACA Y ANSO, MISTERIO DE LAS CUMBRES RUMOROSAS

### UN PAISAJE IMPRESIONANTE BAJO LA LUZ DANTESCA DE LOS CIELOS

EN Huesca la jornada del domingo transcurre mansamente, apaciblemente. El público invade las calles, los cafés, el parque, los teatros, en forma tranquila, sin voces descompasadas. Un rumor suave se extiende sobre la ciudad, demostración práctica de que la animación no es incompatible con una cierta mesura, de que la diversión y el descanso dominical no han de llevar, por fuerza, aparejado el griterío chabacano. Infinidad de coches de matrícula extranjera se detienen o arrancan a la puerta del hotel Pequeñín o del San Lorenzo; aviadores norteamericanos que siguen un curso de prácticas en la cercana Escuela de Vuelos sin Motor; la compañía de Luis B. Arroyo representa una obra de los Quintero; verbena nocturna en el parque, a beneficio del Club Deportivo Huesca; el autocar que conduce a los miembros del T. P. U. —que han actuado en Huesca estos días— se aleja en busca de nuevos escenarios.

Huesca es ciudad tranquila, de buen gusto, de gentes corteses y educadas, atentas con el forastero. Punto de partida para visitar el Pirineo Central, ello explica en esta época el gran tráfico automovilista que desfila por las calles de la vieja Oscaromana. Para los que carecemos de coche, un auto de línea o un tren «Taf» puede llevarnos en pocas horas a Jaca, ya en el corazón del Pirineo, donde las montañas comienzan a adquirir elevaciones prodigiosas, camino de los fantásticos paisajes pirenaicos: Hecho, Ansó, Zuriza, Panticosa, Ordesa...

#### UNA CIUDAD REBOSANTE

En Jaca se encuentran dificultades de alojamiento. Turistas de todos los puntos de España y del extranjero han invadido los hoteles, las fondas, las pensiones. Unos para quedarse aquí; otros para seguir ruta a cualquiera de los puntos del Pirineo de los que Jaca es el nudo principal de comunicaciones.

Al fin consigo una habitación en el hotel Mur, amplio y confortable, con muchos espejos, suelos encerados y un viejo piano en la sala de estar. Se oye hablar en francés, en inglés, en alemán...

El alcalde, señor Lacasa, me acompaña a recorrer la población. Es un hombre joven, dinámico, emprendedor, de conversación espontánea y rápida, casi vertiginosa.

Rodeada de montañas, Jaca se asienta sobre un valle de gran belleza. Si el viajero contempla la ciudad desde cualquiera de las alturas cercanas, observará un agradable conjunto urbano, viviendas protegidas, que son pequeños chalets, con los jardines llenos de flores (treinta duros mensuales de renta, con derecho a su adquisición), los edificios grises de la Escuela Militar de Montaña y la antigua Ciudadela, fortaleza militar construida en tiempos de Felipe II y que, con la de Pamplona, son las dos únicas del siglo XVI que se conservan en España.

En las calles de Jaca, estrechas y sombreadas, hay una gran animación. Nativos, veraneantes, turistas, soldados. Los comercios tienen en su mayoría un aire

moderno, como los de las grandes ciudades.

—Vamos a ver la Ciudadela —dice el alcalde.

Cruzamos el puente. Los soldados se cuadraron y saludan.

Un gran patio circular, tal y como era en el año 1571. Los edificios que le rodean se conservan también en perfecto estado. Ahora está instalado en la Ciudadela el Gobierno Militar y otras dependencias castrenses. Si no fuera por unos chiquillos que cruzan corriendo el gran patio central, tendría uno la sensación de haber retrocedido varios siglos en el tiempo.

—Vamos a ver la Universidad de Verano.

—Vamos.

La Residencia Universitaria es alegre, bien amueblada, aunque sin lujos. Tiene un bonito jardín y una espléndida piscina. En ella conviven durante el estío, hombres y mujeres de todas las nacionalidades. Nos acompaña a recorrer las diversas dependencias el secretario de la Universidad, señor Casayus, catedrático de Zaragoza y vicepresidente de aquella Diputación Provincial, que me facilita amablemente algunas explicaciones.

—Por aquí han desfilado para pronunciar conferencias los españoles más notables: Unamuno, Maeztu, García Lorca, Ortega y Gasset...

—¿Siempre se cubren las plazas de los distintos cursos?

—¿Qué si se cubren? Lo que sobran son solicitudes de inscripción. Como no es posible complacer a todos los que quieren venir, ya que el número de plazas es limitado, nos vemos obligados

gados a denegar infinidad de peticiones. Cada año es mayor el número de los que se interesan por nuestros cursos.

—¿Y qué materias explican?

—Gramática española, Derecho, Veterinaria, Filosofía, Medicina, Ciencias, Ar. e, Geografía, Historia. Además de esto se organizan conciertos, excursiones, una semana cinematográfica y otra teatral. Actualmente tenemos en la Residencia algunos archiveros-bibliotecarios. El director general de Archivos y Bibliotecas, señor Sintés, va a pronunciar unas conferencias.

La labor de la Universidad de Verano de Jaca es interesante y muy intensa. Crea, además, relaciones de amistad entre gentes de distintos países.

#### UNA ANECDOTA CURIOSA

Durante la pasada guerra mundial, en uno de los bombardeos alemanes sobre Londres, un avión germano alcanzado por un anti-aéreo, entró en barrena, envuelto en súbita llamarada. El piloto pudo abandonar a tiempo la nave y arrojarla al espacio con el paracaídas. Cayó en una calle de la población entre resplandores de incendio, estruendo de bombas y terror de multitud. Un inglés, miembro de la defensa civil londinense, acudió rápidamente a detener al piloto enemigo, con el fusil apercebido. El aviador se despojó lentamente de las correas del paracaídas, se quitó el casco de vuelo con gesto cansado y levantó los brazos. Por un momento quedaron mirándose los dos hombres, observando mutuamente sus facciones a la luz lívida

Arriba: Los pequeños disfrutan del agua en su piscina infantil de Panticosa.—Abajo: El balneario de Panticosa, maravillosamente situado en el paisaje pirenaico con Fraccia



cantidad de bicicletas, motos —la plaga de moda—, automóviles, coches de línea, camiones de transporte. Vida, en fin, de ciudad que no permanece estática, sino que avanza y prospera.

#### SEMINARISTAS CAMPES- TRES

Los ciento veinte futuros sacerdotes que cursan sus estudios en el Seminario de Jaca han ocupado durante unos días el Campamento del Frente de Juventudes de Castiello. Cuando me apeo de la «rubia» que me ha llevado hasta allí, y en la que va también el padre Sanz Burata, muchachos de sotana, de diferentes edades, vienen de bañarse en el río, con la toalla y el traje de baño en la mano. Tienen aspecto sano, alegre, y hacen aquí la misma vida que los chicos del Frente de Juventudes, ajustándose a los mismos horarios y costumbres campamentales, aunque bajo la dirección religiosa de los Rectores del Seminario.

Al fondo del comedor, que está protegido del sol por un techado de ramas, se encuentra la capilla. Los seminaristas hacen sus rezos y luego se distribuyen por las mesas, en espera de la comida que no tarda en llegar. Comen con apetito y son muchos los que van después a la cocina

de las llamas. Luego el inglés bajó el fusil, desconcertado, sin saber qué hacer, mientras una sonrisa curvaba sus labios. Y ante el estupor de las pocas personas que presenciaban la escena, británico y alemán se estrecharon la mano. Habían convivido, años atrás, durante un curso de verano en la Universidad de Jaca.

En Jaca, por la importancia turística que ha adquirido en los últimos años, se ha creado un Centro de Iniciativa y Turismo, en funciones de Junta Local, que informa a los forasteros de cuantos detalles interesen, y que organiza frecuentes excursiones en autocar al valle de Ansó, a San

Juan de la Peña, Hecho, Ordesa, Panticosa y demás puntos del Pirineo Central, que atraen en verano a los turistas del mundo entero.

No es que sea esto una excepción —yo al menos lo he observado ya en otros pueblos españoles—, pero Jaca, con sus nueve mil habitantes, tiene un ritmo de vida tan íntimo, una vitalidad tan desbordada, que da la impresión de ser mucho mayor de lo que es. He visto, por ejemplo, uno de esos comercios de ultramarinos, de atractivos escaparates, al estilo de los que tanto abundan en Madrid, y que en nada desmerece de ellos. Y gran

en busca del clásico «reenganche». Villalba, el Delegado Provincial, está atento y vigilante, preocupándose de que no les falte nada a estos acampados. La comida es sana y todo lo abundante que se quiera; los cocineros satisfacen en el acto cuantas peticiones de «reenganche» se presentan.

Por la tarde, los seminaristas marchan a descansar a un pinar cercano. Juegan al fútbol, asisten de noche al Fuego de Campamento, se levantan a toque de diana. En cada tienda hay una tablilla con normas de régimen interno, dispuestas por sus ocupantes, y que no se diferencian gran cosa unas de otras:

«Tendremos siempre la tienda limpia y aseada».

«Nos levantaremos sin pereza».

«Procuraremos ayudar en todo momento a los compañeros que lo necesiten».

«Rezaremos el rosario antes de dormirnos».

Terminado el turno, estos jóvenes volverán a la vida dura del Seminario, a sus estudios y a sus oraciones, a prepararse, en fin, para ejercer el día de mañana su sagrado ministerio. También la experiencia del Campamento será útil en el futuro.

#### EL VALLE DE ANSO

Un coche de línea, abarrotado de viajeros, enlaza Jaca con el pintoresco pueblecito de Anso, en pleno Pirineo. Es un pueblo típico de esta región, con casas de puntiagudos tejados oscuros; un pueblo que vive de la ganadería y que en invierno se queda apenas sin hombres, cuando todos marchan con las ovejas a los valles cálidos, en busca de pastos, y que durante muchas semanas permanece incomunicado a causa de la nieve.

El viaje a Anso es largo. La carretera, como todas las del Pirineo, no permite hacer grandes velocidades. Los kilómetros de esta zona no son como los de otros sitios. En realidad, para medirlas exactamente habría que contar cada uno como tres. El camino de Anso trepa por los montes, se interna en estrechos desfiladeros, atraviesa pequeños túneles, sube, baja, se retuerce en una serie inacabable de curvas. En los pueblos del trayecto montan

nuevos viajeros y se bajan otros. Un aviador de Zaragoza —Jorge Félix Lasala— que, como yo, viene a Anso por primera vez, pregunta de cuando en cuando si falta mucho. Su impaciencia es lógica, porque en Anso le espera la novia —guapa chica por cierto— y el amor es una de las cosas que mejor justifican un viaje.

Por fin llegamos. Los hombres de Anso visten casi todos el traje típico. Medias hasta la rodilla, en las que se recoge el pantalón, faja de color morado, muy baja; un extraño sombrero del que cuelga por detrás una cinta rematada en una especie de moño.

#### EL PASTOR LITERATO

Había yo leído en «El Noticiero», de Zaragoza, una crónica de Anso, con motivo de la visita realizada días antes a este pueblo por los universitarios de Jaca y firmada por el señor Puyó Navarro, corresponsal en el pueblo de dicho periódico. Me apresuro a buscarle a mi llegada. Jorge Puyó es un hombre de unos sesenta años que viste el traje típico ansotano, lo cual constituye para mí una regular sorpresa. En realidad, los Puyó escritores son dos. Jorge y José. Este, más joven, no usa el traje típico. Me acompañan a visitar el pueblo. Ambos son parcos en palabras. Hay que preguntar mucho para que hablen. Entramos en algunos bares, alguno de ellos decorados en estilo moderno. Comercios abundantes, rincones maravillosos, llenos de sabor, que han atraído a numerosos pintores. En la plaza, junto a la fonda, unos metros cuadrados de cemento sirve de pista de baile. El altavoz deja oír un disco —el famoso «Pénjamo»— y las parejas bailan formando una rara estampa, porque en este pueblo de patriarcales perfiles, que parece arrancado de un Nacimiento, el baile moderno tiene un extraño matiz discordante.

Don Jorge Puyó me lleva a su casa. Tiene un despacho con bastantes libros y una máquina portátil de escribir. Me entrega una tarjeta de visita; curiosa tarjeta en la que puede leerse: «Jorge Puyó Navarro. Pastor. Anso (Huesca)».

—¿Hace mucho tiempo que escribe usted?

—Mucho —contesta. Y añade modestamente—: Pero lo que yo escribo carece de importancia. Siempre son cosas del pueblo de la montaña, del paisaje. Tengo esa afición, que es como mi violín de Ingres, pero soy, ante todo, pastor; un pastor ansotano.

Jorge Puyó es, en realidad, un gran tipo humano. Carácter recto, con un cierto empaque señorial; propietario de ganado y pastor, desde luego, puesto que él, como los demás hombres del pueblo, va con sus propias ovejas a la ribera en la época invernal y regresa a la montaña en primavera y fabrica quesos y los vende. Pero también tiene su biblioteca y su máquina de escribir portátil y, al igual que su hermano, colabora en numerosos periódicos y revistas. Y escribe bien —yo he leído cosas suyas—, poniendo de manifiesto una gran agilidad de pluma, una sensibilidad nada común y una extensa cultura. Un hombre, en fin, de esos que de cuando en cuando se encuentra uno en cualquier parte y que hacen meditar sobre las múltiples facetas espirituales de nuestra raza.

Los habitantes de Anso se acuestan temprano y también las familias de veraneantes, casi todas de Zaragoza, que han venido a pasar las vacaciones. Ya no se oyen las notas de «Pénjamo» y la fonda, que es a la vez casino, se va quedando vacía. Al apagarse la bombilla se oscurece el color verde de la mesa de billar. Llega el aviador zaragozano, que parece más alegre después de haber pasado unas horas con la novia. Desde el balcón se siente el silencio, un silencio transparente que sólo rompe cada media hora las campanadas del reloj del viejo Ayuntamiento. Quizá el mayor encanto de Anso esté concentrado en estas noches tan finas y silenciosas, cargadas de estrellas y de melancolía. No es raro que en este valle del Pirineo existan pastores poetas.

#### VIAJE A PANTICOSA

Para ir de Anso a Panticosa es preciso volver a Jaca, tomar el tren o un coche hasta Sabiñánigo y enlazar allí con el autocar que, tras dos horas de dificultosa marcha, le deja a uno en el famoso balneario.

No intentaré describir Panticosa más que muy brevemente. Mi

En el número 31 de

## POESIA ESPAÑOLA

encontrará las siguientes firmas:

Manuel Alonso Alcalde, Marcelo Arroita-Jáuregui, María Beneyto, Dictinio de Cas-tillo-Elejabeitia, Francisco-Tomás Comes, Carmen Conde, José Corredor, Joaquín de Entrambasaguas, José María Forteza, Estela Galfrascoli, Francisco Garfias, Agustín Gómez Arcos, Charles David Ley, José Gerardo Manrique de Lara, Rafael Morales, Pedro Pozo Alejo, Rafael Romero Moliner, Venancio Sánchez Marín y Celia Viñas

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS. PEDIDOS a la Administración, Pinar, 5. MADRID

seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar, en un circo natural que forma una circunferencia casi perfecta. Un lago de aguas claras y frías; una extensa pradera. Alrededor, montañas rocosas en cuyas alturas blanquean todavía algunas manchas de nieve y de las que descienden numerosas cascadas. Todo esto llegó aquí por la mano de Dios. Y por la mano del hombre llegaron las pistas de tenis, la piscina, el Casino, el frontón. Hay cinco hoteles de diferentes categorías—desde el Gran Hotel a Juan Palomo; este último, más barato, donde se alquilan habitaciones con derecho a cocina—, estanco, farmacia, tiendas de comestibles de todas clases, estafeta de Correos y Telégrafos, iglesia, librería. Todo depende de la misma Empresa y sólo está abierto tres meses, del 20 de junio al 20 de septiembre. El resto del año permanece cerrado.

—Panticosa es menos conocido de lo que debería—me decía el administrador, señor Lama—. Además, mucha gente, en España, tiene la creencia de que aquí sólo vienen enfermos. Tal creencia es por completo falsa. Esto no es un sanatorio, sino un lugar ideal, lo mismo para el que quiere descansar y hacer una cura de reposo que para el aficionado a la montaña. Si usted madruga mañana, verá salir a infinidad de personas que van a escalar las cimas, a pasar el día en alturas superiores a los dos mil metros. Ya comprenderá que los que suben a esas cimas no son precisamente enfermos.

(Madrugué en efecto, a la mañana siguiente y pude comprobar que el número de partidarios de la escalada era muy crecido.)

—Si pudiésemos solucionar el problema de la carretera evitando los aludes de nieve que la interrumpen en invierno—continúa el señor Lama—haríamos aquí una estación invernal única en Europa.

Yo me pregunto, a la vista de este impresionante valle natural prendido entre cadenas de montañas, quién sería el primero en descubrirlo. Respuesta difícil. Hace dos años ha sido hallado un manantial de aguas termales—brotan a 45 grados en un lugar donde el agua normal tiene la frigidéz del hielo—y se encuentran algunas monedas romanas que, según los técnicos en numismática, corresponden a la época de Tiberio.

Me encuentro a un amigo casi en la habitación contigua a la mía. Es grato encontrarse con un amigo cuando se llevan tantos días de viaje solitario. Pablo Ortiz, madrileño, se casó hace dos años se fué a vivir a Zaragoza y no había vuelto a verle. Está en Panticosa descansando con su mujer y su hijo. El, tan calvo como siempre; ella, tan guapa, y los dos, encarnados como cangrejos, porque también han hecho excursiones a los lagos azules.

—¿Qué tal os sienta Panticosa?

—Divinamente. Estamos encantados, pensando con pena que los días se pasan y hay que marcharse. Este sitio es único en el mundo.

Por la noche, cuando estoy en el Casino, entra Perico Chicote, que es tanto como decir la cordialidad hecha «barman». No obstan-

te éste no es el Chicote de la Gran Vía, el de los vinos de honor, el smóking y la flor en la solapa. Este es un Chicote en reposo un Chicote de montaña, con un aire menos dinámico, pero, eso sí, con su eterna sonrisa y sus maneras afables y mundanas. Este es, sencillamente, Perico Chicote en su lugar descanso.

—¿Asiduo de Panticosa?

—Sí. Vine hace tres años por primera vez y sigo repitiendo.

—¿Qué busca aquí?

—Descanso, tranquilidad... Este año tengo que partir en dos el verano.

—¿Por qué?

—He de ir a Madrid. Hay una fiesta en mi honor en La Corrala y no puedo faltar. Es a beneficio de los pobres del distrito.

No, claro. Perico Chicote—don Pedro Chicote—no puede faltar a un acto de esta naturaleza.

—Venga—me dice—. Voy a presentarle a unos señores.

Me presenta a don Federico Mayo, director del Instituto Nacional de la Vivienda. Un hombre de exuberante vitalidad que está ahora de actualidad con motivo de ese proyecto de construcción de 85.000 viviendas anuales.

—¿También en busca de descanso?

—También. ¿Sabe cuál es para mí uno de los principales atractivos de Panticosa?

—¿Cuál?

—Que no hay teléfono.

Está también con nosotros el señor Lorente Sáez, abogado del Estado, que vive en Zaragoza, y lector asiduo de EL ESPAÑOL.

—He leído todos esos reportajes veraniegos que están publicando y me extrañaba que ninguno de ustedes viniera a Aragón.

—Pues aquí me tiene.

—No se le olvide decir que el Pirineo aragonés es uno de los mejores sitios de veraneo de España, por no decir el mejor.

—Lo diré.

Chicote habla de su Museo de Bebidas—para el cual lleva ahora un nuevo ejemplar de botella encontrado no sé dónde—y de la carta que le dirigió nuestro director en uno de los números de EL ESPAÑOL.

Hablando con él siento de pronto la impresión de que estoy ya de vuelta en Madrid, porque Chicote es en su enorme personalidad humana una prolongación



Un típico rincón de Anso, con sus habitantes ataviados a la usanza del país pirenaico



Jaca, el pueblo encantado, a caballo entre las altas cumbres del Alto Aragón

viviente de Madrid. El Madrid de la Gran Vía, del chotis, del campo de Chamartín y de La Corrala, donde le esperan para una verbena.

A mí también me espera Madrid. El viaje termina. Y confío en que nadie me ponga en el compromiso de pedirme consejo para el veraneo. Porque en Guadarrama y en Cercedilla, en Gredos y en Sigüenza, en Alhama de Aragón y en Juca y en este Pirineo aragonés encontré paisajes, tierras, ríos y montañas llenos de belleza. Y hombres de ciudad y hombres del campo, labriegos e intelectuales, veraneantes y turistas y mujeres hermosas. Los españoles, en fin, repartidos en el estío por el viejo solar patrio, donde reina la paz.

Joaquín RUIZ CATARINEU  
(Enviado especial.)

# CUANDO LAS PLAYAS DEL SUR SE PONEN DE MODA

## GALOPE FINAL EN EL VERANEIO DE ANDALUCIA

### ALMERIA, LA INFANZONA DEL MEDITERRANEO



## LA COSTA DEL SOL, PULMON DE CASTILLA LA NUEVA

NO es posible arribar a Lanjarón con mirada somera: balneario cosmopolita, donde alternan los jaiques—¿qué le pasa al agua de Marruecos, que engendra tanto hepático?—y los trajes de último estallido de la moda mundial. Olisés cómodos y manidos. Por eso, ir no es estar yendo y viniendo; ni ver es descifrar el nombre y los porqués del nombre de las cosas. Cualquier guía turística—más o menos «baedeker» y española—nos informa acerca de la situación geográfica y del clima y de la pluriforme cualidad curativa de las aguas de Lanjarón. Toda una rotación de propaganda gira en torno a esta ciudad, vestíbulo de la Alpujarra en el valle de Lecrín. El obelisco a sor Joaquina, en la plazuela, junto a la iglesia, nos da un poco más íntima la medida de Lanjarón, villa de inquebrantables afectos.

Nos metemos por el barrio del Hondillo, pequeño Albaycín, con callejuelas sin salida, decorado por hornacinas y viejas leyendas. Lanjarón es un espejo donde se miran todas las tonalidades verdes posibles o inventadas, una carnación vegetal armónica en la que se conjugan los maravillosos contrastes de luz y el eterno canto de las aguas que se despeñan en manantiales. Y también, el gesto de fina ironía, la hipérbola andaluza rebotante de humor y gracejo: «Eres más largo que la calle de Lanjarón», con que ellos mismos, burla burlando, ponderan la longitud de su calle central, única vía de importancia urbana.

**LA RABITA EN EL TIEMPO DE «LA CORRIDA»**  
Castell de Ferro es una playa



Arriba: Contraluz en la playa de poniente de Aguilas.—  
Abajo: Panorámica de la ciudad de Almería, tomada desde la Alcazaba

cóncava entre pelados cerros. Aquí se va despidiendo Granada de sus límites de oasis y cabe un romance fronterizo dialogado entre la caña de azúcar y el paisaje lunar de Almería. (Que también tiene zonas de verdor, como luego veremos.) Ya desde La Mamola, humilde y estepario, empezamos a ver el morado desvalido de la tierra «launa», que sustituye a las tejas en el remate de las casas.

—No crea que la usan por pobres. También se debe a su impermeabilidad—nos dice un campañero de viaje.

El matiz moruno se acentúa en estas construcciones de poblados, en este modo de hablar, de difícil fonética, hendiendo las zetas y las eses, de modo intraducible.

La Rábita. Parece increíble, pero es verdad. Tan gris que se diría minero. Sin embargo, aquí, cubriendo la tierra de arenales, brotan y reptan unos gallardetes vegetales que se llaman pimientos, tomates, judías verdes. Entre La Rábita y su anejo, El Pozuelo—pozos de Jacob, clamores palestinos— en el tiempo de «la corrida», allá por los tempranos kikirikís de marzo, se cosechan sus buenos miles y miles de kilos de «la hortaliza», como por estos contornos la llaman.

—Tendría usted que verlo. (Pienso que tendríamos que ver todos los españoles tantas y tantas cosas, más de cerca, tomándoles el pulso a la sangre y al gesto.) A veces se juntan en La Rábita hasta ochenta camiones de Valencia, Barcelona y Madrid que vienen a cargar y llevarse tomates y pimientos tempranos. Son los mejores y los primeros que se comen en esas capitales. Si usted vive en Madrid, seguro que los primeros pimientos o tomates de la temporada que se coma son de aquí. Por el día de San José es cuando tiene esto más bulla. Son dulces como la miel.

### FOCHAS Y PATOS EN LA ALBUFERA DE ADRA

Las tierras limítrofes guardan entre sí gran parecido. De La Rábita, último pueblo granadino, a Adra, avanzadilla en la costa al-

meriense, un mismo sol verticaliza sus plomos agudos y punzantes. La mar, sin vientos, apenas estremece su ancha lámina de mercurio somnoliento y poderoso. Arenas minerales, de subsuelo, orlan brevemente, ceñidas al desigual contorno de entrantes y salientes la faja costera. Media hora es demasiado poco tiempo para estar en Adra. Pero no hay otro remedio. Y menos mal que, a ausencia de Alcalde, que está en Madrid, una se encuentra con el boticario.

Debía escribirse una biografía geográfica de tanto y tanto espáñol universitario como anda diseminado por pueblos y aldeas. Estupenda gente esta de las ciencias y las letras, que laboran sumergidos en el oscuro anonimato y sostienen vivo el espíritu a cabezas contra el medio ambiente, en innumerables ocasiones. Y luego dicen por ahí que somos un pueblo tribal, de insolidarios. Yo creo que estamos siendo, que somos, una nación unida codo con codo; una pirámide afirmada en vertical, ahincada desde la misma entraña de nuestra tierra y con el vértice «apex mentis» dirigido a lo más alto.

Guillén Verde es uno de estos licenciados. Su nombre campea escueto y sencillo dando noticia de sí, de su vocación y de su quehacer: «Farmacia del Licenciado Guillén Verde».

—Atiende tú a este señor—le dice al mancebo, entregándole la receta y él se vuelca del lado de mis preguntas, disparadas a una por minuto y un breve margen de contestación.

—¿Que si es agrícola Adra? Se cultivan más de quince mil marjales. Hortalizas, caña de azúcar, remolacha azucarera, frutales. Participamos de lo tropical y lo mediterráneo. El río Adra nos asegura, en gran parte, los riegos. La campaña azucarera se desdobra en dos vertientes: en abril, caña; en julio, remolacha. Dos molindas, dos tipos de azúcar.

—Muy temprana, la remolacha —le digo, por fuerza de la costumbre de recogida en la provincia de Granada.

—El clima manda. Como es lógico, y usted sabe, se derivan los aprovechamientos de alcohol etílico de ambos cultivos. Tenemos una fábrica muy importante. Última que no tenga tiempo de echarle un vistazo. También hay en Adra fábricas de conservas de pescado, tanto de arenque como de fritos. Y de conserva de frutas: membrillo, melocotón, cereza, cuya producción consumen

Barcelona y Madrid, principalmente.

—¿Y la pesca?

—Nuestra flota pesquera es de las más importantes de la provincia. Se pesca al arrastre y con traíñas.

Le pregunto por esos aludes de arena adosados al espigón, que vi al entrar en Adra.

—A ustedes no se les escapa nada—sonríe—. Se está haciendo un contraespigón de contención de arenas, primera prueba de esta envergadura que se hace en el Mediterráneo. En Santander ya se ha probado con éxito, por el mismo ingeniero que ahora realiza aquí los trabajos.

Hablamos de la albufera, que, en realidad, debían llamarse las albuferas, porque son varias lagunas concatenadas, pero independientes. De las bandadas de pájaros que las sobrevolaban y circuían.

—Abundan más las fochas, de carne oscura y sanguinolenta, que apenas se come por la gente de aquí. Pero también hay patos. Esto es un paraíso para los cazadores. Pueden cobrar cientos de piezas cada día sin miedo a agotarse. En septiembre emigran patos de otros lugares en busca del clima cálido de Adra. Se superpuebla nuestra albufera.

Dejamos al amable boticario y vamos a la caza de un bocadillo, ya que cuando llegue a Roquetas habrá pasado con mucho la hora del yantar. Y de nuevo en marcha, al asalto de la etapa siguiente.

## ALMERIA, TIERRA DE ORQUIDEAS

En la tarde del domingo, la ciudad sesteaba. Sol vertical en lanzas. Si Van Gogh hubiera conocido esta luz, pienso, al trepar por la cuesta arriba de la Alcazaba. Rumor de guitarras y risas. Sorpresa. Yo que esperaba encontrarme a solas. Pero también los futuros maestros tienen derecho a propinas de veraneo.

—Estamos celebrando por anticipado el triunfo en la oposición. Nada. Una merienda entre compañeros.

Son un grupo de diez o doce chicas y chicos. Les tiro unas fotos bailando el fandango de Almería.

—¿En qué periódico? ¿Cuándo saldrá?

Dejar la Alcazaba es dejarse también un poco el alma en ella.

Almería produce este maravilloso contraste: frente al mar de la cultura el paisaje rocoso y agreste de las tierras almerienses

Las piedras, doradas y milenarias, son el espíritu antiguo, vigilante y emocionado de la ciudad.

—Ya sabe usted que los ríos de esta provincia son teóricos —nos dice don Manuel Mendi-zábal, en su despacho de la Jefatura Agronómica en una charla sin prisas, en la mañana del lunes.

—Defíneme usted la tierra de Almería, don Manuel.

—Pues... Son zonas de tipo subdesértico, con oasis. Un clima maravilloso, para cultivo subtropical, en el litoral, y de cultivo mediterráneo en los oasis.

Nos explica la razón de las arenas en plantaciones de tomates y pimientos de La Rábida y otros lugares costeros: Adra, Roquetas.

—¿Ve esto?—y me muestra un cuadrado, como pan de higo—. Es fruto disecado. Higo chumbo, mezclado, proporcionalmente con harinas diversas. Un pienso concentrado y equilibrado, para distintas clases de ganado. La pala, en verde, se utiliza para el ganado lanar. Se va a montar una factoría para la elaboración de estos piensos.

—He visto, al pasar por la avenida del Generalísimo, un edificio casi terminado, con un rótulo...

—Sí. El Instituto de Aclimatación, con función investigadora en los aspectos de la riqueza botánica, aprovechamientos de plantas, fauna, química, microbiología y experimentación. Depende del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y estará terminado, si Dios quiere, a final de año.

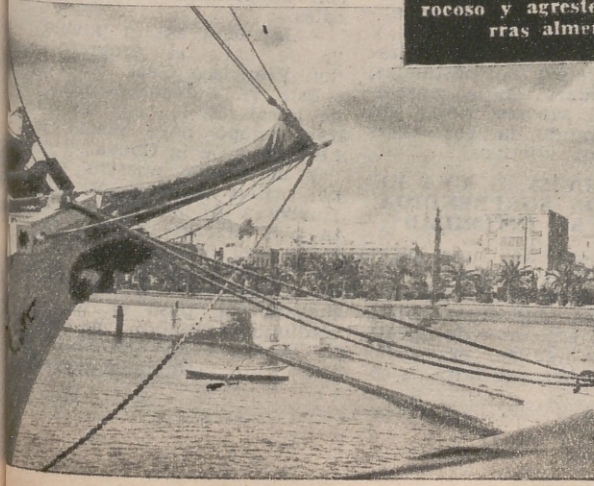
—¿Y otras pruebas, otros rumbos?

La contestación es segura, concisa, largamente meditada.

—Se impone una modificación en ciertos cultivos. La patata, por ejemplo. En lugar de conseguir cantidad, se debe ir a la selección. Sería un magnífico ingreso, la cosecha de patata temprana, para exportación, a base de patata selecta. Plantar frutales nuevos. Y hay algo que le va a gustar. En toda la provincia, especialmente en Adra, junto al mar, nacen orquideas salvajes, muy pequeñas. Vamos a tratar de perfeccionarlas. Aquí, gracias al clima, no se necesitan instalaciones de calefacción. Podría ser otra buena fuente de riqueza para Almería.

## UNA CARRETERA CENIDA A LAS OLAS

Ahora le toca a don Manuel preguntarme. Y, al saber que quiero ir a Roquetas, me brinda



un «jeep», la compañía de dos peritos agrónomos, que van de trabajos y hasta el poder presenciar una interesante faena: la toma de muestras para el mapa agronómico de España.

Eloisa Luján es uno de los quince o dieciséis peritos agrícolas que hay en España. Merece un reportaje para ella sola, pero se lo brindamos para otra ocasión. Con Eloisa y la ancha humanidad, desbordante de simpatía, de Isidoro Berti, también perito, caballeros en un «jeep» que Emilio tripula como pocos, hémos camino de Roquetas, la ciudad partida en dos mitades urbanas: una, donde está la iglesia, campesina; otra, en el puerto, marinera. Tres cosechas de tomates, por el campo, y 147 barcos de flota pesquera, por el mar. Buen índice, para una ciudad tan pequeña.

—El poniente es noble, viene de tierra. El levante, en cambio, es malo. Desemboca del cabo de Gata para acá y nos encierra por fuerza—dice un viejo pescador.

Vienen pocos veraneantes a Roquetas. Unas cuantas familias del pueblo, residentes en Madrid o en otros lugares. En general, en las playas de Almería, excepto en Garrucha y Terreros, no suele veranear nadie. Sólo los que habitan en pueblecillos costeros y los nativos.

Me voy con Eloisa Luján a verla en su propia salsa. Toma muestras de los distintos horizontes. Previamente, han cavado un hoyo de metro y medio de profundidad por dos de largo. Da un corte vertical, para poder estudiar luego el perfil exacto del terreno. Tiene que indicar la humedad, y, dentro de la humedad, la porción que está más húmeda, y, también, la capacidad de la tierra.

Otra vez en el «jeep», la tercera vez que paso, en veinticuatro horas, por esta bella cornisa que es el trozo de carretera más ceñido a las olas que conozco.

#### LA BAHIA DE LOS GENOVESES CON LEVANTE

Crujir de cigarras y estallido de piteras al sol, es el primer síntoma de «El Romeral», al filo del mediodía. Hay un dormido molino de viento a la izquierda del camino. Los del «jeep» se dejan retratar a la sombra sin sombra del aspa que no tiene velamen. Y reembarcamos hacia el cortijo. Para, a los pocos minutos, cumplidas las fórmulas sociales, desandar en dirección a la Bahía de los Genoveses. Levante en «crescendo». La serpiente de mar es una teoría inacabable de espumas.

Jacinto echa su cuarto a espadas. Habla primero, invariablemente, en inglés, que aprendió en su larga estada en Norteamérica; luego, a renglón seguido, lo traduce a almeriense. Nos cuenta una postrera, todavía, anécdota benaventiana, que presenció en Nueva York.

—En un club de la calle 42 daba una charla don Jacinto Benavente. El local estaba lleno de españoles, hispanoamericanos y neoyorquinos. Don Jacinto apenas sabía chapurrear tres palabras seguidas en aquel lenguaje. La gente se reía de su pronunciación y de lo deficiente

de su vocabulario. Entonces se levantó el traductor de sus obras, que era quien lo había invitado a dar aquella conferencia y, dirigiéndose a los oyentes, les soltó: «Señores, no se rían ustedes. Este señor, hoy nuestro huésped, traduce mis obras a su idioma y yo las suyas a los nuestros. Ni él tiene obligación de saber hablar perfectamente el inglés, ni yo el español». Como por encanto, la gente cesó de reír y estallaron los aplausos. Aquellos eran otros tiempos.

Deriva la conversación hacia la agricultura, a cuenta del vino que nos sirven como aperitivo. Luego son las naranjas. Al final, hemos incidido en ellas. Berti opina.

—La naranja almeriense tiene la propiedad de madurar de dentro a fuera. Verde en piel y madura de gajos. Es una ventaja para la exportación.

Pero ya está aquí la paella. La paella que se confecciona al gusto y delecto gastronómico de los cazadores. Las lenguas enmudecen. Cada cual a su plato, y Jacinto, el imponderable Jacinto, de «maitre» y camarero a un tiempo, incansable a nuestro alrededor. Después serían los huevos fritos con tocino—«bacon», dice él pomposamente.

#### A FALTA DE FESTEJOS, QUE NO EMPIEZAN HASTA MEDIADOS DE AGOSTO, UNA CHARLA CON PERCEVAL

A Perceval hay que sacarlo del agua. Vamos derechamente al bulto del interrogatorio.

—¿Cómo ve usted Almería, hombre ibérico, jefe de la tribu indaliana?

—Palestiniana. Aunque hay opiniones. Zulcaga decía que era una ciudad cubista. Pueden coexistir estas dos definiciones: paisaje y forma. En realidad, las viviendas son cubos. Pero cada casa es una individualidad. El resultado es un gigantesco poliedro de violento colorido, que se yergue y se descompone a la luz sobre un plano calizo.

—Hábleme del fandanguillo.

—Es un cante telúrico. Localizado en sierra Almagrera, de donde procede todo el cante minero. Variaciones sobre un mismo tema musical y tan hondo como la entraña de la tierra. ¿Por qué no se queda a las fiestas y charlamos despacio y le presento a mi gente?

—Porque no puedo—ahora soy yo la interrogada.

Palabra que siento tener que levar anclas apenas entrevista la ciudad. Porque Almería, no doncella, infanzona del mar, encrucijada entre Al-Andalus y Levante, meridiano de civilizaciones y paralelo de nostalgias, invita a quedarse en la contemplación y el saboreo, horas sin prisa, madurando la voz antes de ensayar los adjetivos.

#### GARRUCHA, O UNA REUNION SORPRENDIDA EN SU INTIMIDAD

Pon fin, aquí hay una playa de Almería con veraneo y veraneantes. Cuevas del Almanzora, Vera, y hasta Madrid, se polarizan en este largo mar de Garrucha. Desde Aguilas, era difícil el viraje a babor, por falta de co-

municaciones directas. Había que hacer un lento meandro y no había tiempo. Pero los deportistas siempre tienen una idea a punto y una moto dispuesta a tragarse kilómetros de buena o mala carretera. A bordo de una «fresa», con Pepe Salas por patrón, he ido y he vuelto a Garrucha con accidente y todo. Menos mal que la cadena crujió en una cuesta arriba. Y que un camión de las minas nos recogió del naufragio y nos acercó a Aguilas.

En Garrucha se duplica la población en el verano. Cada familia en vacaciones tiene su casita propia. Hasta Jorge y José de la Cueva, asiduos «garrucheros» de adopción estival. Es una población pequeña, cuyo término municipal—quizá caso único en España—comprende tan sólo el casco de la población. Así, que se ha lanzado al mar, única proyección posible. Vive de la pesca y su tierra es a playa, pues no tiene un centímetro cuadrado de ensanche rural. Es muy lógico que se esté ampliando comercialmente el puerto. Y la construcción de un cargadero para darles salida a los minerales de la sierra de Bédar. Posiblemente, se dará también salida al mineral de El Chive (Lubrín), que, en la actualidad, se realiza por los puertos de Almería y Aguilas. El dragado y ampliación del puerto permitirá la entrada de barcos de cuatro y cinco mil toneladas.

Don Francisco Gea Perona es el decano de los veraneantes de Garrucha.

—Los señores tienen visita, pero pase usted—nos dicen amablemente.

Cuevas, Vera, Garrucha, componen esta sorprendente charla de amigos que avistamos e interrogamos, como es nuestra obligación.

Don Francisco Gea nos dice:

—Garrucha tuvo gran importancia comercial hasta la guerra del catorce, debido al mineral de la zona. Ahora esperamos que la recobre, también por el mineral.

Una de la reunión, que es de Cuevas, me brinda la nota de color del veraneo garruchero.

—La gente humilde de Vera monta su ciudad satélite: Villa Jarapa. Instalan luz, bares. Forman sus verbenas. Son una colonia aparte. Con harapas—«jarapas», que dicen ellos—construyen habitaciones separadas entre sí también por harapas. Se traen sus cabras, sus gallinas. Los gitanos de Vera arman un tinglado de madera y sólo se permite bailar allí a los calés.

—Garrucha es un pueblo que va de cara al progreso—sigue don Francisco Gea.

Esto va a resultar una sopa de letras. Y, lo peor, es que no hay tiempo para buscar a los hermanos De la Cueva.

Y así acaba nuestro caminar por orillas del mar del Sur. De Huelva a Alicante el sol calienta y el aire se refresca con las brisas del agua. Una, en caminar continuo, ha ido aprendiendo la geografía viva de estas comarcas con paso moruno y reciedumbre española de siempre.

Concha FERNANDEZ-LUNA  
(Enviado especial.)



# LAS ELECCIONES DEL 12 DE ABRIL DE 1931 VISTAS DESDE GOBERNACION

UNA ESTADISTICA CON APLASTANTE TRIUNFO MONARQUICO - LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES CALLEJERAS EN LA NOCHE DEL 13

Por Francisco CASARES

NO precisamente por mi profesión periodística, sino por otras circunstancias, hubo de tornarme ser uno de los testigos directos, en el Ministerio de la Gobernación, del desarrollo de las tristemente históricas elecciones del 12 de abril de 1931, que, aun habiendo sido decretadas para la renovación de los Ayuntamientos y tener, por consiguiente, un carácter netamente administrativo, determinaron nada menos que la caída de la secular Monarquía y la restauración de la segunda República.

Ya me he referido, en estas evocaciones, a la amistad y protección con que me distinguía el redactor jefe de mi periódico, don Mariano Marfil. Desde que ocupó el primer cargo político—Subsecretario de la Presidencia, en 1922, con don José Sánchez Guerra—me llevó a su lado como secretario particular. Lo fui en la Presidencia del Gobierno, en la Dirección de Aduanas, en la Delegación del Gobierno en la C. A. M. P. S. A. y en Gobernación, hasta el último minuto del régimen monárquico. Estaba yo, pues, en el Ministerio de la Puerta del Sol cuando llegaron las elecciones municipales. Marfil ocupaba un despacho muy pequeño, que se hallaba situado hacia el centro de la planta principal, y desde el que se accedía a la gran sala llamada de Canalejas, en la que había sido expuesto el cadáver del famoso político liberal a poco de ser asesinado ante el escape de la librería de San Mar-

tín. Yo tenía mi despacho de secretario particular, contiguo al del Subsecretario, en el ala derecha, más cerca ya de la fachada a la calle de Postas. Por último, y como ha sido costumbre tradicional, el despacho del Ministro estaba en la parte del edificio que hace esquina a la calle de Carretas. Por esos despachos y salones hubimos de corretear, nerviosamente, en la jornada del domingo 12 de abril, con la sensación, que fué ensanchándose por momentos, de que la consulta electoral, a pesar de su carácter, tenía un valor político indudable.

Los días anteriores al de la jornada electoral el movimiento en Gobernación no fué mayor, ni tuvo matices distintos, que el de otro día cualquiera. Las elecciones para renovar los Ayuntamientos no implicaban, como las antiguas de diputados a Cortes, un engranaje, un sistema de «encasillado» y una sucesión de instrucciones a los Gobernadores Civiles. Sólo se transmitían las que convenían al mantenimiento del orden público y a la pureza de las votaciones. El Ministro era el marqués de Hoyos, coronel artillero, Grande de España, persona de la confianza del Monarca, caballero intachable, acaso no muy ducho en política. Pero como lo que se había prometido al país era una absoluta imparcialidad, esa misma falta de experiencia y picardía políticas del ilustre prócer venía a ser una garantía.



Propaganda a favor de la candidatura republicano-socialista



El conde de Romanones en el colegio electoral donde votó

EL DIA 12 DE ABRIL.—ALMUERZO EN EL SALON CANALEJAS.—LAS PRIMERAS IMPRESIONES

En la mañana del día 12 nos congregamos temprano en el Ministerio. La circunstancia de ser domingo me permitía a mí estar allí, fijo, a las órdenes de mi jefe, sin tener que realizar, como en los días de trabajo, algunas salidas para atender a mis deberes informativos. Me levanté a primera hora, acudí a misa en el Buen Suceso, deposité mi voto y poco después de las nueve estaba en el Ministerio. Allí charlé un rato con el secretario del Ministro, que esperaba al marqués. Era dicho funcionario el señor San Martín, oficial mayor



Las once y media de la noche del día 13 en la Puerta del Sol

del Congreso más tarde, persona de excelentes cualidades y con quien hice una buena y cordial amistad. A medida que avanzaba la mañana se presentaron algunos personajes. No muchos. La cosa, realmente, no inquietaba. La inconsciencia hallábase demasiado extendida. No faltaron gentes con responsabilidad y motivos serios de vinculación a las instituciones que se marcharon al campo y ni siquiera fueron capaces de imponerse el pequeño sacrificio de votar antes de dejar Madrid. Los republicanos y los socialistas, por el contrario, como sabían a lo que iban y lo que podía ventilarse, no desertaron. ¡Y ganaron las elecciones!... Como digo, la mañana del domingo hubo escasa animación en el Ministerio. Algunas llamadas por teléfono, preguntas de los Ministros y de otras personalidades. Pero, nada se podía decir. Los Gobernadores no empezaron a dar noticias —¡dramáticas noticias!— hasta las primeras horas de la tarde. De Madrid, se llegaban algunas impresiones. Eran poco agradables. Pero eso ya se esperaba. El triunfo de la candidatura de la conjunción republicanosocialista se debía por descontado. La sorpresa no vendría nunca por las urnas de la capital, ni aun por las de otras ciudades sobre cuyo desvío monárquico no dudaba ya nadie.

A las dos de la tarde se sirvió el almuerzo del Lhardy. Doce comensales, si mi memoria no falla. Acaso alguno más. Presidió la mesa el Ministro, marqués de Hoyos. Con él nos sentamos: el Subsecretario, el director general de Administración Local, el oficial mayor, alguno de los jefes de sección y los dos secretarios particulares, San Martín y yo. No hubo nada de particular durante aquella comida. Sin embargo, el ambiente era denso. La tónica, de pesimismo. No había nada concreto. Aun no se tenían noticias de provincias. Las de Madrid, sin haber llegado el momento de los escrutinios, eran solo esa primera impresión fácil de captar en tanto que una votación se desarrolla. Los que declaran abiertamente lo que han votado. Las intervenciones. El posible control. Esas impresiones iniciales, por lo que respecta a Madrid, no presagiaban nada bueno. Los republicanos y los socialistas se movían activamente. Sus agentes electorales y sus equipos de propaganda estaban en todas partes, multiplicándose. La gente monárquica, como si no tuviera nada que defender, como si no se jugase nada, apenas daba señales de vida.

#### MAYORIA MONARQUICA. PERO... EN LOS BURGOS.

Desde las primeras horas de la tarde comenzaron a llamar los Gobernadores Civiles. No daban todavía, naturalmente, datos concretos. Igual que en Madrid, limitábase sus informes a impresiones que se basaban en el ambiente de las ciudades. Y ese adelanto de lo que se iba dibujando por casi todo el territorio nacional, no podía ser más desalentador. Durante la tarde acudieron a Gobernación Romanones, con Juan de la Cierva, algunos Ministros más. Marfil estaba al habla constantemente

con el general Mola, director general de Seguridad. Incidentes: pocos y sin importancia. La verdad es que no tenían necesidad de librar arduas batallas. Les convenía que todo fuera normal para presentar su triunfo como una expresión auténtica, democrática, de la voluntad mayoritaria del país. Y así era. ¿Para qué engañarse? Y, sobre todo, ¿para qué tergiversar lo que ya es historia? Marfil quiso —con razón en parte y con el noble propósito de prestar un último servicio a la causa monárquica y al país— argumentar con la superioridad manifiesta de las cifras que daban el triunfo a las candidaturas oficiales y de derechas. Pero era en los pueblos, en la ruralidad española. Las capitales y las grandes ciudades, salvo contadas excepciones, decían otra cosa. Y era la que valdría. La que, en definitiva, valió. No me olvidaré nunca de la contrariada expresión de mi jefe.

—Esto va mal, muy mal, Casares —me dijo aquella noche—. Se acaba. Todas las torpezas y los errores se pagan. Y ahora vamos a pagar las equivocaciones que se han cometido desde la Dictadura por acá.

Nos separamos unos minutos apenas para cenar. A las once de la noche estábamos en Gobernación otra vez. Ya había noticias de todas partes. Y todas ellas desagradables. Se habían perdido las elecciones irremisiblemente. El Subsecretario, sin nervios, sin aspavientos, atendía a los que le visitaban, mantenía conversaciones telefónicas con los Gobernadores, con las autoridades, iba y venía, llevaba los datos que se recibían al Ministro; estaba en todo. Y, cada vez, el gesto más contrariado, la expresión más sombría, aunque los que le rodeaban no llegaran a advertirlo. En los momentos en que el teléfono o las llamadas del marqués de Hoyos y otros Ministros le dejaban libre, seguía confeccionando su estadística. Con números pequeños, en cuartillas dobladas, iba haciendo la cuenta: «Guipúzcoa: Capital, republicanos, tantos. Pueblos: candidatura monárquica, tantos.» Y así provincia por provincia. La mayoría republicana era abrumadora en las capitales. El número de votos en las circunscripciones provincianas era, en cambio, de una gran superioridad para los monárquicos. Pero todos estábamos percatados de que lo primero era lo que decidía. Se había ido a las elecciones municipales, postergando las provinciales y las de diputados a Cortes, con un sentido indudable de pulsación de la opinión pública.

No es de este momento, ni de la intención de mis Memorias, la especulación política sobre lo que debió hacerse o dejarse de hacer. Mi jefe aconsejaba, por lealtad, por entendimiento de lo que era su deber, que se diesen los resultados oficiales, con arreglo a las cifras. Sin interpretación. Pero él —que él mismo consideraba un arbitrio inocente— no engañaría a nadie. Es indudable que ayudaba a «camuflar» el desastre, en espera de los acontecimientos que pudieran venir. Era una forma de decir la verdad con menos crudeza. Tam-

bién —según me refería en los ratos en que nos quedábamos solos y comentábamos el proceso de las desoladoras realidades— me hablaba de la sugestión que hiciera al Ministro y a los que querían oírle. Las elecciones habían sido sólo para renovar los Concejos españoles. No tenían un neta y definido carácter político. No se había dicho nunca —aunque estuviera en el ánimo de todos— que fueran una consulta para decidir el régimen que debía continuar o que hubiera de instaurarse en el país. Pero eso no lo aceptaba él mismo. Su convencimiento íntimo era otro. Y la visión de lo que llegaba, ineluctablemente, muy distinta, también, de la que podía derivarse de aquellos consejos y sugerencias.

#### NUESTROS COMPANEROS.—EL 13 DE ABRIL.— EN «LA EPOCA».—EN PALACIO

La noche del 12 al 13 la pasamos en Gobernación, sin movernos, sin descansar. Los periodistas, a pesar de ser jornada de descanso dominical, acudían sin interrupción a nuestros despachos. Pasaban, generalmente, por el mío y yo los anunciaba al Subsecretario. Este los recibía con amabilidad, sin denotar su enorme preocupación. Y con la cordialidad de amistad y compañerismo que tuvo siempre para sus camaradas de oficio. Manejaba con gran habilidad las cifras que tenía en sus pequeñas cuartillas y les iba dando datos. Pero no podía eludir la concreción de algunas preguntas. Además, los informadores tenían sus noticias directas por las agencias y los correspondientes. Si pedían las de carácter oficial era para completar su información. Y porque siempre resultaba de interés compulsar y llevarse una impresión del «clima», de la situación en los centros oficiales. Marfil charlaba en tono sencillo y afable. Y no dejaba traslucir su preocupación. Ni él ni nuestros compañeros se engañaban. Y hay que decir —o recordar mejor— que en la mayor parte de los que llegaban había euforia, satisfacción visible y no disimulada. Por eso del mismo modo que los votantes de derechas, en lamentables porcentajes, habían abandonado Madrid y sus deberes, en las comparecencias de los informadores se advertía la misma diferencia sintomática. Los de derechas apenas se preocupaban. Los de izquierda habían trabajado todo el día con afán y entusiasmo. Y eran los que aquella tarde y aquella noche nos visitaban con más frecuencia y reiteración.

Amaneció el día 13 de abril. Los rostros acusaban la agotadora jornada anterior, la noche en blanco. Pero, sobre todo ello, el profundo disgusto, el estado de ánimo indisimulable. Yo tuve que dejar el Ministerio por unas horas. Acudí a la Redacción de «La Epoca» para cumplir mi misión de redactor político. Recogí las noticias que daba la «Hoja Oficial del Lunes» y contesté a las preguntas de mis compañeros de redacción. En aquella casa, como es lógico, las impresiones pesimistas conturbaban a todos. Valdeiglesias me preguntó, lo primero, apenas me vió:



Primer Consejo del Gobierno Aznar, último de la Monarquía

—¿Qué dice Marfil?

—¿Qué quiere usted que diga, don Alfredo? Ve esto muy mal.

—Pero, ¿con consecuencias irreparables?

—En efecto, con consecuencias irreparables.

Don Mariano Marfil seguía, sin haberse acostado, en su puesto. Su capacidad de trabajo y su idea del deber eran tan excepcionales, que en ratos sueltos, entre visita y visita, alternando con las llamadas telefónicas y el despacho con el marqués de Hoyos, escribió aquella mañana el editorial de «La Epoca», que había de ser, forzadamente, un artículo difícil, de circunstancias, hábil, sofisticado y, al mismo tiempo, sin perder el tono de gallardía y de firmeza que exigía la coyuntura. Y así fué. Prodigio de serenidad, de dominio de los nervios y de capacidad mental. Desde «La Epoca», como todas las mañanas, me trasladé a Palacio, donde viví la jornada de víspera de la caída definitiva del régimen. Como es natural, mis compañeros me asatearon también a preguntas. Estuvimos toda la mañana pendientes de quien llegaba, de lo que podían decir al entrar o salir por la Puerta del Príncipe. Y allí nos fué dado escuchar y anotar para nuestros periódicos y para la Historia la desdichada pero expresiva frase del presidente del Consejo de Ministros, almirante Aznar:

—España se acostó anoche monárquica y se ha levantado esta mañana republicana.

#### ROMANONES Y GARCIA PRIETO, EN PALACIO

Estuvieron los Ministros de Estado y Gracia y Justicia. Era lunes y les correspondía despacho con el Rey. Naturalmente, el día no era de despachar. Sólo un tema, sólo una cuestión. Se estaba jugando el porvenir de España. Daba la casualidad de que los dos Ministros eran los jefes liberales, antiguos presidentes del Consejo: el conde de Romanones y el marqués de Alhucemas. No unos Ministros cualesquiera, por que su significación y su historia les asignaba, en aquel último Gobierno de la Monarquía, papel descolante. De la conversación de ambos políticos con el Monarca se han dado muchas versiones. Yo no puedo responder de lo que fuera realmente el diálogo. Los dos estuvieron asaz prudentes al abandonar el Alcázar, al que Romanones habría de volver en aquellas cuarenta y ocho

horas varias veces. Pero lo que sí es positivo y se supo ese mismo día, 13 de abril, es que el conde no ocultó ni por un instante a Alfonso XIII su pesimismo y su convicción de que todo estaba perdido. Ello fué, sin duda, lo que llevó al Rey a pedir a su viejo consejero que medlara cuando, ya plenamente convencido de que no se podía hacer nada, quiso que la transmisión de poderes se realizase sin derramamiento de sangre.

Desde Palacio me trasladé de nuevo a la Redacción del periódico. Escribí rápidamente mis notas y marché a Gobernación, donde mi jefe me dió una sensación de agotamiento, de extraordinaria fatiga. Pero allí seguía. Había escrito su artículo. Estaba en la brecha. Cumplía con su deber. Así lo haría hasta veinticuatro horas más tarde, cuando fué el último funcionario monárquico que abandonó su puesto. Y con una actitud de dignidad y entereza que pocos tuvieron y que constituyó una verdadera lección.

#### LA TARDE Y LA NOCHE DEL DIA 13.—ALGARADAS EN LA PUERTA DEL SOL

Pasamos la tarde juntos, salvo los ratos en que la llegada de Ministros y las llamadas del nuestro le obligaban a dejar su despacho. Cabildeos, un Consejo improvisado en el despacho de Hoyos, conferencias, cambios de impresiones. Ya no interesaban las cifras electorales, que el día anterior eran lo fundamental. Había de por medio un problema más grave, más urgente: lo que llegaba irremediable, fatalmente. Marfil, que encontraba en mí un receptáculo para sus expansiones y que no me ocultaba nada, me iba dando cuenta de las conversaciones y de los acuerdos en el despacho del Ministro. Y las noticias de Palacio. También se iban conociendo las que procedían del «Gobierno provisional», ya constituido. Y de las provincias, donde comenzaba a manifestarse la agitación subsiguiente al triunfo arrollador de la conjunción que derribaba a la Monarquía secular de España.

En la calle se iniciaban los grotescos espectáculos de la euforia popular. Desde nuestros balcones pudimos presenciar la riada de gentes que gritaban hasta enron-

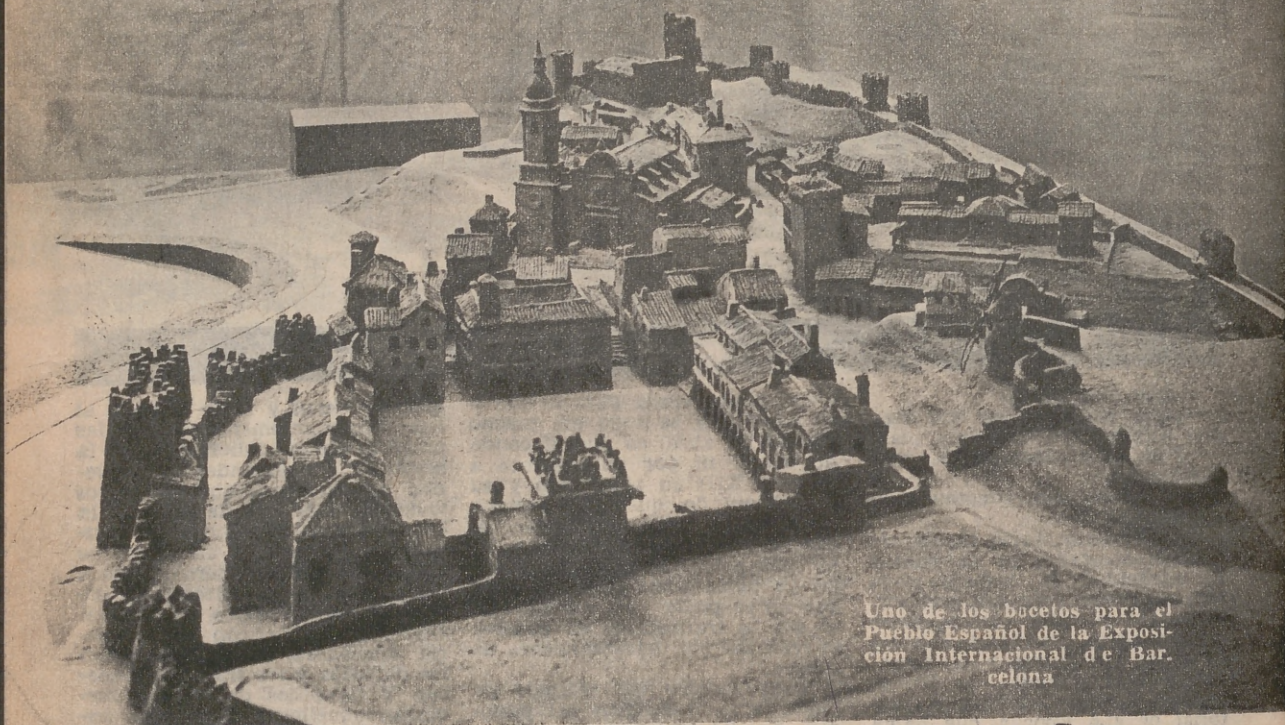
quecer. Marfil y Mola estaban al habla constantemente. Y con las preocupaciones inherentes a la histórica y trascendental gravedad del momento que estábamos viviendo, habíamos de soportar la mascarada de abajo, de la Puerta del Sol, que ya en la noche del 13 era un hervidero humano, del que salían los gritos y los denuestos más procaces. Las expresiones de júbilo, con chabacanería delatadora, se mezclaban con los dicterios y las frases más soeces. Y no pocos de los que formaban aquellos contingentes desatados y enfebrecidos dirigían la mirada a los balcones encendidos del Ministerio, donde los últimos servidores de la Monarquía en derrota apurábamos la amarga fase final de los deberes impuestos.

Lo de menos era eso. La calle, con su amenazador cariz, importaba poco. Que se desfogasen, que chillaran cuanto les viniera en gana. Se sabía ya que la fuerza pública era impotente. No por superioridad de los exaltados, que en sonando una corneta o simulando una carga habrían corrido como liebres, sino por una flojedad, por un temor y, en algunos, por una instintiva convicción que se había ido aprendiendo de los agentes subalternos de la autoridad. Los noticias que más interesaban eran las del bando contrario. Los del Comité republicano marxista se hallaban en reunión permanente. Estaban absolutamente convencidos de que había llegado su momento y que el Monarca iba a dejar el Alcázar en donde naciera y el territorio español unas horas—las más inmediatas posible—después.

Así transcurrió la segunda jornada después de la electoral. Era la penúltima. Yo dejé Gobernación para trasladarme a la Redacción de «El Sol», a la que también pertenecía. Dirigía entonces, por segunda vez, este rotativo el gran periodista don Manuel Aznar, actual embajador de España en Buenos Aires. Dejé a Marfil en su despacho dispuesto a pasar otra noche sin dormir, al pie del cañón. El Ministro, roto, sin fuerzas ya para sostenerse, se había retirado a descansar. El Subsecretario continuaba en su despacho pendiente de los teléfonos. La gente, en la Puerta del Sol, seguía gritando desaforadamente. Iba a amanecer el infortunadamente histórico 14 de abril.

Francisco CASARES

# "SAN MIGUEL DEL REY"



Uno de los buceos para el Pueblo Español de la Exposición Internacional de Barcelona

## HISTORIA "VERDADERA" DEL PUEBLO ESPAÑOL DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE BARCELONA

Toda nuestra arquitectura típica, en tres kilómetros de fachadas

EL Pueblo Español fué la atracción perenne de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Atracción perenne y principal, porque las otras dos, los juegos de luces y el Museo Históricoartístico del Palacio Nacional, no llegaron a lograr la profundidad de su gran éxito. Los juegos de luces, espléndidos, fueron la maravillosa gracia, el hechizo, el encanto nocturno del certamen. Las fuentes luminosas, las cascadas multicolores, los rayos potentes, sólo de noche podían ser admirados.

El Museo del Palacio Nacional, con sus objetos extraordinarios procedentes de toda España, catalogados sabiamente por mi siempre querido maestro don Manuel Gómez Moreno y asegurados en cerca de mil millones de pesetas, no fué ni podía ser manejar para todas las bocas. De ahí que El Pueblo Español se llevara la palma en el número de visitantes y compartiese con las iluminaciones los mejores elogios. Hablar, pues, de ello ha de ser siempre grato para mí, que fui su director y su jefe.

Pero me indican, no que recoja los elogios del Pueblo, sino que explique y detalle, en lo posible, para conocimiento de los lectores de EL ESPAÑOL, por qué, cómo y por quién o quienes se hizo el

Pueblo y cuál fué el estímulo que movió a crearlo. Si he de decir verdad, esta segunda parte de la bondadosa exigencia no me satisface ni agrada porque entra de lleno en un plan de intimidad que reservaba exclusivamente para mis Memorias, «Vidas, años y cosas», cuyo tomo IX, titulado «La Exposición de Barcelona», irá dedicado íntegramente a relatar lo más interesante de cuanto pude saber, oír y ver por mí mismo en aquellos años. No obstante, voy a satisfacer los deseos de EL ESPAÑOL.

### TIPOS DEL PUEBLO EN UN ARCHIVO FOTOGRAFICO (1913-1924)

La mitología de la segunda Exposición de Barcelona no se creó por héroes de la gentilidad ni por dioses de fábula: nació la idea, como portabandera de la electrificación de Cataluña, entre un «modesto grupo» de industriales electricistas que en el mes de mayo de 1913, después de una asamblea «entusiasta» en el Fomento del Trabajo Nacional, consiguieron que el Ayuntamiento barcelonés votase medio millón de pesetas para el certamen y el Estado concediera carácter oficial al proyecto. Se titulaba Exposición Internacional de Industrias Eléctricas. En diciembre, el propio Ayun-

tamiento amplió el crédito inicial de 10 millones de pesetas y nombró la primera Junta directiva. Figuraban en ella el conde de Torroella de Montgrí, Mir y Miró, Abadal, el conde de Lavern, Lerroux, Pich, Pedro Corominas, Emilio Tunoy, Jaime Carner, el marqués de Alella, Cambó y el duque de Solferino. Estos señores representaban entonces a todos los partidos políticos y fuerzas «vivas» de Cataluña. En aquella prehistoria de la Exposición, en los proyectos que intentaban desarrollar, no figuraba ninguna representación artística ni nada que tuviese relación con el arte español ni con característica alguna de España. Ese ausencia, esa inhábil limitación, fué modificada rápidamente. En 1914, al decidir que el certamen se inaugurase en 1917, se acordó que «conjuntamente» con la Exposición Internacional de Industrias Eléctricas se celebrase una «Exposición General Española». Muy pronto la gran guerra del 14 aplazó todos esos propósitos y la Exposición concretó sus trabajos a obras de urbanización del Parque de Montjuich y a la construcción de determinados palacios. Luego comenzó a realizarse el Repertorio Iconográfico y se aprobó construir una Casa de España con elementos artísticos arqueológicos (1918).

Hasta finales de 1923, en que se abrió el nuevo período de la Exposición, trazando una raya divisoria entre lo pasado y lo porvenir, El Pueblo Español ni existió, ni asomó en los planes ni en los planos. Se hizo referencia únicamente a «manifestaciones regionales y pintorescas» en ciertas notas de la España Monumental y nada más. Las únicas aportaciones aprovechables—hay que reconocerlo honradamente—fueron las colecciones excelentes, aunque incompletas, de fichas fotográficas del Archivo Mas, en que se recogían modelos arquitectónicos de varias regiones españolas. Tan aprovechables que algunas de esas fotografías fueron el primer tipo «ideal» del Pueblo cuando lo planeamos en su actual forma, en 1927.

### DOS MILLONES DE PESETAS PARA LAS OBRAS (1924-1927)

Mientras se realizaba, por encargo del Gobierno, la inspección de todos los acuerdos e inversiones del presupuesto, hasta 1924, unos pocos hombres estudiaban sin prisas, pero con el mayor sentido de responsabilidad, cuál habría de ser el contenido de la Exposición nueva; qué era lo que podría y debería aprovecharse de todo lo realizado y cuáles tendencias o caminos habría que suprimir y desandar para conseguir que la Exposición fuese en muy pocos años la viva realidad que Barcelona soñaba y España entera merecía. Repartimos nuestro trabajo y establecimos tres grandes grupos suprimiendo por obligada prescripción, impuesta por los años, la idea inicial de las industrias eléctricas. La Exposición abarcaría tres sectores esenciales: Arte, Industria y Deportes. Me correspondió a mí, además de ejercer las funciones de la Secretaría y jefatura de Servicio, estudiar, planear y dirigir el sector artístico. Este sector, clave espiritual del certamen, se denominaría «El arte en España», tendría por sello el escudo con el águila bicéfala de Carlos V y presentaría tres manifestaciones importantes: el Museo de Historia y de Arte en el Palacio Central (luego Nacional); la España Típica Regional (luego «Un Pueblo Español»), y una Exposición Internacional de Pintura, Escultura, Dibujo y Grabado contemporáneos en el Palacio de Arte Moderno. Fuimos concretando nuestras notas, y en 1925 ofrecimos al Ayuntamiento de Barcelona, que lo aprobó y en seguida al Gobierno del general Primo de Rivera, el plan íntegro, en tres volúmenes, que especificaban respectivamente, y con todo detalle la organización, las obras y los presupuestos especiales y generales de gastos e ingresos, debidamente explicados y, en lo previsible, razonados y justificados, y en ese plan se hallaba el apartado de «La España Típica Regional o Pueblo Típico Español», que debía establecerse en los terrenos que circundan el Palacio Central (Nacional), agrupando exhibiciones de los varios aspectos de la vida popular en las distintas regiones con sus usos, costumbres, manifestaciones de arte y oficios característicos. Para estas agrupaciones, o agrupación general, se

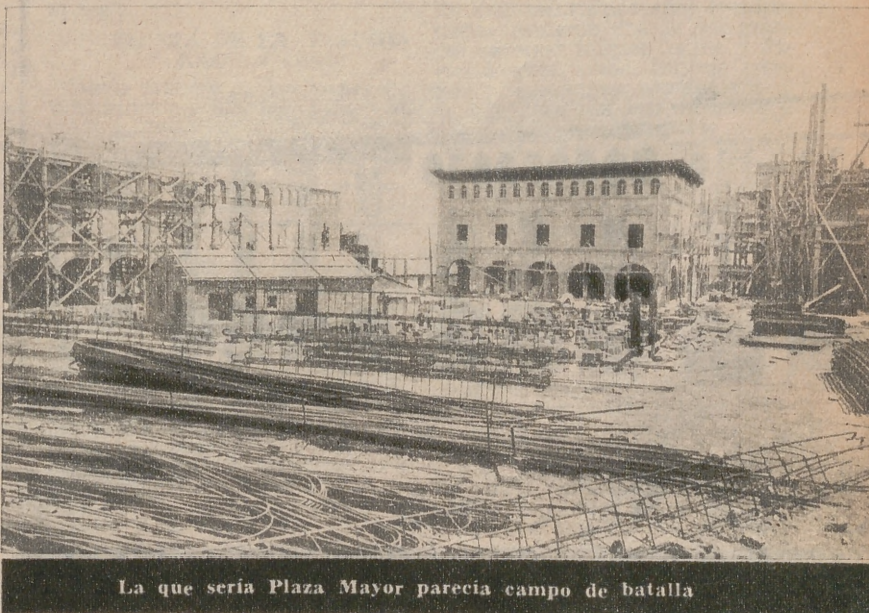


Las obras del Pueblo Español poco después de iniciadas

incluía en el presupuesto de obras la cantidad de 2.824.055 pesetas.

Aprobados estos planes y presupuestos, con gran satisfacción por cierto del Ayuntamiento de Barcelona, que presidía el barón de Viver, y del Gobierno, la Sección de «El Arte en España» aumentó su personal, escaso entonces, y dió entrada a sus asesores y colaboradores de Madrid y Barcelona, creando su organización y la plantilla de funcionarios, aprobada por el Comité y la Junta en 18 de mayo de 1926. En esa sesión ratificó el Comité mi nombramiento de director de la Exposición Especializada del Arte en España, sin perjuicio del desempeño de

mis otros cargos, y nombró representantes y colaboradores en Madrid al marqués de la Vega Inclán, al marqués de Valverde de la Sierra, a Eduardo Marquina, a don Enrique Díez Canedo, a don Pedro Artífano, a don Luis Pérez Bueno, a don Antonio Ballesteros, a don Manuel Gómez Moreno, a don José Ramón Mélida, a don Elías Tormo, a don T. Torres Balbás, a don Mariano Benlliure y a don Livinio Stucik. Y asesores en Barcelona a los señores don Pedro Bosch Gimpera (Prehistoria), don Angel Vegue (Historia del Arte Español), don Miguel Utrillo y don Domingo Carles (Arte retrospectivo), don Rá-



La que sería Plaza Mayor parecía campo de batalla

cardo Canals, don Francisco Galí y don Javier Nogués (Arte moderno), don Francisco Labarta (Indumentaria), don Olegario Junyent (Servicios artísticos) y don Pedro Domenech, director de Construcciones.

No he de referirme aquí a la actuación de esos ilustres amigos que tanta competencia y excelentes servicios desarrollaron en el Museo del Palacio Nacional, en la busca y valoración de objetos artísticos y en la realización de los cuadros históricos. Mi preocupación urgente era darla forma al Pueblo Típico y hallarle emplazamiento adecuado. A este efecto consulté con mis compañeros y después de muchas idas y venidas y vueltas y revueltas se resolvió que el Pueblo Típico fuese no «El Pueblo Típico Español», sino «Un Pueblo Típico Español» en movimiento y vivo. El delegado de Arte en el Comité y en la Junta, delegado regio de Bellas Artes, mi muy querido amigo Luis Plandiura, eligió de acuerdo conmigo a dos de los asesores: Miguel Utrillo y Javier Nogués, y propusimos al Comité que ellos y los arquitectos don Francisco Folguera y don Ramón Raventós realizaran el anteproyecto. El día 21 de diciembre de 1926 aprobó el Comité la propuesta y comenzamos, a base del Repertorio Iconográfico, a seleccionar las fichas de algunos edificios, del Ayuntamiento y del monasterio.

#### LA IDEA ORIGINAL DE SU CONSTRUCCION (1927)

He detallado, con las fechas de los acuerdos, como llegamos a la primera etapa de la realización del Pueblo, y aunque no es grato para mí hablar o escribir acerca de estos asuntos personales, no tengo más remedio, pasados veintiseis años de silencio, que poner en claro algo que ahora no debo callar ni ocultar. La idea de ese Pueblo Típico y su avance de presupuesto figuran ya—como he indicado—en la Memoria aprobada por el Gobierno en agosto del año 1925, un año antes de que ingresaran en la Exposición los asesores artísticos y año y medio antes de que fuesen designados los

arquitectos que habían de dirigir la construcción. Así cuando en el Comité del 28 de diciembre de 1926 el vocal delegado de Arte, señor Plandiura, recomendó al Comité esos nombramientos pudo decir estas palabras en el acta correspondiente: «Manifestó que es de gran urgencia proceder a la formación de los proyectos de los edificios que han de constituir el denominado Pueblo Típico Español, «que forma parte del proyecto de la indicada Exposición de El Arte en España». Y en la sesión anterior (21 de diciembre de 1926, fol. 704) se lee: «Suscitose después una discusión acerca de los honorarios que habrán de percibir los arquitectos que se encarguen de la «dirección de las obras del Pueblo Típico que figura en el proyecto de la Exposición especializada de «El Arte en España»...»

La idea inicial, pues, del Pueblo Típico, su paternidad, me pertenecen por completo, y aunque algunos amigos poco generosos intentaron, por mera contradicción política y por circunstancias especiales, limitarias y discutirlas, contra la opinión de todos los funcionarios del Comité y de la Junta, no creo que lógica y razonadamente puedan serme negadas ni discutidas. Yo no he regateado nunca la gran importancia de las intervenciones de mis queridos y admirados compañeros Folguera, Raventós, Nogués y Miguel Utrillo en la resolución y forma definitiva del Pueblo Español. La propuesta de su viaje por España para documentarse lleva mi firma, y fui yo, en mi calidad de director de esa Sección y del Pueblo, quien presentó y defendió en el Comité el anteproyecto el 13 de mayo de 1927, y en 14 de junio del mismo año la Junta directiva, que presidió el Alcalde, dice en el acta, suscrita por el entonces secretario del Ayuntamiento, señor Planas, lo que sigue: «A continuación dióse cuenta del estado de los trabajos relativos a la realización, dentro de la sección del grupo titulado «El Arte en España», de un Pueblo Español, del cual fué presentado el anteproyecto, ejecutado por los arquitectos don Ramón Raventós y don

Francisco Folguera, con la colaboración de don Javier Nogués y don Miguel Utrillo, por iniciativa de don Joaquín Montaner, director de «El Arte en España»... dando el señor Montaner, de manera detallada, todas cuantas referencias juzgó necesarias para que los presentes tuviesen exacto conocimiento de las diversas particularidades del asunto...» (folio 377).

No estimo necesario insistir más en este extremo. Queda bien claro que los hombres que entonces podían saber exactamente la realidad se hallaban conformes en reconocer, con natural unanimidad, que la idea de la creación del Pueblo fué mía, y que el director y jefe a quien deberían exigirse las cuentas si no se acertaba era yo, porque—y aunque no hubiese contribuido a realizar ese Pueblo—a mí sólo el Comité y la Junta podían hacerme responsable de su buen éxito o de su fracaso.

Y es que la equivocación de los indispensables malcontentos era muy simple: confundían ciegamente la idea, la iniciativa, la prioridad, la creación del Pueblo con su forma, su arquitectura y su construcción. Para mí, si en algo ha de valer mi opinión, el hombre que mejor interpretó esos sentimientos y propósitos españoles fué Miguel Utrillo. Utrillo, hombre de vastísima cultura, gran viajero, sin duda alguna puso más espíritu y mayor perseverancia y proporcionó mejores detalles que sus compañeros para esta obra. Y con él y ellos, el magnífico Luis Plandiura, en cuya luminosa galera se podía navegar por todos los mares y recalcar en todos los puertos. Así, El Pueblo Español fué labor del Comité y de todos nosotros, y de un delineante admirable: Ignacio Vicente Cascante, que dibujó los tres kilómetros de fachadas que hay en el Pueblo en sesenta metros lineales de dibujo minucioso a escala de 1 por 50. A cada cual lo suyo.

Y sigamos con la realización del Pueblo. Regresaron de su viaje en automóvil por España los dos arquitectos y los dos asesores, y ordenaron sus fotos, su gama de colores y sus notas. La primera consecuencia eficaz fué modificar totalmente, excepto el monasterio, el anteproyecto presentado. A base de esas fotografías se formó la segunda maqueta, y en 22 de octubre la Junta acordó sacar a concurso la construcción del Pueblo bajo el tipo de 2.532.090 pesetas. Con este concurso y los planos de las nuevas series de edificios terminó el año 1927.

#### LA HISTORIA DEL BARRIO ANDALUZ (1928)

Urgía resolver el concurso y comenzar las obras. Quedaban catorce meses de trabajo hasta mayo de 1929 y queríamos todos que la «atracción» importantísima del Pueblo se inaugurase puntualmente. El 13 de enero de 1928 el Comité aprobaba proponer a la Junta la concesión de la construcción del Pueblo a «Material y Obras, S. A.», y la Junta, en la sesión del 18 del mismo mes, la adjudicó definitivamente a dicha Sociedad con dos votos en contra. Desde aquella fecha, el barracón construido por el contratista en el centro de la que había de ser Plaza



Otro aspecto de la Plaza Mayor en fase avanzada de construcción



A la izquierda: La Plaza Mayor del Pueblo Español durante una representación circense. Abajo: La calle de Caballeros engalanada en día de fiesta. El Pueblo Español fué la atracción perenne de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Se llevó la palma de visitantes y todavía, actualmente, es uno de los lugares más frecuentados de la capital catalana



Mayor semejó, por su animación extraordinaria, la oficina de un viejo casino político en día de elecciones.

Algo trascendental ocurrió entonces que nos obligó a agrandar el plan último establecido. En el anteproyecto, y aun en los planos reformados habíanse elegido modelos de edificios de todas las regiones españolas, excepto la andaluza. Creímos prudente suprimir la representación típica de Andalucía para no rozar en lo más mínimo nada que pudiera corresponder a la Exposición Iberoamericana que preparaba Sevilla. Pero los hombres proponen y el general Primo de Rivera dispuso. Visitó una mañana los talleres y vió la maqueta del Pueblo. No se cansó de preguntar ni nosotros de darle explicaciones, y de pronto, casi indignado, dijo: «Pero, ¿y Andalucía? ¿No es de España Andalucía? ¿Dónde está aquí el Barrio Andaluz?» Oyó las justificaciones que eran del caso, e incluso vió las fichas de muchas casas andaluzas, con sus patios. «Modifiquen ustedes inmediatamente el plano y el presupuesto, y no tengan reparo ninguno en que ficure el Barrio Andaluz». La alegría de esa autorización fué un estímulo muy grande, y en agosto de 1928 se presentaron completos los proyectos del Barrio Andaluz, entre la plaza aragonesa y la calle de Levante.

El principal problema estético del Pueblo, que los arquitectos Folguera, Raventós, Nogués y Utrillo lograron sabiamente resolver, fué el de no dar excesiva heterogeneidad al conjunto. Para ello, y aun eligiendo dispares elementos arquitectónicos de los distintos ámbitos de España, procuraron que mediase cierta gradación entre las construcciones más opuestas. Fueron elegidas las casas principales entre las que se podían reproducir con relativa facilidad y sin cuantiosos gastos, y pensando siempre que el Pueblo en su esencia fuese una calle que sirviera de eje, bifurcándose al acercarse a la Plaza Mayor, donde sin duda alguna se concentraría la mayor cantidad de visitantes, a causa de desarrollarse en el área de la plaza los espectáculos, fiestas, concursos y exhibiciones folklóricas que estimábamos habían de ser una de las principales atracciones de la Exposición. Pero el Pueblo Español o «un» Pueblo Español, no tenía que ser sólo una sabia agrupación de edi-

ficios. La principal idea del Pueblo era su animación, su vida. Y esta animación y esta vida suponían poblarlo y hacerle apto para que cupiesen y se moviesen normalmente en él sus limitados moradores. De este modo, las casas se construyeron para que en sus interiores trabajasen los artesanos y se exhibiesen las muestras de arte popular y de los oficios españoles. Además de los dioramas y de los cuadros del «Quijote», de las confiterías, tabernas, freidurías, neverías, hosterías y cafés, habrían de trabajar, a la vista de las gentes, una forja, un horno de vidrio, un tejedor, un carrero, un tonelero, un alfarero, un tornero y un cesterero. Aparte, las tiendas y servicios. La Compañía Arrendataria instaló un estanco; el gremio de farmacéuticos, una botica; la Diputación de Barcelona, una Caja Provincial de Ahorros; la Banca Soler y Torra, una mesa de cambio, y la Caja de Pensiones, un Monte de Piedad. Y muchos «comercios» o tiendas, de los cuales administró veintidós la Sociedad Almacenes El Siglo.

#### EL DIA DE LA INAUGURACION (1929)

Desde primero de noviembre de 1928 funcionó de otra forma el antiguo Comité de la Exposición y con otro Estatuto al ser nombrado director general, delegado del Gobierno en la Exposición, el marqués de Foronda, hasta entonces efficacísimo presidente del Comité ejecutivo.

Había dejado de actuar don Luis Plandiura, y el director y yo, secretario de la Dirección, preparamos la vida del Pueblo, distribuyendo los locales y preparando los correspondientes contratos. Levantado ya el Pueblo en 1929, los cuatro meses, hasta mayo, fueron pocos para organizar los servicios de circulación, de limpieza, de vigilancia, de abastecimiento y los programas de festejos.

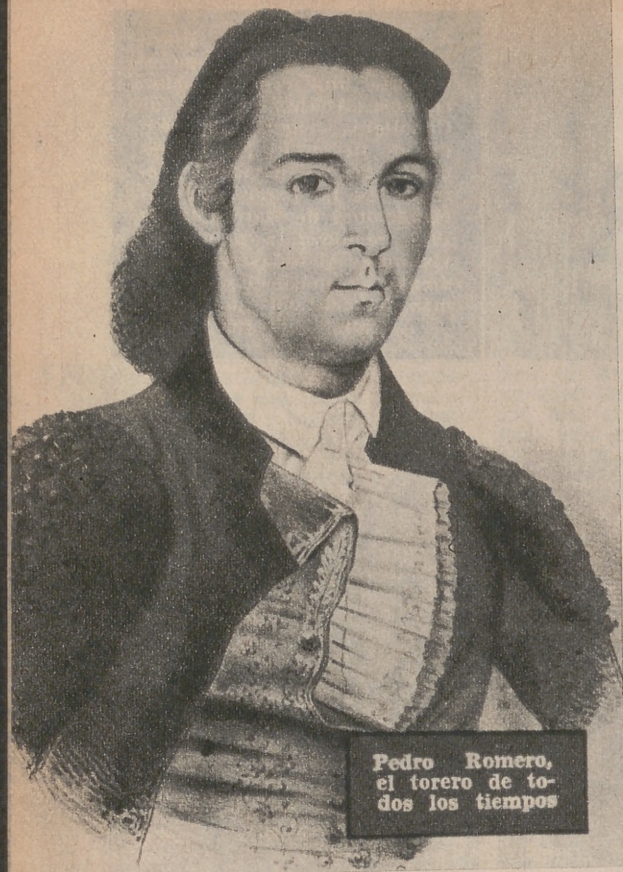
El día 18 de mayo llegaron el general Primo de Rivera con sus hijos, Pilar y José Antonio, y poco después, en el tren real, los Reyes y los infantes. Hora y media después, el general y el Rey visi-

taron la Exposición, ya preparada para recibirlos, y como es natural, el Pueblo Español, acabado y limpio. El ensayo último fué perfecto. Al día siguiente, a las doce, se inauguró la Exposición oficialmente.

#### BANDERAS EN EL RECINTO

Esta es la historia «verdadera» del Pueblo Español. Le llamamos «San Miguel del Rey» en homenaje a Primo de Rivera y al Rey; y sobre las murallas de Avila, en la puerta de San Vicente, ondeaba en 1929 la bandera nacional, la de Barcelona, las de las demás provincias españolas y la verde y blanca de la Exposición, en dos fajas. Del gran éxito logrado no es menester que hable, porque afortunadamente el Pueblo sigue en pie y es admirado todavía por todos. En esos veinticinco años transcurridos murieron dos de sus grandes autores: Miguel Utrillo y Javier Nogués, ambos ilustres artistas y excelentes compañeros y amigos. Sus gloriosos nombres y los de Folguera, Raventós y Vicente no deben olvidarse cuando del Pueblo Español se trate. Murieron, también, casi todos los señores que formaron parte de la Junta y del Comité, y somos pocos, no más de seis, los que sobrevivimos, entre ellos el barón de Viver, el marqués de Foronda, el conde de Montseny y Luis Plandiura. La Exposición de 1929 era, sin embargo, algo más que el Pueblo Español. El Pueblo, fué para nosotros, un juego, magnífico juego, en el que quisimos poner el entusiasmo más elevado de nuestra fervorosa y entusiasta admiración a España entera. El y el Palacio Nacional, con su extraordinario Museo de la Historia y del Arte Españoles, entiendo yo que señalan una posición de dignidad y de ejemplaridad patrióticas.

Joaquín MONTANER



Pedro Romero,  
el torero de todos los tiempos

A la hora de glosar la figura taurina y humana de Pedro Romero, en estos días de su segunda conmemoración centenaria, reclama la primacía, ante cualquier otra consideración que sobre él pudiera hacerse, su condición de torero perteneciente a una dinastía, a una familia de matadores de toros. Y a una dinastía, además, que por manos de su fundador, del Francisco Romero abuelo de Pedro, coincide con los días primeros del toreo a pie y contribuye a su nacimiento de un modo quizá decisivo. Es, precisamente a partir de esta su condición de torero de estirpe, como mejor pueden enjuiciarse su dimensión taurina y su perfil humano, porque las familias toreras parecen marcadas con el doble signo contradictorio de ser, a la vez, la causa y explicación del alumbramiento de los colosos del arte y la explicación y la causa de su desventura económica.

Pedro Romero, nieto de Francisco Romero, precursor del arte de torear a pie; hijo de Juan Romero, precursor de la selección de las cuadrillas y de las maniobras económicas y estratégicas que lleva consigo todo buen apoderamiento, señorea la fiesta de toros en la segunda mitad del siglo XVIII. No sería exacto decir de él, por acogerse a la facilidad de la comparación tópic, que fué el Joselito de su tiempo, porque entonces no tiene todavía el toreo una extensión de suertes tal que pueda hablarse con propiedad de un dominador de todos los tercios, de un rey de la lidia. No se le puede negar, en cambio, que representa la cumbre más alta y más sólida del arte en su época. A Costillares, que había mantenido la competencia con su padre, le arrebató, de entrada, la primacía en los carteles. Por sortec, según los testimonios escritos. ¡Ah!, pero si en la consideración del público y de las empresas de entonces no hubieran estado ambos, al menos, igualados en la valoración de su capacidad artística y su atractivo taquillero —que ya pesaban en la fiesta las taquillas— no se hubiera llegado a sorietar.

Le desplaza pronto. Incluso del favor de la Junta de Hospitales madrileña, que se inclinaba, al principio por Costillares. Pepe-Ilo le dura algo más. Pero la victoria del rondeño sobre él resulta total. Tanto que seguramente no necesitaba de la confirmación sangrienta con que, más adelante, un 11 de mayo de 1801, puso fin a la vida de Ilo un toro de Peñaranda de Bracamonte. Precisamente, un toro castellano, uno de los que José Delgado, Pepe-Ilo, se negaba a matar, de acuerdo con Costillares, para escándalo, y honra al mismo tiempo, de Pedro Romero que mataba todos los toros que pastaban en los campos.

## UN TORERO EN DOS SIGLOS

### PEDRO ROMERO, FIGURA LEYENDA EN EL ROMANCE POPULAR

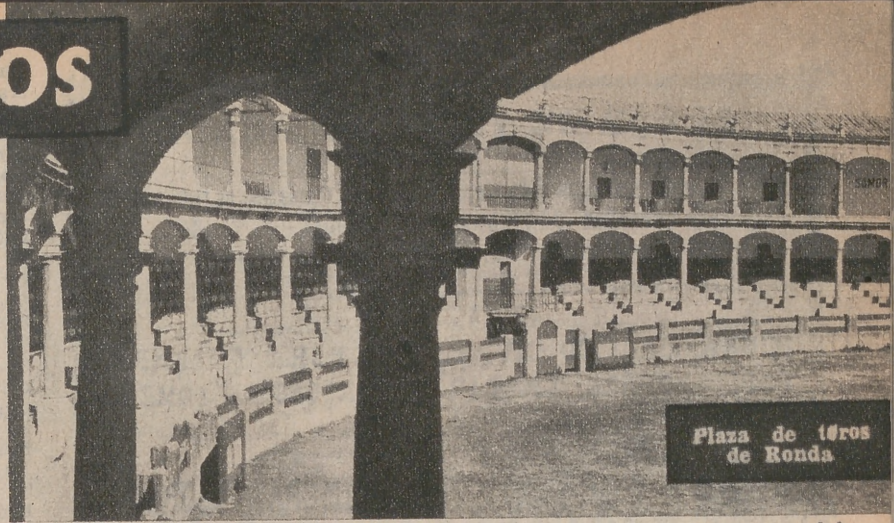
LA CLASICA ENTEREZA DE ESTILO SIGUE PERENNE EN EL II CENTENARIO NACIMIENTO

"El diestro que mataba todos los toros que pastaban en los campos"

Como torero de familia, de escuela, Pedro Romero es un matador de toros que domina perfectamente toda la «mecánica», toda la ciencia, del toreo que se conoce y se practica en sus días. Es, ante todo, un lidiador seguro. Tanto, que mata a lo largo de su vida más de 5.000 toros sin sufrir una cornada. Está, pues, perfectamente acoplado a su época: una época en la que todas las suertes, todavía no muy numerosas, se orientan hacia el fin primordial de la estocada, y en la cual el toreo es ya, ante todo, el arte de esquivar el peligro del toro, de burlar la doble amenaza de los cuernos. Que por algo, años después, proponía el gracioso Cúchares la parábola del sastrero que nunca se pinchaba con las agujas, para concluir atribuyendo la máxima categoría al lidiador, al que nunca le cogieran los toros. Aunque esto fuera, en su caso, la explicación imaginada para tapar sus corruptelas artísticas con su historial de matador de toros limpio de cornadas, que durante más de una treintena salió a torear diciéndole tranquilamente a su mujer: ¡Prepara la puchero que ahora vuelvo!

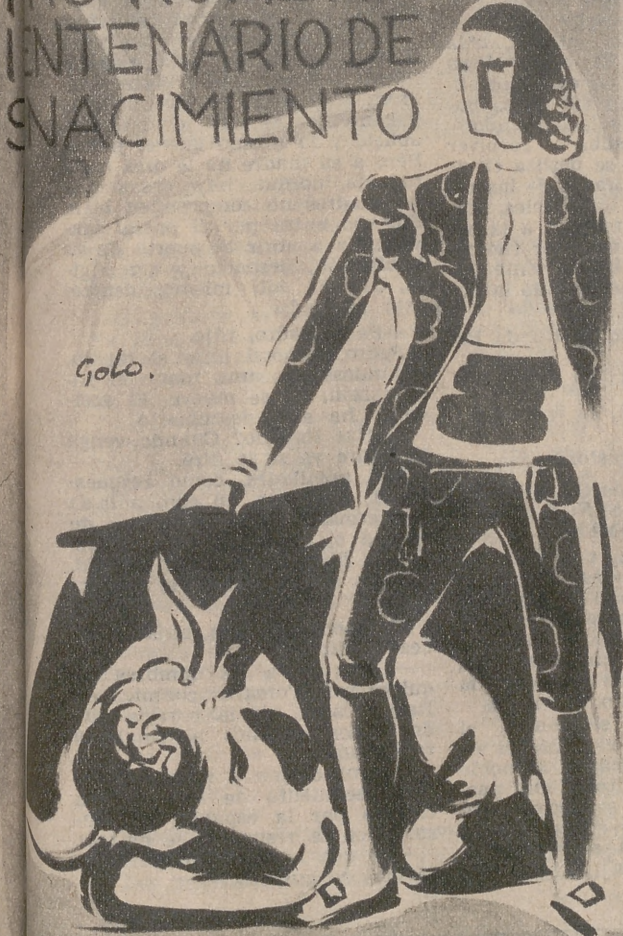
De la pureza del estilo de Pedro Romero, sobre todo en la ejecución de la suerte de recibir, su suerte predilecta a la hora de matar, y de su sobriedad en toda la lidia, nació, por comparación con el estilo algo más adornado, y posiblemente más superficial, de Costillares y Pepe-Ilo, la división clásica de las escuelas: la diferencia entre la escuela «rondeña» y la «sevillana». Diferencia que, aunque no pueda mantenerse, atendiendo a un criterio interpretativo riguroso, debe aceptarse, puesto que anda ya consagrada, en su verdadero sentido, como diferenciación de estilos personales, como distinción de las dos maneras interpretativas que admite el toreo: la manera sevillana, que atiende sobre todo a la visualidad de las suertes, que acentúa el valor adjetivo del adorno, que sujeta sus versos a la cadencia de la poesía lírica, y la manera rondeña, que mide sus estrofas por la métrica solemne del canto épico, que construye las suertes acomodándose sobre todo al fondo de la eficacia, del dominio, y que desprecia el adorno colorista, o que si llega a utilizarlo le da rango y compás de suerte fundamental. Todo ello, en el tiempo de Pedro Romero y en nuestro tiempo, sin establecer una barrera geográfica que limite al término de una región el área de los cultivadores de cualquiera de las escuelas. Que, vayan como ejemplos conocidos de todos, un rondeño moderno, el Niño de la Palma, andará en el toreo más cerca de Sevilla, y un sevillano, el trianero Juan Belmonte, más cerca de Ronda.

Salvada así la relatividad de la división en escuelas, es lo cierto que, como ha escrito un maestro de las letras taurinas, los adalides de la escuela sevillana mueren sin sucesión. No forman escuela. Cosechan aplausos, pero no reúnen discípulos. Al contrario, los matadores de «estilo rondeño» dejan su huella en el arte, tienden, cada uno en su época, un puente por donde el toreo puede desembocar en una etapa artísticamente más perfecta. Así, Pedro Romero deja tendido el puente por donde entrará triunfal en el toreo Paquiri, el sabio y extenso Francisco Montes. Este ya sí,



Plaza de toros de Ronda

PRO ROMERO  
CENTENARIO DE  
NACIMIENTO



Golo.

RONDA 1754  
1954

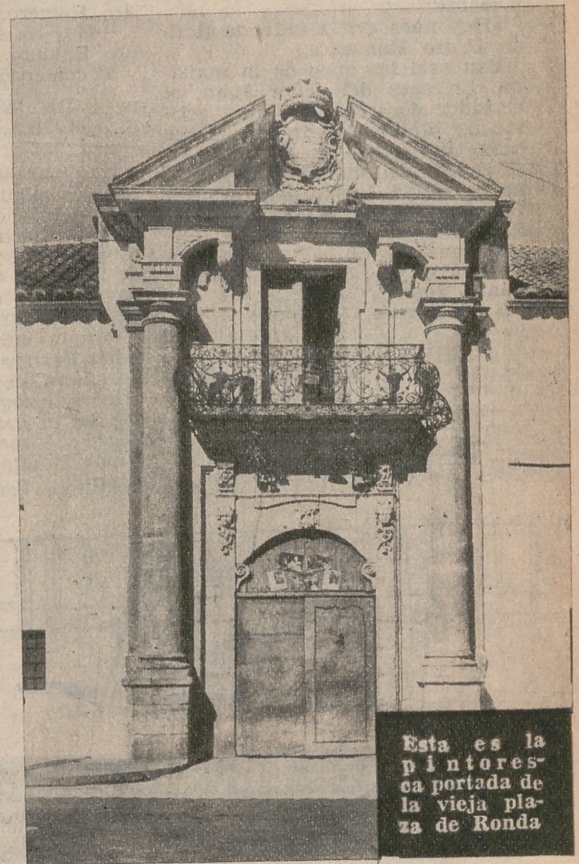
En esta villa de Ronda, donde nació el grande de la torería, que es de las más importantes escuelas de nuestra fiesta nacional, lanzado ya este cartel anunciador del II centenario de Pedro Romero, para algunas de las corridas organizadas se ha pedido reserva de localidades desde Norteamérica

el Joselito del siglo XVIII en la particular cronología de los toros.

No parece que Pedro Romero, y aquí la otra cara, la cruz, de la influencia familiar, administrara con acierto su fortuna. Anda al retirarse, ayudándose con un empleo de visitador de estancias, por el que se ve obligado a guardar gratitud a Su Graciosa Majestad. Y al fundarse la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, suponemos que no solamente por su satisfacción artística personal, se ve obligado a recordar su nombre, a disputar el puesto de director a Jerónimo José Cándido más joven que él, aunque, también, retirado de la activa profesión taurina.

Con Pedro Romero desaparece, el 10 de febrero de 1839, uno de los primeros «grandes» del toreo, uno de sus colosos de todas las épocas. Quizá el primer «grande» del toreo a pie, el torero que, mejor y antes que Cúchares, debía llevar su nombre unido al nombre del arte taurino.

La vida del excepcional maestro de Ronda, desde su nacimiento hasta su muerte, relatada como un film cinematográfico, fué así:



Esta es la pintoresca portada de la vieja plaza de Ronda



# PLAZA DE TOROS DE RONDA

DE LA REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA.

EL DÍA 16 DE SEPTIEMBRE PROXIMO, ANIVERSARIO DE LA LIBERACION DE ESTA CIUDAD,  
ACONTECIMIENTO ÚNICO EN LA HISTORIA DEL TOREO.

Corrida gopesca en homenaje al gran Don Pedro Romero  
CREADOR DEL TOREO RONDEÑO.

Con motivo del 21 Centenario de su nacimiento, (Historiando por el Excmo. Ayuntamiento y Real Maestranza de Ronda.)

SE LIDIARÁN SIETE HERMOSOS Y ESCOGIDOS TOROS DE LAS GANADERÍAS:

MIURA, URQUIJO (MURUBE), CONCHA Y SIERRA,  
PABLO ROMERO, ESCOBAR Y MARQUES DE DOMEQ.



El primer toro será rejoneado y los otros seis lidiados y muertos a estoque por

## TRES PRIMERAS FIGURAS

de la tauromaquia actual.

RONDA.—Imp. de Añón.

### UN DÍA DEL INVIERNO DE HACE DOSCIENTOS AÑOS

Por la serranía de Ronda corre, en la amanecida del día 19 de noviembre de 1754, un aire frío y cortante, gélido, que en su velocidad lleva un extraño resonar, como si anunciase grandes acontecimientos. El viento de la serranía se introduce por las arcañas de la plaza de toros, revuelve entre los tendidos, azota y se remolina por las barreras, y por la puerta de toriles, que estaba abierta, y forma una pequeña tromba de arena en los medios, donde se hacen las faenas grandes a los toros de casta. Cualquiera lector del futuro, cualquier adivinador de los signos externos, podría haber leído en aquella columna de polvo táurico una profecía hecha casi presente:

«Hoy nace en la villa de Ronda Pedro Romero.»

Son casi las once de la mañana. En casa del señor Juan, el matador de toros, hay una actividad desacomunada. Hace horas que entro la matrona en el cuarto del matrimonio y aun no ha salido. Luego llegó el cirujano de Ronda y tampoco salió fuera. Por los vidrios de la ventana que da al campo, la cara abstraída y ausente del señor Juan Romero mira a las nubes, al cielo, a los árboles de hoja perenne y a la lejanía. Por fin, el señor Juan ha sido llamado por el cirujano. Ha tardado un rato y, entonces, se ha abierto la puerta de la casa. El cirujano se marcha.

—Quedad con Dios, señor Juan, y que sea enhorabuena.

El señor Juan se ríe y agita las manos en señal de despedida. Su amplia figura, de anchas espaldas, y sus nervudos brazos, de matador de reses bravas, han permanecido inmóviles unos instantes. Luego ha entrado, otra vez, al interior. El señor Juan acaba de recibir, en este momento, al segundo de sus hijos varones, recién llegado al mundo.

El viento que silba al revolver las esquinas, que se desliza entre los arbustos o a través de las ramas desnudas de los árboles, porque es invierno, retorna a la serranía. Y en su caminar rápido, en su velocidad inconsciente, va esparciendo y difundiendo la noticia:

—Hoy ha nacido en Ronda Pedro Romero.

—Hoy ha nacido en Ronda Pedro Romero.

—Hoy ha nacido en Ronda Pedro Romero...

Y comenzó la historia.

### DE SEGUNDO ESPADA CON EL SEÑOR JUAN ROMERO

Han pasado doce o trece años, tal vez algunos más, Pedro, el hijo del señor Juan Romero, es un muchacho moreno, alto y fuerte, ágil y elástico, que está de aprendiz en el oficio familiar, en el oficio en que trabajara la dinastía: carpintero de ribera.

Porque aunque el abuelo, el señor Francisco, y el padre, el señor Juan, se dedicaran al noble arte de estoquear toros que pastan en el campo, se decidió que Pedro no seguiría el mismo camino. Y allá está el muchacho alisando maderos, arrancando

clavos o serrando tablones, mientras su padre, por las plazas de España, hace la temporada.

Pero ya Pedro oyó hablar mucho de toros, de cómo el abuelo utilizaba la muleta para dar estocadas, de cuáles debían ser las condiciones que debe reunir un buen subalterno—según explicaba el señor Juan—para que él no quiera seguir la senda taurina, la que da dinero o cornadas, gloria o hambre, fama o desgracia.

—Yo tengo que matar toros delante de Sus Majestades—se repetía el muchacho, herrañtada en mano, firme el paso, seguro el andar.

Un año, el señor Juan, ausente por compromisos del toreo, Pedro se entera de que unos señores de Ronda organizan una fiesta en Los Barrios.

—Si vuestras señorías no tienen inconveniente, yo puedo matar dos toros en esa fiesta.

Ciento veinticinco reales cobra por la hazafia, mata dos bichos con galanura y prestiza. El segundo le coge por la entrepierna y le da una vuelta en el aire: calzón roto y quebrantamiento.

Ha terminado el festejo. Pedro Romero, nuevo en esta plaza y nuevo también en el toreo, regresa a su casa. Va ensimismado y contento. Él será igual que el abuelo y lo mismo que el padre. Pero a su madre no le dirá nada todavía, porque hay cosas que las madres no comprenden bien. Por eso entra por el portal trasero. Va a abrir la puerta de su habitación, despacio y con sigilo, cuando, allí mismo, dentro, está la madre.

—Pasa, Pedro, hijo...

Pedro, inmóvil ante el marco, tapándose con una mano el roto calzón, no se mueve. El accidente ha sido descubierto.

—¿Has toreado? Cuando venga tu padre ya se lo diré.

Dos novillades, como respuesta, en Algeciras, en compañía de su hermano José, hacen que de verdad el señor Juan se entere. Y que llame, ante sí, a su hijo.

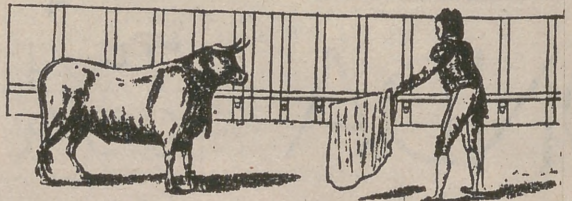
—¿Es cierto lo que me dice tu madre?

El muchacho calla, baja la cabeza y otorga.

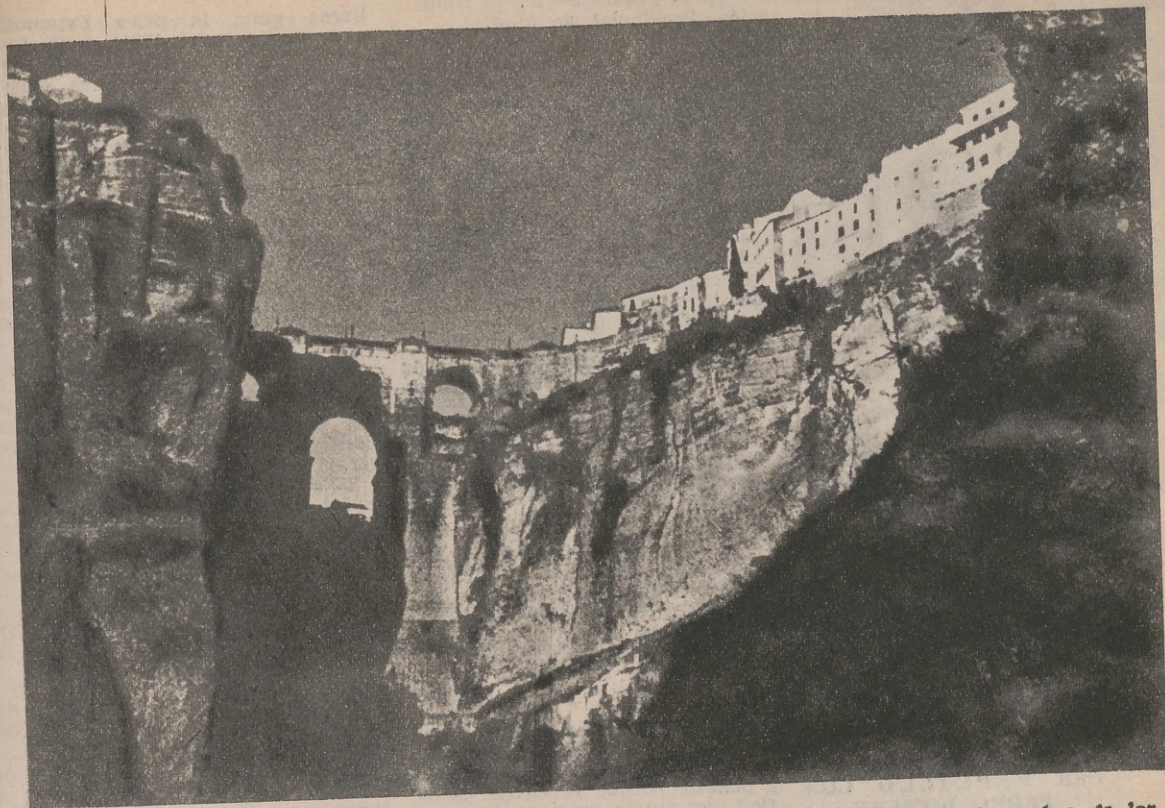
—Bien; yo a los hombres los quiero ver. Torearás conmigo en Ronda, aquí, en la corrida que doy todos los años al final de temporada.

Un fugacísimo e imperceptible estremecimiento de emoción ha corrido por la espalda del mozo. Y en la respuesta se define:

—Lo que mandéis, padre. Y a fe que os gustará.



Del libro de la Tauromaquia de José Delgado («Illo») reproducimos estos viejos grabados de la fabulosa época de los grandes, en donde vemos a la izquierda la suerte de banderillas a la media vuelta. A la derecha, el lidiador en la suerte de pases de muleta.



Ha llegado el día de la corrida. Ronda entera está en la plaza para vez torear al hijo del señor Juan. Seis toros grandes, gordos y cornalones, esperan en los corrales.

El primero es para el padre. Ya sabe el señor Juan Romero que su hijo conoce la tauromaquia. Pero antes de empezar le dió consejo.

—Tú fijate en mis maneras, en los modos y en las suertes. Que lo principal es la estocada. Hay que preparar a la res para ese momento. Lo demás es accesorio.

El señor Juan ha matado limpiamente el primer toro.

—Para ti, Pedro, son los que vienen.

Cuatro toros ha matado Pedro Romero. A toro arrancado, de una manera que nunca se vió, tan perfecta, en Ronda. En el camino de regreso, sentados en el coche de caballos, padre e hijo no hablan nada. Sólo, al final, el señor Juan, como concediendo, dice:

—Vendrás, Pedro, conmigo como de segundo espada.

Las puertas se habían abierto.

### LA EFIMERA COMPETENCIA CON COSTILLARES

«Que el año de 71 maté el primer toro en esta ciudad de Ronda, siendo de edad de diecisiete años», escribiría Pedro tiempo más tarde. En aquel mismo año, el señor Juan cumple su palabra y lleva a su hijo «como de segundo espada» por las plazas y las ferias de la España del XVIII.

Un día del año siguiente, a Sevilla, a la Maestranza. El temple del nuevo espada se confirma en la sevillana plaza. Por la Puerta del Príncipe, cuando termina la fiesta, la gente comenta:

—Recibiendo se matan los toros, como Perico Romero.

Tres años después Madrid presencia la actuación del que ya iba para suprema figura de su tiempo. Y el éxito, como el comentario, es grande y definitivo.

—Este muchacho puede torear solo, sin el padre al lado.

Doscientos ochenta y cinco toros, veinticinco mil kilómetros recorridos y casi cien mil reales de beneficio es el resultado de

la temporada. El nombre de los Romero la prestigia.

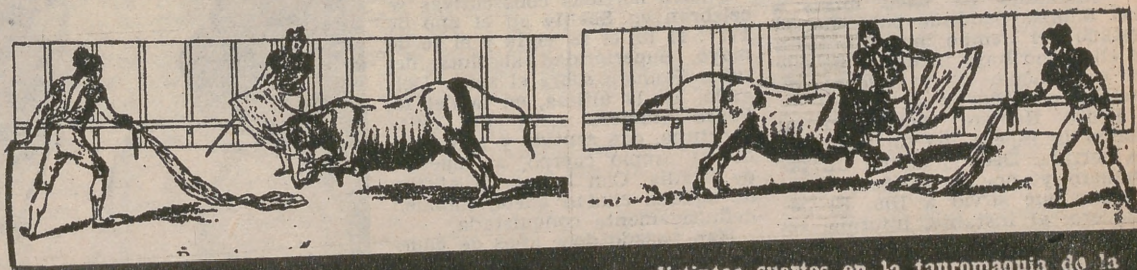
En el año de 1776 se doctora el torero de Ronda. Y la afición le va a enfrentar con el máximo prestigio de la época: Jacuín Rodríguez, «Costillares», de Sevilla. Pero el señor Juan no quiere que Pedro se contraponga en la plaza con Costillares.

—La inexperiencia de mi hijo y su pundonor pueden ser de malos resultados en una plaza como la de Madrid, de tanta y bien probada responsabilidad.

Torean algunas corridas juntos, mas pronto esta competencia creada por la afición decae.

Juan Romero, como apoderado de Pedro Romero, no quiere venir a Madrid. Juan Romero escribe al Rey un largo memorial para disculpar la ausencia del hijo por «vejaciones y desaires» del año anterior.

El corregidor de Ronda recibe una orden para obligar a los Romero a presentarse en Madrid. Mas el señor corregidor, partidario seguramente de los Romero, contesta en el sentido de que los toreros dichos están contratados por el empresario de Cádiz para torear en aquella plaza. Nueva orden: «que uno de los matado-



Los antiguos grabados de la época, en los que recoge distintas suertes en la tauromaquia de la entonces conocida etapa de los «monstruos» del toreo. A la izquierda vemos al matador en el momento de presentar la muleta al toro. Y a la derecha, el lidiador en un pase de pecho.

**Retrato al óleo de Pepe-Illo, que se conserva en la Pinacoteca de la Diputación Provincial de Madrid**



res que actúe en el gaditano como venga a Madrid). José Delgado «Illo», es el elegido.

Los Romero torearon aquel año por Andalucía.

**POCO TIENE QUE HACER PEPE-ILLO CON PEDRO ROMERO**

Pedro Romero es ya, por derecho propio, el lidiador más sereno, tranquilo, reposado, hondo y enterado de la generación taurina de aquel tiempo. Pedro Romero es cabeza y base de todos los carteles de tronio.

Fracasada o terminada la competencia entre Costillares y el rondeño, la afición busca y prepara un contrario que emule, si puede, la maestría perfecta del torero de Ronda. Y allí está, para servirla, Pepe-Illo, de la ciudad de la Torre del Oro y de la Giralda.

Son los primeros días de mayo de 1777. En Cádiz ha sido anunciado un cartel: José Delgado, Illo—que suelten el primer toreo de Ronda. Cádiz se viste de gala. Va a torear Pepe-Illo, famoso en el contorno. Las gentes conocen de sus preciosismos y de su gallardía. De Pedro Romero, rondeño, nadie sabe nada. La predicción, pues, está decidida.

Unos días antes de la corrida, Pepe-Illo entró en una peluquería.

—Ya estoy deseando—dice Illo—que suelten el primer toreo para verme con él ante la gente guapa.

El peluquero se sonríe, orgulloso del cliente.

—Mandado he decir misas a las ánimas benditas para que el estado del tiempo me dé ocasión a ello y no haya menester de que el espectáculo no se celebre—remacha el señor José.

Pedro Romero reposa en su fonda la espera del momento de la corrida. Decidió llamar un peluquero y, por casualidad, es el mismo que sirvió a Illo. El peluquero, al instante, informa. La respuesta del rondeño es concisa:

—Cuando llegue la hora, cada uno hará lo que pueda.

Aunque el tiempo presente lluvia, la plaza de Cádiz se ha lle-

nado de un público que intuye el principio de la competencia. Y en el despeje se aplaude al diestro de Sevilla. Ya está el primer toreo en la arena. En la hora de la muerte, José Delgado «Illo», cita con la muleta. Sólo da un único pase. Arroja el trapo al suelo y con su sombrero de castor a guisa de engaño, en la izquierda, entra a «vuelapié», tumbando al toro de una estocada.

Alborozo y júbilo en los tendidos.

Han tocado a matar el segundo toro, el primero de Pedro Romero.

Un gran silencio llena la plaza. El señor Romero, sin dar pase alguno, tira la muleta, coge la redcilla de su cabeza y tira la redcilla al suelo y con la peineteta que sujetaba la dicha red—peineteta que era como de unos dos dedos de ancho—citó al toro, y en arrancándose le dió tan certera estocada recibiendo que rodó el animal al punto.

Más alborozo y más júbilo todavía en los tendidos.

—¿Qué hará el señor Delgado en su otro toro?

A la querencia del toril, el señor Delgado se empeñó en matar su toro segundo. Pasa apuros y peligro, porque la suerte es difícil. Por fin lo consigue, tras varios intentos.

—¿Qué hará el señor Romero en su otro toro?

El diputado que preside la corrida ha enviado un recado a los diestros para que suban a verle. Don José Lila es su nombre, y prohíbe a los matadores volver a arrojar la muleta ni «hacer más locuras». Pedro Romero habla:

—Señor don José: Yo no me he metido con el señor Delgado en nada, pues él me ha buscado la boca, como su señoría ha visto, y por eso he hecho lo que su señoría vió, y así, el señor Delgado, que quería liarse con la gente guapa, ya lo logró...

El diputado, amigos los hace otra vez.

En el ruedo ya los espadas, Pepe-Illo ha perdido partidarios. Los que antes aplaudíanle, ahora le zahieren:

—Señor Delgado..., mal le ha salido a usted la cuenta. ¿Cómo no siguió usted tirando de muleta? Parece que al forastero no ha podido usted envolverlo...

Pedro Romero, serio y pausado, abandona la plaza. Su nombre, desde aquella tarde estaba inscrito en el libro de la victoria.

**TOROS DE CASTILLA PARA EL RONDEÑO**

Cuatro corridas consecutivas se celebran en Sevilla en el año de 1777: el 10, el 12, el 14 y el 16 de mayo. Superioridad absoluta del señor Romero sobre el señor Delgado. En la última, en la del 16, Pedro Romero hace un quite oportuno, con sentido y peligrando su propio cuerpo, al maestro de Sevilla. Con lo que la afición de aquella ciudad quedó también definitivamente conquistada.

Han pasado doce años de aquello y siempre Pedro Romero, alternando con Illo o con Costi-

llares, gana la pelea. Estamos, pues, en el año 1789, concretamente en los días 22, 24 y 28 de septiembre. Son las fechas señaladas para las corridas reales que se celebrarán en la plaza Mayor de la Corte con motivo de la coronación de Su Majestad el Rey Don Carlos IV.

Doce toros hay dispuestos de las mejores ganaderías de Aragón, de Navarra y de La Mancha y veinte de la castellana de don Agustín Díaz Castro, temida por la dureza y poderío de sus reses. Costillares y Pepe-Illo han elevado escrito a la autoridad suplicando se excluyan de los festejos los toros castellanos. El corregidor, don José Antonio Armona, por encargo del gobernador del Consejo de Castilla, ha de resolver la cuestión.

El corregidor ha mandado llamar a los espadas, José Delgado, «Illo»; Joaquín Rodríguez, «Costillares», y Pedro Romero están ya en su presencia. Se va a decidir—es la palabra del corregidor—cuál ha de ser el diestro que ocupe el primer puesto.

—Tanto me da a mí ser primero, como segundo o tercero—declara Romero.

El señor corregidor sentencia:

—Celébrese el sorteo con quietud y satisfacción.

La suerte le ha correspondido a Pedro Romero, conformándose todos como buenos amigos.

Mas el señor corregidor aun tiene otras preguntas que hacer. Y se dirige al señor Romero, de Ronda:

—Señor Romero. Supuesto que le ha tocado a usted ser la primera espada, ¿se obliga usted a matar toros de Castilla?

—Si son toros que pastan en el campo me obligo a ello. Pero me ha de decir su señoría por qué me hace esta pregunta...

El señor don José Antonio Armona abrió un cajón y, estando todos presentes, dió lectura a la petición de los antedichos matadores.

—Si me hubiera ocurrido a mí esto—dijo más tarde el rondeño—me hubiera muerto de repente de vergüenza.

Toros de Castilla mató siempre Pedro Romero.



«Pedro Romero», retrato del célebre torero que también se encuentra en el Museo Taurino de la Diputación de Madrid

## VEINTE AÑOS DE MATA-DOR DE TOROS

En 1789, en 1791, en 1792 y en 1793 sostienen el cartel de la plaza de Madrid los tres hermanos Romero. Porque Pedro tiene otros dos hermanos toreros: José y Antonio. Y de los dos, uno es su preferido: Antonio, el pequeño.

Resentido José por esta distinción, se aleja de su hermano Pedro, y hasta hace correr el rumor de que quiere enrolarse en las cuadrillas de los competidores, como Costillares e Illo, Pedro se entristece y esta enemistad influye—quizá la que más—en la retirada del maestro de Ronda. Así un día del año 1799, Pedro Romero da por terminada su activa carrera taurina. Y como los grandes maestros de la antigüedad, se corta la coleta. Veinte años casi de matador de toros ponen un dejo de melancolía en la apuesta figura del coloso. Cuando la coleta ha sido cortada, peinada y guardada como presencia y recuerdo de una vida, se oye la voz del matador que ha dejado de serlo:

—A Ronda me voy, a mi casa, y ni una corrida de toros ni de novillos verán estos ojos que vieron tantas.

De visitador de los estancos, por la gracia del Rey, va y viene el señor Pedro Romero en su tierra natal. De su buen corazón y de sus buenas maneras habla tanto la gente como cuando lidiaba toros por las plazas de España. El señor Pedro Romero vive tranquilo en Ronda.

Conversa de toros con los aficionados y también con Jerónimo José Cándido, que anda de figura por los ruedos, y de la competencia que éste despunta con Curro Guillén. Y «Jeromo» José Cándido nunca dejó de llamar a Pedro Romero de estas dos formas: «señor Pedro» o «maestro Pedro». La historia, en verdad, se lo merecía.

### UN DIRECTOR PARA UNA ESCUELA DE TAUROMAQUIA

Años antes del 1830, el conde de la Estrella, viejo y competente aficionado, andaba en la idea de fundar una escuela de tauromaquia. Cerradas habían sido las Universidades por el absolutismo de Fernando VII, y el ambiente era lo menos favorable para intentar abrir una escuela de tauromaquia. Mas el conde, amigo íntimo del Rey, consiguió en 1830 que se le encargara oficialmente del asunto. Y en el informe necesario, el conde de la Estrella discierne sobre la forma de enseñanza, sobre las cualidades y defectos de las reses, sobre los trajes de los toreros, sobre la importancia de las suertes y sobre tantos y tantos aspectos taurinos que el mismo Francisco Montes, años más tarde, utilizaría estas enseñanzas y comentarios para escribir su famosa «Tauromaquia».

El intendente asistente de Sevilla, don José Manuel Arjona, informa en sentido favorable, y el 28 de mayo de 1830, don Luis López Ballesteros, secretario del despacho de Hacienda, escribe al referido intendente «que puede inaugurarse la escuela», siendo el señor Arjona juez protector y privativo del Rey.



Una espectacular perspectiva de la Ronda, la «ciudad encantada» del sur español, cuna del toro rondeño

Pedro Romero vive en Ronda y cuenta setenta y seis años de edad sobre sus anchas espaldas. Por ello, el intendente, aunque amigo del rondeño, cree que Jerónimo José Cándido, más joven, aunque también retirado de los toros, está en mejores condiciones físicas para servir el cargo.

Mas el prestigio y la sabiduría del anciano maestro de Ronda han de influir en la solicitud que éste hace al Rey para reclamar el puesto de director de la escuela de tauromaquia de Sevilla. El 24 de junio de 1830, el Rey de España nombra director de la escuela al señor don Pedro Romero, con el sueldo anual de doce mil reales, «ya que sería un contrasentido dejarle sin esta preeminente plaza de honor».

El día 3 de enero de 1831 tuvo lugar, bajo la mirada certera del viejo maestro, la primera lección y enseñanza en la escuela sevillana. De aquellos siete primeros alumnos salió después otra figura: Francisco Montes, «Paquiro», orgullo y ornato de la torería.

### DOS ESTOCADAS RECIBIENDO A LA EDAD DE OCHENTA AÑOS CUMPLIDOS

El 15 de marzo de 1834 deja de funcionar la escuela de tauromaquia de Sevilla. Tres celebridades toreras, grandes entre las grandes, se educaron bajo la sapiencia del señor maestro Romero: Francisco Montes, «Paquiro»; Francisco Arjona, «Cúchares», y Manuel Domínguez, «Desperdicios».

Vuelve a Ronda el anciano maestro aun con fuerza y con vigor para lancear toros. Tan con fuerza y vigor que los aficionados de Madrid que no le conocían le hacen venir a la Corte para que mate dos toros.

Por las calles de la ciudad se oye el comentario:

—Hoy torea Pedro Romero.

—¿Quién? ¿El que torea con «Pepe-Illo»?

—El mismo.

Y mató guapamente, recibiendo, dos toros a la edad de ochenta años cumplidos.

Mas la vida de un hombre es perecedera, y la del señor Pedro Romero, por lo mismo, también. Ronda ve pasar su entierro el 10 de febrero de 1839, a los ochenta y cuatro años, dos meses y veinte días de su nacimiento.

Aquel aircillo silbante que es-

parciera la noticia en el día de su natalicio está ahora mudo y quieto. Que para las efemérides de luto y más cuando el difunto es el señor Pedro, el maestro Romero, el que mataba los toros recibiendo la noticia ha de entristecer a la hermandad torera. Porque hombre tan grande, tan maestro, hasta entonces no había nacido.

Las campanas de las iglesias de Ronda aquel día tañeron a muerto muy despacio, como si el señor Pedro estuviese dormido y pudiera despertarse en un momento.

### EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Ronda, ahora, en el año 1954, conmemora y celebra el segundo centenario del nacimiento de su torero, de aquel primer «grande» que se llamó en vida Pedro Romero.

Por ello, Ronda estará en fiestas del 11 al 16 de septiembre. Aunque antes hayan sido las ferias tradicionales. Por ello también habrá una gran cabalgata goyesca, una Exposición taurina, un estupendo desfile de carruajes, conferencias literarias, bailes de gala y de época, verbenas populares, fuegos artificiales quemándose en la tierra, espectáculo flamenco para los forasteros y rematando todo una gran corrida goyesca en homenaje a la memoria del gran torero de Ronda que nació hace dos siglos.

«Siete hermosos y escogidos toros de las ganaderías de Miura, Urquijo, Concha y Sierra, Pablo Romero, Escobar y marqués de Domecq serán lidiados y muertos a estoque por tres afamadas figuras de la tauromaquia actual. Uno de los toros—el primero para que el festejo sea completo—será rejoneado a la española.»

La plaza de Ronda, en el acontecimiento, se sentirá satisfecha y orgullosa. Satisfecha de un homenaje merecido que, en esencia, es homenaje a ella misma, y orgullosa, porque allí, en su misma arena un maestro de la tauromaquia de todos los tiempos mató más de un toro. Y los mató recibiendo como mandan los cánones, de una sola estocada. Que el señor Pedro Romero era así: clásico y moderno, fácil y difícil, completo en la esencia y en la presencia. Justo, en definitiva, como las leyes.

José María DELEYTO



# MAITE

NOVELA

Por LUIS DE CASTRESANA

I

**HABIAMOS** llegado al pueblo a última hora, después de un corto viaje en tren, y yo paladeaba intensamente ahora la deliciosa salvaje de sentir el aire mordéndome la cara. A lo lejos, las casuchas se iban consumiendo, tragadas por la oscuridad.

Con los ojos entornados, yo pensaba en la casa de mi amigo. Me imaginaba a su madre y a su hermana esperándonos. Estarían acaso cabeceando dormidamente en un salón que yo intuía amable y austero. Seguramente habría un escudo esculpido en el muro, sobre la chimenea...

Josechu, satisfecho como un chiquillo, se volvió desde el pescante para gritarme algo que no entendí. A un gesto suyo el carro se detuvo y, como una ola de sensaciones nuevas, la noche se hizo más grande y susurrante a nuestro alrededor. En lo alto brillaban unas estrellas con luz limpia y delgada. Sonó a lo lejos, en tiempo de zortizco, el canto de un cuco.

—¿Sabes la leyenda?—me preguntó Josechu—. Si tienes dinero en el bolsillo cuando en la primavera se oye por primera vez el canto del cuco, eso significa que tendrás dinero durante todo el año.

El anciano que conducía el carro auscultó el cielo con una mirada indolente y masculló entre dientes un viejo proverbio:

—La mañana roja trae lluvia; la noche roja, buen tiempo.

El raspar de una cerilla sobre la lija para encender un cigarrillo, un chasquido de lengua, un «Arreeee» prolongado que se perdió en la oscuridad... Y de nuevo el rodar del carro moliendo los guijarros del camino.

Aquello de estar en un carro, viendo perfilarse ante mí las anchas espaldas de José y del labriego, me llenaba de una emoción casi desconcertante. Mi vida en Bilbao me parecía ahora remota y llena de vaguedades. El colorido típico de las Siete Calles, como sonajero de un Bilbao tembloroso-

mente familiar; la luz asfaltada de la Gran Vía, con sus paseos de bulevar provinciano... Yo me ahogaba en la ciudad cuando mi amigo me invitó a pasar unos días en su casa, enclavada en pleno paisaje vasco. Josechu me había hablado de la vieja casa señorial vasco-gaditano, de su madre, de su hermana Mirenchu y de Maite, la otra hermana, ya difunta. En sus tierras, según se decía en voz baja, había existido un aguilarre. Todo aquello estaba lleno de viejas leyendas un tanto alucinantes, de historias que tenían no sé qué de sorpresa y estremecimiento.

Sobre todo, lo recuerdo muy bien, me hablaba Josechu de Maite. A veces, insensiblemente, se le retorcía la voz al pronunciar su nombre. Había amargura, dolor hondo, vivo y una rabiosa intensidad en sus evocaciones, de tal modo que Maite me parecía una persona con la que hubiese compartido yo penas y alegrías, sueños y realidades; alguien a quien hubiese conocido y tratado intimamente.

Al fin, después de un trayecto que se me antojó eterno, el carro se detuvo y José saltó a tierra. Habíamos llegado. Recuerdo que alcé lentamente la mirada hacia la casa, porque tenía que la visión que de ella me había forjado no correspondiese a la realidad. Pero la vieja casa vasco-gaditano era como la había imaginado. Amortajada por la luz de la luna, proyectaba sombras densas, rotas, extrañas, que despertaban temblores remotos. Las ventanas eran amplias y la arquitectura maciza, era también, al propio tiempo, sobria y ágil. En medio, sobre el semicírculo del portalón, el hospitalario «Ongi ethorri» se destacaba rodeando el escudo familiar esculpido en la piedra.

El anciano—luego supe que le llamaban Chomin— empuñó las maletas y se perdió sin prisas en el silencio negro del portal. Josechu, en el umbral, abrazaba a su madre. Esta era alta y fuerte, de rasgos afilados y severos. Apenas hablé con ella aquella noche. Estábamos cansados y era muy tarde. Un rato después, cuando me acompañaba a mi habitación, Josechu me explicó que Miren, su hermana, acostumbraba a retirarse temprano.

—Son más de las doce, casi la una—dijo—, y a estas horas todas las «neskatillas» están dormidas. Comenzamos a subir las escaleras que conducían al piso. Era una casa inmensa, antigua, llena de habitaciones y de amplios salones oscuros. Oía a cosa que ha ido

envejeciéndose y a dorna sobriamente el ambiente con su sabor viejo y honesto.

Cuando cruzamos un amplio salón me estremecí. Las sábanas que cubrían los muebles ponían una nota inhóspita y amarga, una especie de tristeza incurable. Josechu, desde la puerta, dió la luz. El «clac» del interruptor me pareció completamente fuera de lugar. Se me antojó un crimen, una ofensa escandalosa iluminar aquel salón con la araña cuajada de lámparas que pendía del techo. Me hubiera gustado recorrer toda la casa guiado por la luz de un quinqué, caminando con miedo de hacer ruido y soñando acaso viejas historias enterradas. Flotaba en la sala un confuso rumor de leyenda.

—Antes nos reuníamos aquí con frecuencia—musitó Josechu—; pero hace tiempo que permanece así, frío y desierto. Desde que ella se fué nada es ya lo mismo. Ni siquiera nosotros...

Quedó contemplando, casi con angustia, con una extraña emoción agolpada a su cara, un retrato de mujer, al óleo, que colgaba de la pared. Era una mujer joven que sonreía de manera indefinible. Ni siquiera recuerdo ahora cómo eran sus facciones. Lo que sí sé es que no parecía contar más de veinte años y que allá en el fondo de sus ojos latía un mundo lleno de cordialidades y ausencias que apretujaban calladamente el corazón.

—¡El último retrato de mi vida!—dijo José—. Después de éste no he querido pintar ninguno más.

Miraba el lienzo como si quisiera sorber por entero todo su tremendo significado. Había algo que sugestionaba enormemente en la expresión de aquel rostro. Ya he dicho que no recuerdo ahora las facciones de aquella cara; sólo consigo, esforzándome mucho, hacer surgir una mancha borrosa y muy vaga. Pero la expresión, aquella expresión de Maite, se hacía inolvidable. Emanaba de ella una inquietud íntima y torturadora, un «hinterland» que llegaba a obsesionar. Ante aquella cabeza de mujer yo me encontraba ante un enigma, y pensé, nada más contemplarla, en esos rostros de

huidos, en esos rostros pisoteados por los recuerdos inconcretos.

—¿Ves? Es como si el alma se le saliera por los ojos—musitó Josechu—. Ella sintió como nadie el júbilo de la vida. ¡Y está muerta, muerta! Con su muerte todos en esta casa hemos muerto un poco.

—¿Quién es, Josechu, quién es?—pregunté.

Pero yo ya conocía la respuesta; yo ya sabía quién era aquella mujer. No obstante, sentía de modo imprescindible una necesidad absurda, imperiosa, de oír aquel nombre pronunciado por una voz que no fuese la mía.

—Maite. Es Maitechu—respondió José.

Me cogió por el brazo con aspereza y me arrastró hasta un pasillo que se abría a uno de los lados del salón.

—Ven, voy a enseñarte tu habitación—dijo, procurando tranquilizarse—. Querrás dormir un poco, ¿no? Estarás cansado...

Antes de internarnos por el pasillo nos volvimos a mirar el retrato. Bajo el duro reflejo de las luces semejaba una mancha grotesca, indefinible, pegada a la pared. Fuera, el viento ladraba en voz baja mordiendo los cristales.

—Buenas noches, hermanita—deseó José.

Y le hizo un gesto de saludo al retrato. Yo tuve la convicción de que aquel saludo, que parecía un tierno recuerdo a la muerta, era en realidad un mensaje dirigido a un ser vivo, como si Josechu pensase que el retrato, de modo milagroso, había adquirido vida auténtica y podía oírle.

\* \* \*

...Así fué como conocí a Maite.

## II

Por las mañanas solíamos salir Mirenchu, José y yo a dar un paseo por los alrededores. Cuando un rincón le agradaba, mi amigo emplazaba su caballote y empezaba a pintar. Miren y yo seguíamos caminando. Siempre, antes de volver a casa, íbamos en busca de Josechu y visitábamos, como si se tratase de un rito enfermizo, el lugar en que se encontró el cadáver de Maite. Había aparecido ahogada en un recodo del río, allí donde, según la voz popular, las «sorgifias» celebraban sus ajuarres. El lugar era sombrío y estaba como hundido a golpes de cielo en el fondo de un barranco.

Se me hacía extraño y doloroso pensar que allí se había ahogado Maite. Me imaginaba sus ojos abiertos mirando a través del agua sin pestañear, y sentía en mi alma una alucinante densidad de dolor. Me imaginaba al propio tiempo a las «sorgifias» prediciendo el porvenir por el vuelo de los pájaros, cruzando el cielo a galope sobre una escoba o bailando una danza salvaje y fantástica en torno a un macho cabrío. Me parecía ver a las brujas transformándose en aves de rapía, en perros, en lobos y a veces, súbitamente humanizadas, curando los males del cuerpo con el remedio de ciertas plantas que sólo ellas conocían y que buscaban en parajes por los que nadie se atrevía a pasar...

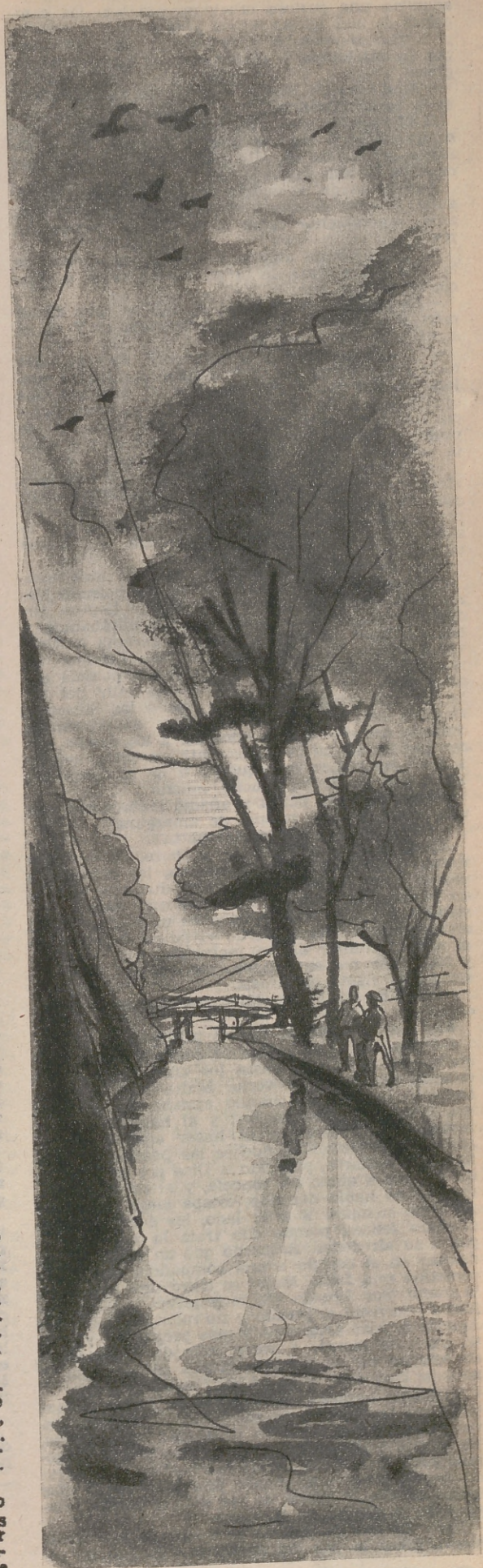
Al llegar al recodo del río nos quedábamos en silencio mirando el agua. A veces Mirenchu rompía a llorar. El agua, aquella agua fresca y transparente en la cual Maite había hallado la muerte, atraía de modo fascinador a Mirenchu. Sus sollozos, lentos y ahogados por la tapia de sus brazos, sonaban como una oración impotente entre el murmullo diverso del bosque.

—Calla, Mirenchu—pedía José excitado—. No llores.

Siempre regresábamos a casa silenciosos. Todo el resto del día envolvía nuestros actos, nuestras palabras y hasta nuestros pensamientos el recuerdo de la muerta. En nuestras pupilas, cuando nos mirábamos casi a hurtadillas, con un mundo caótico derrumbándose dentro del alma, parecía reflejarse el agua del río. Y así hasta el día siguiente, en que, con renovada intensidad, la escena se repetía.

Por las tardes solíamos pasear Mirenchu y yo. Josechu pasaba horas y horas ante el retrato de Maite, del que quería sacar una copa, y su madre, la «etche andrea», se encerraba en su habitación. Ningún ruido sonaba entonces en la casa, que parecía más desierta y muerta que nunca, como inhabitada desde hacía un millón de años.

Siempre, de una manera o de otra manera, el río era el término de nuestros paseos. Nos sentábamos sobre la hierba Mirenchu y yo y dejábamos colgar nuestros pies sobre el agua. Allí quedábamos inmóviles hasta que atardecía, cuando el paisaje



adquiría una curiosa crueldad, sonaban las campanas de una iglesia lejana anunciando el rosario, y el frío comenzaba a pellizcarlo todo. Entonces nos levantábamos e iniciábamos el camino de regreso.

—Aquí murió Maite—repetía, inexorablemente, cada tarde Mirenchu.

Había nacido dos años después que Maite, y se comprendía en seguida que el recuerdo de la difunta perduraba en ella con más intensidad que cuantos la rodeaban.

Aquella tarde, al cuarto o quinto día de mi llegada, salimos de paseo como de costumbre y fuimos, exactamente como cada día, al recodo del río.

—¿Has pensado alguna vez en el significado de la vida, Mirenchu?—le pregunté, sin saber a ciencia cierta por qué.

—He pensado en la vida, sí—dijo, al cabo de un rato. Y añadió de manera inesperada:—Y en el significado de la muerte.

Miró atentamente a su alrededor. Parecía verlo todo por primera vez, y una débil sonrisa se cuajaba en sus labios humedecidos. Al mirarme, sus ojos tuvieron un brillo confuso y amistoso. Parecía un poco aturdida; exactamente como si, de pronto, se diera cuenta, una vez más, de que Maite estaba muerta, completamente muerta.

—Yo vengo aquí siempre que puedo—musitó—. Me parece como si algún día, al sentarme sobre esta hierba, en este sitio, encontrase a Maite esperándome. Este era su lugar preferido, ¿no lo sabías? Maite se sentaba precisamente ahí, donde tú estás.

Me estremecí violentamente, de modo dulcísimo.

—Yo me sentaba a su lado—siguió diciendo Mirenchu—, y así solíamos estar mucho tiempo, sin decirnos nada. Nos sonreíamos, nos mirábamos, y nos sobaban las palabras. También venía muchas veces «Izbe», el perro de Maitechu. Líamos un rato o hacíamos costura. A veces, ella parecía enojada. Al principio, nada más salir del colegio, quiso meterse monja o irse a las Misiones. Después estuvo haciendo prácticas de enfermera durante un año. Quería consolar a los demás, hacer que los solitarios no se sintiesen solos, ayudar a los necesitados de riquezas o de comprensión. Yo la quería mucho, mucho, mucho...

Hizo una larga pausa y añadió lentamente, con una voz que se le rompía de amargura.

—Pero ahora Maite está muerta...

Aquel retrato colgado de la pared, el intenso recuerdo de José y de Mirenchu, los constantes paseos hasta el río, consiguieron hacerme pensar en Maite, casi a pesar mío, con una fuerza irresistible. Era algo que, al cabo de unos días, acabó arrastrándome. Su recuerdo vivía en la casa con el sabor familiar de un inolvidable rito amoroso y todo esto me embujaba, me irritaba hasta la seducción, hasta el éxtasis.

—Háblame de Maite, Mirenchu—le pedí—. Dime cómo era.

Ella no se asombró de mi petición.

—Maite era... No sé, no sé cómo era. Todos la queríamos mucho, y hasta los animales parecían ponerse contentos al verla. Maite amaba intensamente la vida, y cuando andaba, su caminar era igual que una oración; y al hablar, también rezaba; y al mirar, y al hacer cualquier cosa, ¿comprendes? Muchas noches las pasaba de rodillas en su cuarto, pidiendo a Dios por el alma de un muerto a quien no conocía, y al día siguiente, aunque no había dormido, estaba alegre y era feliz como siempre. Y a su lado, los demás éramos también felices, porque ella traía la alegría y la paz a su alrededor. Recuerdo que un día, para no delatar en el colegio a una compañera que había cometido una falta, Maite se clavó una pluma en la mano. Sor Agueda era muy severa y sabía que Maite aborrecía el pecado y no mentía jamás. Sor Agueda le hizo preguntas y más preguntas, y Maite, para no mentir o verse obligada a delatar a su compañera, se clavó la pluma en la mano. A poco se desmayó; pero no dijo nada.

Mirenchu hablaba con entonación señadora, paladeando la imagen de sus palabras. Parecía revivir aquella estampa de colegio: los pupitres, los mapas colgados de la pared, las charlas ingenuamente maliciosas de las muchachas, el encerao negro en el cual había una esponja y unos trozos de tiza. Y Maite, de pie ante el pupitre, clavándose la pluma en la mano...

Todo un mundo pasado se desplomaba trágicamente sobre la paz del momento; un mundo pe-

queño y cordial que, de pronto, se despariamaba y deshacía entre los primeros mordiscos de la vida. «¿Qué será—me dije mirando a Mirenchu—de sus compañeras de colegio? ¿Cuántas no habrán muerto, cuántas no habrán olvidado que un día fueron al colegio de monjas con su uniforme negro de cuello y puños blancos?»...

—Maite era inquieta—continuó Miren—. Buscaba algo que no encontraba. Sé, sin embargo, que lo halló al morir. No podría explicarlo con palabras, ¿comprendes?, pero lo sé. Maite tenía fe, una gran fe en Dios, y sé que ahora, desde los cielos, me está escuchando. ¡Maite, Maite!—grito de pronto, con voz muy alta, casi con un chillido—. ¡Maite!

Quedó mirando el cielo durante largo rato.

—Maite me dijo muchas veces que no sabía lo que buscaba—prosiguió con calma—, pero que tenía la convicción de que lo encontraría. «Cuando lo encuentre—me decía—sabré que era eso lo que estaba buscando.» ¿Comprendes lo que significa para mí, que la quiero con toda mi alma, más que a mi propia vida, saber que ella también me quería?—preguntó con vehemencia.

Yo asentí. Al otro lado del río sono la voz de un hombre que entonaba una vieja canción popular. Era como un sapio gigantesco en que latía, hecha palabra, la esencia de la vida vasca.

—Es Sabino quien canta, el hijo menor del «ai-zoa» (vecino)—explicó Miren—. A Maite le gustaba mucho oírle cantar. Es una canción muy bonita. Habla de dos novios que se encuentran cuando ella se dirige a la fuente. ¿No oyes? Escucha...

La voz de Sabino lanzaba al aire el diálogo, tan sencillo y entrañable, de los dos enamorados.

«—Maritxu, ¿nora zuaz eder gantori?»

—Iturrira, Bartolo. Nai madezu etorri...

—¿Iturrira zer dago? —Ardotxo txuria.

Blok erngo degu nai dezun guztia (1).

Desde la otra orilla se recortó la silueta de Sabino, que nos saludaba con un descuidado batir de brazos. Cuando se perdió por entre la maleza, el silencio se concretó.

—Estos caminos, este silencio, este río; todo cuanto nos rodea—habló Mirenchu quedamente—, ¿no es maravilloso? ¿Quién cantó por primera vez la canción que acabamos de oír? ¿Cómo vivió ese hombre? ¿Y él que la escribió? ¿Fueron felices o desgraciados? Así hablaba siempre Maitechu. Ella pensaba más en los demás que en sí misma, y nadie como ella llegó a amar la vida. Decía que con sólo asomarse a un balcón y ver a una criatura, o contemplar los árboles y el cielo, se sentía enormemente dichosa.

Se levantó rápidamente—parecía deseosa de huir del recuerdo—y yo hice lo mismo. Al subir la colina, se detuvo una vez más para mirar al río.

—Maitechu me oye; lo sé, lo siento—repetió—. Se llevó su cuerpo a casa cuando se la encontró ahogada; pero yo sé que ella, lo que auténticamente era ella, permanece en el río. Cuando llueve o hace frío—añadió, bajando la voz hasta hacerla casi ininteligible—siento enormes deseos de venir al río con un montón de mantas y echarlas donde se encontró su cadáver. Me parece como si ella estuviese ahí y experimentase el frío y la lluvia sobre su cuerpo. Bajo esas aguas quedó uno de sus zapatos, que nadie encontró. Yo pienso que algún día Maite volverá en su busca.

Mientras caminábamos, yo estaba como embrutecido. En cada mirada y en cada palabra, dominándolo todo, surgía la borrosa silueta de la ahogada.

—Tenemos en casa una cajita de música—dijo inesperadamente Mirenchu—. Cuando se abre suena siempre la misma música, una canción de aquí, ingenua y muy bonita. Maitechu se pasaba horas enteras oyéndola. Ahora, cuando la oímos, a todos nos entran ganas de llorar. En cierta ocasión, cuando ella ya no estaba entre nosotros, abrimos la cajita de música como si fuera una reliquia, y los tres juntos, Amachu, Josechu y yo, quedamos escuchando la canción. ¡Era horrible! Como si Maite estuviese con nosotros, ¿comprendes? Pero no estaba, no; la habían enterrado.

Nos hallábamos ante la casa.

—Ella lo era todo para mí—prosiguió, tratando de sonreír—. No puedo resignarme a pensar que ha muerto. Yo soy católica, tengo fe, y sé que al-

(1) —Maritxu, ¿a dónde vas tan hermosa?

—A la fuente, Bartolo. Si quieres venir...

—¿Que hay en la fuente? —Vinito blanco.

Si quieres, los dos beberemos.

gún día la veré. Yo sé que Maite está en el cielo y que la volveré a ver. Tengo fe, tengo fe, ¿comprendes?

Yo asentí en silencio.

\*\*\*

Después de cenar todos se encerraron en sus habitaciones y yo salí a dar un paseo. Cuando regresé era noche cerrada. Me fui a mi habitación, caminando silenciosamente, como un ladrón, y me desvestí a oscuras, de prisa, temeroso de verme a mí mismo, temeroso de ver nada que no fuese la imagen de Maite clavada con furia en mis entrañas.

Aquella noche, no sé por qué, cerré la puerta de mi habitación por dentro.

### III

Los días se sucedían lentos, como procesión de dolores callados. Yo sufría la indecible, la fantástica nostalgia de algo que no me había sucedido. Sufría intensamente con el «recuerdo» de Maite, a quien no había llegado a conocer. Sobre nuestras almas pesaba—yo lo sentía con una fuerza hondísima y extraña—la imagen de Maite, el fantasma de algo que fué, el eco de una voz que seguía sonando en todos los oídos; incluso en los míos, que nunca habían escuchado la voz de Maite...

Una noche, después de cenar, estuve paseando con el viejo Chomin. Desde el jardín, que recorríamos incansablemente, oímos por unos momentos el sonar de un piano, y después nos llegó el sonido de una voz femenina que parecía, milagrosamente, hablar sin palabras.

«Etche andrea»—musitó el anciano—se está consumiendo de dolor. Desde que Maite murió...

Sonaron en la casa ruidos de pasos precipitados, el repercutir de la tapa del piano como un portazo, sollozos. Después, al cabo de unos segundos, nada. Todo era nuevamente silencio.

—Era muy buena la pobrecita, la amable señorita Maite—habló Chomin, impulsado por los recuerdos—. Va para el año que se la enterró, y parece que fué ayer. Cuando Josechu está fuera de casa, en Bilbao, aquí se procura volver a la vida normal y desenterrar lo menos posible el pasado. Pero cuando viene y están los tres juntos... Es que, ¿sabe usted?, tienen miedo de encontrarse los tres a solas. Eso les recuerda demasiadas cosas.

Suspiró.

—¡Si usted hubiera conocido esta casa hace año y pico! Todo en ella era diferente. Cuando había romería en algún lugar cercano, la casa estallaba con el ruido y las risas de los preparativos. Desde dos días antes se empezaba a adornar el carro y a tenerlo todo dispuesto. A Maite le gustaba sentarse conmigo en el pescante, y con frecuencia me pedía que le dejase las riendas. Cuando ella conducía, hasta el caballito se ponía contento. Los vecinos y los amigos acudían, se iba muy temprano a misa a la ermita, y todo el santo día tocaban los chistularis...

Le brillaban a Chomin los ojos.

—Maite se ahogó va a hacer un año—prosiguió—. Mañana, sí, mañana se cumple el año. ¿Lo sabía?—negué en silencio—. Se celebra una romería cerca de aquí, pero ninguno de la casa irá. Debería estar ya el carro preparado, como el año pasado. Sí, fué el día de la fiesta; lo recuerdo muy bien. No fueron a la romería por el mal tiempo que hizo aquel día. Las flores se deshojaron sobre el carro, todo descoloridas y empapadas de lluvia. Pensaban ir a la repetición, pero no fueron, no. No sabían que aquella misma noche... Sí, sí, Dios mío, ¡cómo llovía, cómo llovía!...

—¿Cómo fué, Chomin?—le pregunté—. ¿Cómo se ahogó Maite?

—Nadie lo sabe—respondió con lentitud—. Yo estaba en mi casita, ¿sabe?, ésa que ve usted ahí, al fondo del jardín. Allí estoy siempre que no puedo darme una vuelta por estas tierras de Dios. Yo estaba en mi casita, sí, y llovía mucho. Había llovido todo el día y aún no había parado de caer agua. En la casa todos habían cenado y se encontraban en el salón de arriba. Maite tocaba el piano, y siempre le estaban pidiendo que tocase esta o aquella música. A eso de las nueve, Maite preguntó por «Izbe», el perro. Nadie sabía dónde estaba «Izbe»; así, que Maite abandonó la sala para buscarlo. A eso de las diez, Josechu vino a preguntarme si yo había visto a Maite. Le dije que no, que no la había visto, y entonces, por si acaso, fuimos los dos hasta el río, detrás de la colina. Era su lugar preferido, ¿sabe? Le gustaba estar allí



sola, a orillas del río; pero «Izbe iba casi siempre con ella, y a veces le acompañaba también Mirenchu. ¡Parece que estoy viendo a Maite, parece que la estoy viendo!»—exclamó, de pronto, con singular vehemencia.

Se frotó los ojos—aquellos ojos que habían visto a Maite—y siguió hablando:

—Josechu decía que acaso Maite, al no encontrar al perro en casa, habría ido al río, por si estaba allí. Mal sitio es aquel para estar solo, y de noche, a lo que dicen. Yo soy cristiano viejo, buen católico, y no creo en supersticiones; pero he oído contar a mis abuelos (y mis abuelos las oyeron de los suyos) cosas terribles que sucedieron en ese lugar. Pero lo que le decía: Josechu y yo corrimos en su busca al río. Yo llevaba una linterna para iluminar el camino. Resbalamos muchas veces, por cierto, y Josechu a poco cae al agua al bajar la colina. Ella estaba ahogada—pronuncio de modo lentísimo.

Su tosecilla cascada subrayó la brutalidad del hecho.

—El cuerpo de Maite se veía en el fondo del agua, ¿sabe? Aquella noche no había «hill-argias» (luz de muertos: luna); todo estaba a oscuras y apenas se veía a dos metros de distancia, pero a la luz de la linterna pudimos darnos cuenta de que Maite había resbalado y caído al agua. «Izbe», el perro, estaba allí, ladrando lastimeramente. Por allí el río lleva bastante agua en la crecida, casi cuatro metros. En la casa, todos se volvieron como locos. Al día siguiente de enterrar a Maite, Josechu medio mató al perro a patadas. Pero una mañana, «Izbe», el perrito, apareció muerto en el cementerio, sobre la tumba de Maite. Y Josechu, al verlo, vino hacia mí y lloró aquí, sobre mi pecho, aquí.

Y el viejo Chomin, vibrante y hermosamente salvaje, se golpeaba el pecho con violencia.

—Todos cambiaron—añadió—. En la casa se pasaron semanas enteras sin dirigirse una sola palabra y sin bajar al comedor. Cerraron el salón y nunca más volvió a sonar el piano. No sé cómo lo han tocado hoy. Tal vez piensen en mañana, en el primer aniversario de su muerte. Sí, eso ca. Irán al cementerio...



... hasta hacerme casi daño.

—¡Maite era tan buena, tan buena! Yo la tuve en mis brazos cuando era una niña que no levantaba dos palmos del suelo. Ella lo era todo para mí, y la mimaba como si fuese mi hija. Y así la quería yo, como a una hija. La tenía también mucho respeto, porque, ¿sabes?, era tan dulce, tan delicada y como de otro mundo... Yo no tengo familia—se acentuó la presión de la tenaza de sus dedos en mi brazo—, y todo mi fracaso, mi ilusión, mi alegría, todo lo puse en ella. La enseñé lo poco que podía enseñarte. Hasta que fué al colegio, yo la llevaba en mis brazos o subida a la «gigantona», y la contaba historias y leyendas de estas tierras. Todos en casa la llamaban Maite o Maitechu, y cuando yo la llamaba «señorita» se ponía muy seria para hacerme un reproche con el dedo, y un día (no lo olvidare nunca, nunca) hasta se echó a llorar.

Se quitó la boina al acabar de hablar y se pasó una mano por la cabeza. En la espesa maraña de su pelo, el peine de sus dedos abiertos parecía a punto de romperse.

—Era un ángel de Dios—exclamó con voz conmovida—. Que el Señor la tenga en su santa gloria.

Luego murmuró entre dientes algo que no entendí; se alejó lentamente. Yo seguí paseando durante un rato, y daban ya las doce de la noche en algún reloj cuando llegué al salón. Cuando la última campanada se revolvió en el aire, comenzó a oírse una musicuilla vieja e ingenua de caja de música. Me hallaba casi ante la habitación de Mirenchu y me pareció oír las voces de su madre y los sollozos ahogados de la muchacha.

Me detuve ante el retrato de Maite, sin pensar en nada, mirando sin ver (porque ya lo llevaba dentro de mí) aquel rostro, aquella mirada que ya no existía. Fui a mi habitación, me tumbé vestido sobre la cama y estuve dándole vueltas a la cabeza. Algo extraño y nuevo había en mí, algo que casi me enloquecía, y que, no obstante sentílo intensamente, de manera casi física, yo no podía definir.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando percibí los pasos de Josechu recorriendo el pasillo. Después de las voces de su madre y de Mirenchu unidas a las de mi amigo. Y al cabo de un rato, mientras los tres parecían rezar, volvió a sonar la misma musicuilla, como una oración tremenda, como una llamada fúnebre, como un delirio de nostalgia incurable.

Y fueron pasando las horas. La una, las dos, las tres, las tres y media... Yo seguía vestido, tumbado sobre la cama, sin conseguir dormir. ¡Cuánto me hubiera gustado estar con ellos, sufrir con ellos y, al igual que ellos, poder dar rienda suelta a cuanto pasaba por mi alma!

—Felices ellos—me decía yo una y otra vez—que están unidos en el dolor de haber perdido a Maite, que la han conocido y amado, que manifiestan su dolor.

Y me quedaba escuchando ávidamente sus voces y sus rezos, amando su amargura y envidiando su dolor.

IV

—Hoy hace un año que murió Maite—pensé, al cabo de pocas horas, nada más despertar. Y comencé a vestirme.

Cuando bajé al comedor sólo encontré en el a Joaquina, una aldeana rolliza que, al parecer, llevaba veintitantos años en la casa.

—Todos han salido muy temprano—dijo al verme—. Han ido al cementerio. Yo también he ido muy de mañana, con Chomin. Hemos llevado para ella las flores más hermosas, sí, las más lizas. Yo misma las he cortado.

Desayuné de prisa y salí, encaminándome al camposanto, cuyas tapias negras coronaban un montículo cercano. No había nadie en el cementerio y me interné, rezando con la mirada, con mis pasos temerosos de producir ruido, por entre sus alamedas rumorosas.

Casi al lado del depósito de cadáveres, al fondo, estaba la tumba de Maite. Coronas y ramos de

flores se amontonaban sobre ella. En letras grandes, que eran como un grito de dolor, se leía en la franja negra de una corona: «Espéranos». En el centro estaba el escudo que había visto en el portalón de la casa, con la leyenda «Ongi ethorri». Congue allí, bajo aquella losa, estaba Maite. Allí reposaba su cuerpo, o lo que de su cuerpo quedara todavía. Era ésta una verdad tan sencilla, tan directa, que quedé anonadado. Maite, Maite en carne y hueso, Maite entera estaba allí, a un paso de mí, a mi lado, pero muerta... ¿Cómo había sido la muchacha en realidad? Un año antes, sólo un año antes y hubiera podido conocerla, oír su voz, recibir su mirada. Un año nada más, sólo un año. Pero estaba ya muerta, muerta del todo, muerta sin remedio, y unas coronas descansaban sobre la fría losa.

El jardín de cruces parecía respirar un aliento de una paz tal que no era, que no podía ser en verdad de este mundo. La muerte se hacía en aquel camposanto sencilla y blanca.

Cuando volví a la casa sólo encontré en ella a Joaquina. Casi una hora después llegaron Mirenchu y su madre.

—¿No está Josechu?—preguntó Miren.  
—No. Yo pensaba que estaría contigo.  
—¿Dios mío!—musitó Miren.  
Comprendí que algo raro sucedía. La «etche andrea» subió las escaleras hablando a solas.

—Pero, ¿qué ocurre, Miren, qué pasa?  
—Josechu debe haber marchado a la romería—explicó ella—. Fuimos los tres al cementerio muy temprano y al salir estaba como aturrido. Nos dejó sin decir palabra y echó a correr. Amachu y yo hemos ido al río, pero no estaba allí. Habrá ido a la romería, estoy segura, estoy segura. Su fría el pobre tanto que habrá querido hacer algo que en realidad no quiere ni debe hacer. Josechu siempre se porta así cuando sufre...

Escondió el rostro entre las manos, estremeciéndose, y corrió a encerrarse en su habitación. La mañana la pasó solitario y pensativo. ¡Qué honda huella había dejado Maitechu entre los suyos! La madre y los hermanos parecían no vivir sino para dedicarse al culto de su recuerdo, y esto había alcanzado ya, desgraciadamente, caracteres de enfermiza y trágica obsesión. Sonaba en toda la casa la melodía de la cajita de música, y yo, para no oírlo, salí de la casa. Regresé al atardecer y hallé a Mirenchu sola en el comedor.

—Amachu está en su cuarto—me dijo—, y Josechu no ha vuelto todavía.

Y así pasaron las horas de aquella tarde, sin hacer nada, en silencio, mirándonos y pensando, tanto ella como yo, en Maite. A eso de las diez llegó Josechu. La cara se le rompió en una sonrisa grandota y caminaba tambaleándose.

—Vienes de la romería, Josechu—estalló Miren con voz acusadora—. Estás bebido.

—¿Bebido?—repitió Josechu—. Borracho, hermanita, borracho perdido, eso es lo que estoy.

—Josechu, Josechu—insistió ella con inusitada dulzura—. ¿Por qué haces eso? ¡Y precisamente hoy, hoy, el día que...!

—¡Cállate!—chilló él—. Hoy es un día como los demás. Igual, sí, igual que cualquier otro...

No quería recordar, se negaba terminantemente a ello. Quería enterrar definitivamente a la muerta, tenía un mínimo de tiempo para ello, todavía, y lo sabía. Pero Mirenchu, inmóvil, tenía ahora la cabeza inclinada, mirando a tierra y sollozaba.

—¿Otra vez llorando?—observó Josechu—. A

santar todos, ¿eh?, pero todos. Nada de dejarnos a mí solo. Cambemos los tres juntos.

Y comenzó a cantar (él solo, por supuesto), un sortilejo que en el país vasco se sabe todo el mundo de memoria:

«Maite, yo no te olvido,  
ni nunca, nunca te he de olvidar  
aunque de mí te alejes  
leguas de tierra, de tierra y mar.

Maite, si un día sabes  
que he muerto ausente de tu querer,  
del sueño de la muerte,  
para adorarte, despertaré.  
Maite. Maite. Maite...»

Su voz se quebró y, al finalizar la canción, el nombre («Maite») se le rompió en la boca como un sollozo.

—No quiero pensar en ella—grito—. Tenemos que olvidarla, tenemos que volver a enterrarla. ¡Madre, madre!—llamó—. Y tú, Mirenchu, y tú... Venid, venid todos. Quiero que veáis lo que voy a hacer. Miren, ¿quieres darme la cajita de música? Vamos al salón.

Mirenchu le entregó la cajita de música, que él miró con expresión indecible. Abrió la tapa. La musicuilla volvió a sonar, mientras las dos figuras, aldeana y aldeano del País Vasco, danzaban suavemente, dando vueltas y vueltas.

Y de pronto, con inesperada violencia, Josechu golpeó la caja de música contra la barandilla y la dejó caer. Nunca sonó una música tan tristemente en mis oídos como cuando la antigua caja de música se estrelló abajo, en el suelo, con chasquido de porcelanas rotas, casi casi de corazón abierto a navajas.

Ni Miren ni su madre hablaron. Ya en el salón ante el retrato de Maite, Josechu sacó su caja de pinturas y destripó un tubo de óleo sobre la paleta. Luego, con lentitud que en sí misma constituía un insulto, se acercó al lienzo.

—No, Josechu—gritó Miren, adivinando los propósitos de su hermano—. Eso no, por lo que más quieras. Josechu, no, no...

No hizo, sin embargo, nada para evitarlo, y yo, temblando, quedé también inmóvil, como clavado en el suelo. Josechu se puso a emborronar, cauz vez con mayor frenesí, el retrato de Maite.

—Hace tiempo que debí haberlo hecho—chillaba excitado—. Tenía que hacerlo, sí.

Frotó la paleta contra el lienzo que había descolgado del muro, hasta emborronar y rayarlo por completo. La madre se dirigió a su habitación. No había pronunciado una sola palabra ni tenido un gesto, pero en sus ojos había un dolor y un cansancio infinitos. Miren lloraba.

—¡Maite ha muerto! Quiero que lo sepáis: ha muerto, ha muerto—pronunció brutalmente el muchacho—. Está muerta, ¿lo oís?, muerta del todo, ¡abajo tierra!...

Tiró la paleta contra la pared, pisó sobre el lienzo hasta destrozarlo, y corrió a ciegas, llorando, bramando casi de desesperación, escaleras abajo.

Se acostaron todos (o se encerraron en sus habitaciones) y quedé una vez más a solas en el salón. Apagué las luces y fumé en silencio, en la oscuridad. Comenzaba a amanecer cuando, por fin, me decidí a encender la luz. Lo hice con verdadero temor de producir ruido, como si el «click» del interruptor fuese a despertar a toda la casa. Yo tenía un miedo enorme (ahora lo sé) de que al

guien, viéndome allí, ante el emborronado retrato de Maite, adivinase lo que sucedía en mi alma.

Porque lo había supuesto muchas veces, pero fué entonces cuando comprendí que me había enamorado de una muerta.

V

Aquel descubrimiento me anonadó, y al día siguiente, tras cambiar apenas unas palabras con Josechu y su madre, me marché. No pude despedirme de Mirenchu, porque ésta se negó a salir de su habitación y no hacía más que sollozar.

Me fui de aquella casa una inolvidable mañana del mes de mayo. El cielo estaba despejado y el aire era fresco y transparente. El paisaje entero (cielo, árboles, caserío, río) palpitaba de ansias de vivir, pero yo sólo conseguí ver a mi alrededor, y dentro de mí mismo, un derrame sentimental de lluvias sucias y de amargas enfermedades. Chomin me acompañó a la estación. Al darle la mano, en el último ademán de despedida, me pareció que un trozo de mi alma, de mi vida, de algo que era más profundamente mío que mi propia sangre, se me arrancaba brutalmente a tiras y quedaba llorando en el andén. Muchas veces, en el intervalo de unos pocos minutos, estuve tentado de volver al río y quedarme allí semanas y meses, en silencio, hundido en viejas nostalgias que nunca habían tenido principio. Pero sonó el pitido angustioso del jefe de estación, el vapor de la máquina puso cortinas blancas en las ventanillas, y el tren arrancó.

—Adiós, Maite—grité mentalmente—. Adiós, Maitechu.

Cuando me asomé a la ventanilla el pueblecito estaba ya lejos, y, de pronto, al doblar un recodo, dejé de verlo. Ya en Bilbao, nuevamente volví a sentirme encerrado en el recuerdo. No era la mía, no, una tristeza serena o un recuerdo piadoso y bello, aunque doloroso, sino una angustia que me cercaba, que me estremecía, que me atormentaba. Experimenté, apenas llegado a Bilbao, la imperiosa necesidad de contemplar el río, de compartir en toda su profundidad el dolor de Miren, de Josechu y de la «etche andrea».

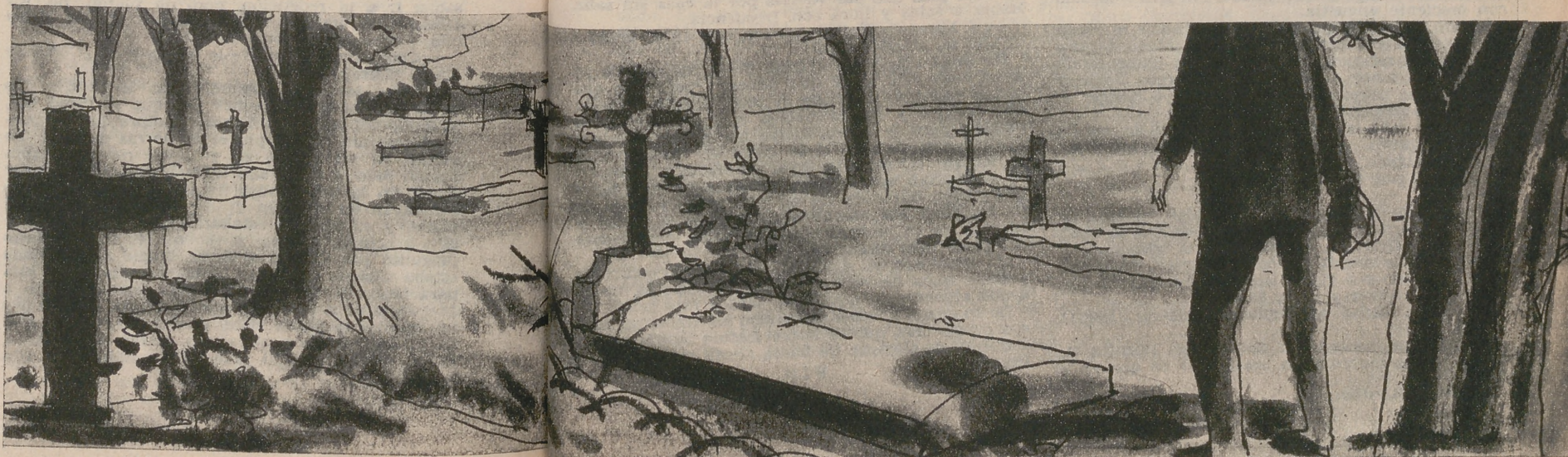
Procurando vencer esta dolencia, esta como enfermedad, marché al extranjero. Se había echado el buen tiempo encima. Hacía un calor sofocante. Bilbao, villa hundida entre montes, semejante a una inmensa ciudad-puchero, se había transformado en un horno.

Fui a París; pero los turistas, con sus Kodaks y sus gafas, manobaban en la ciudad todos los rincones que me eran queridos. Estuve allí una corta temporada, que pasó hastiado de todo, incluso de mí mismo. Tuve grandes deseos de regresar, pero seguí camino hacia el Norte. Al llegar a Bruselas, por fin, comprendí que inexorablemente volvería a España con toda urgencia: «tenía» que hacerlo porque una fuerza interna, fortísima, me lo exigía.

No sé cómo fué; una de esas cosas que pasan, sin ton ni son, y que a veces cambian toda una vida. Estaba yo paseando, sin rumbo y a solas, cuando de repente, un dicho popular de mi provincia, de allá, de Vizcaya, comenzó a sonar en mi interior: «Egialde gustietan toki onak badira bañan biyotzar digo: «Zoac Euskalerría.»

(«En todas partes hay bellos lugares, pero el corazón dice: "Vete al País Vasco".»)

Salí en el primer tren; tuve buena combinación en París, y al día siguiente me hallaba en tierra española. La voz, insistente y dulcemente torturadora me repetía: «Zoac Euskalerría», «Zoac Eus-



kalerría», «Zoaz Euskalerría». Y volví al País Vasco. En Bilbao la impaciencia, si sabe, se me agitó, y un atardecer, dos o tres días después de mi regreso del extranjero, sucedió algo que me hizo volver al pueblo.

Yo estaba en el balcón de mi casa, mirando la calle, y pensaba en Maite mientras a veces alargaba la mirada hasta las alturas de Begofía y de Archanda. Y de pronto, allá, en alguna callejuela cercana, alguien —un hombre— comenzó a cantar. Era un zortzico Expectante, con el alma de puntillas, yo escuchaba aquellas palabras que tanto significaban para mí:

«Maitechu mía, Maitechu mía,  
canta y no llores más...»

La voz era grata y había emoción en su acento. Las palabras del zortzico saltaban sobre los tejados, como peregrinos pájaros kuliskas, y escuchábase melancólicamente en el gris atardecer que amenazaba sirimirí.

«Yo volveré a decirte  
las mismas cosas que te decía.

Y volveré a cantar  
zortzicos al pasar.

Y volveré a quererte con toda mi alma.  
Maitechu mía...»

Y la voz, que se me hacía odiosa y necesaria, cantaba y cantaba sin parar, repitiendo una y otra vez las palabras:

Maitechu mía, Maitechu mía,  
canta y no llores más...»

Lo tremendo era que al propio tiempo yo deseaba que aquella canción no se acabase nunca, que continuase sonando durante años y años. Yo sentía un dolor infinito y, también, una delectación, un éxtasis indefinible. Cuando la voz cesó quedé escuchando, esperando. Pero no volvió a dejarse oír, y tuve tentaciones de gritar: «¡Cante, siga cantando, siga, siga!...» Y allí, de pie en el balcón, creo que rompí a llorar igual que un chavalín.

Al día siguiente—tenía que ser—regresé al pueblo. Llegué a hora temprana y me encaminé directamente a la vieja casona de mis amigos. ¿Cuántos recuerdos despertó en mí aquella carretera con sus altos castaños, que casi se perdían de vista a lo lejos!... Aunque aquel atardecer en que Josechu y yo pasamos por allí en carro, ¿había existido realmente? Todo me parecía, en verdad, un sueño descompuesto y, al mismo tiempo, curiosamente vivido y real.

Chomin estaba en el jardín fumando su pipa. No se movió al verme. Tuve la impresión de que hacía días que el anciano esperaba mi visita.

—Ha vuelto usted—musitó.

—Sí. ¿Están todos en casa?

—«Etche andrea», sí; no ha salido desde entonces. Y Miren está en la iglesia. ¿Sabe usted? Va a metirse monja.

—¿Y Josechu?

—En el recodo del río. Siempre está allí.

Fuí en su busca. En el recodo del río lo encontré, efectivamente. Me quedé asombrado al verle, porque en todo él había como una sutil e incipiente anomalía.

—Tengo miedo —me dijo, sin mostrar el menor asombro de verme allí de nuevo—. Miedo, sí, miedo de mí mismo. He llevado las cosas demasiado lejos y me he acostumbrado a vivir así como ahora, siempre pensando en Maite. ¿Podría volver a ser aquel que fui? ¿Podría recoger, acaso, el agua derramada? Tengo miedo, miedo, miedo... —añadió con creciente angustia.

Ignoro qué es lo que entonces, oyéndole, me llenó por entero. Tuve miedo yo también, miedo de prolongar aquel recuerdo, miedo de seguir alimentando mi absurdo amor a una muerta. Porque Josechu tenía razón: llegado el caso, ¿podría yo recoger el agua derramada?...

—Vuelvo hoy a Bilbao—le dije—. Sólo quería veros de nuevo y saber cómo os encontrabais. Adiós, Josechu.

Me miró con tristeza infinita.

—Adiós.

Me fui sintiéndome cobarde de algo, aunque no sabía con precisión de qué. Al llegar a la casa encontré a Mirenchu, que venía de la iglesia.

—Sabía que vendrías, que volverías—musitó—. Tú sabes cómo era Maite, llegaste casi a conocerla. Tenías que volver y yo lo sabía...

—Me han dicho que quieres meterte monja—dije.

—Sí. Sé que ese es mi camino: rezar. ¡Tantos vivos y tantos muertos sin oraciones! Sé que en el

convento encontraré la paz que tanto necesito, la paz, ¿recuerdas?, que Maite buscaba sin descanso. Pero me preocupa Josechu —añadió mientras le temblaba la voz—. Ha cambiado mucho desde aquella noche... Apenas habla y está todo el día a orillas del río. Oigo, durante horas por la noche, cómo pasea por su habitación...

No supe qué decir. Mirenchu me miraba con inquietud a los ojos.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?—preguntó suavemente—. Hace tiempo lo sospeché; ahora, al verte, lo he comprendido. Pero eso es una locura. Mira a cualquiera de nosotros: todos estamos obsesionados con el recuerdo de Maite. Ella era hermosa, buena y delicada como nadie, pero no es ése el modo en que se debe amar a una muerta. Ahora lo sé, ahora lo sé —repetió—. Tú tienes tiempo de volver a ser el que fuiste. Vuelve a los tuyos, a tu vida normal, a tus quehaceres. No cometas el mismo error que cometimos todos nosotros. ¡Sálvate!; aun tienes tiempo. ¡Sálvate, sálvate!...

Nos miramos a los ojos. Yo dije:

—Adiós, Mirenchu. Reza por mí alguna vez.

Ella no me dijo, no me habló. Quedó quieta, como petrificada, mientras yo echaba a andar en dirección al pueblo.

## VI

Durante más de un año no tuve noticias de ellos. Josechu, Miren y su madre habían desaparecido completamente de mi vida. Yo recordaba a Maite, sí, pero era ya un recuerdo casi lejano, blanco y piadoso, como el de la primera novia que se nos murió.

Hace apenas un mes supe que Josechu había muerto. Un amigo me dió la triste noticia.

—¿Cuándo murió?—pregunté.

—Hace cosa de una semana. Lo supe por casualidad al pasar cerca de su casa. Se ahogó, ¿sabes?

—¿Que se ahogó? ¿Dónde?

—En un riachuelo que pasa cerca de su casa.

—¿Cómo sucedió?

—No sé —respondió mi amigo—. Josechu sabía nadar, ¿recuerdas? Era el que mejor nadaba cuando íbamos a Las Arenas. No puedo explicármelo. Lo único que sé es que faltó de casa una noche y que su hermana Miren y el jardinero, un anciano llamado Chomin, fueron al río, por si acaso, y allí le encontraron ahogado.

—¿Venía el río con crecida?

—No. Me parece que no. En el pueblo dicen que por aquellos parajes suceden cosas raras.

Permanecí en silencio. Luego, del modo más natural, como una pregunta completamente normal, indagué:

—¿Fue muerte accidental o se sospecha que sea suicidio?

Mi amigo me miró con perplejidad.

—¿Suicidio? ¿Qué te hace pensar tal cosa? No sé cómo fue ni qué ocurrió —dijo—. Desde luego, ahora que lo pienso, sí parece ser que hubo algo que no está nada claro. Por cierto, ¿sabes que allí mismo, hace año y pico, murió también una hermana suya llamada Maite?

Moví lentamente la cabeza.

—Sí. Lo sabía.

—¿Pobre Josechu!

—¿Que Dios se apiade de su alma!

Tras un rato de silencio le pregunté:

—¿Quién vive ahora en la casa?

—Su madre. No pude verla. El jardinero me dijo que hacía más de un año que no sabía ni hablaba con nadie. La pobre, al parecer, está medio loca y no hace más que dar vueltas por la casa sin salir. Habla a solas y llora con frecuencia.

—¿Y Mirenchu? ¿No está con ella en la casa?

—No sé, no sé—me dijo.

No sabía más y me despedí de él, marchando yo a mi casa más triste que nunca y pensando qué podría haber en el fondo de todo aquello. Josechu era católico y nunca habría escogido una mala muerte; pero ¿y si una fuerza maligna le indujo a arrojar al río? ¿Y si se lanzó en un momento de locura? ¿O sería la suya, en efecto, una muerte accidental, una de esas tremendas casualidades que suelen darse de vez en cuando en la vida de un hombre? Tal vez Josechu fue allí de noche y cayó al río de manera incomprensible, ahogándose del modo más inesperado...

No encuentro, ya digo, explicación al lo ocurrido; y como nada he vuelto a saber al respecto, no sé a qué atenerme y aquí debe acabar este relato.

En cuanto a Mirenchu, me dijo mi hermana, hace dos o tres días, que se había metido monja en un convento de clarisas. Se llama ahora sor María del Rosario.

FIN

# FERNANDO FERNAN-GOMEZ

## ACTOR METIDO, POR EXIGENCIA DEL ANIMO, A POETA

En Roma se aburría, no tenía sueño y, en vez de dormir, hacía versos: así salió "A Roma por algo"

LE PRONOSTICARON QUE NO SERIA NADA EN EL TEATRO POR DELGADUCHO Y DESGARBADO...



Nuestro fotógrafo Mora ha sorprendido estos expresivos gestos de Fernando Fernán-Gómez durante su conversación con los redactores de EL ESPAÑOL

**POR** oficio, o por don natural, Fernando Fernán-Gómez es un domador de gestos. Hay en el movimiento parlanchín de sus manos, o en la casi somnolienta expresión de sus ojos, una fluidez de arroyo brincador siempre igual a sí mismo y siempre renovado. Esa grave manera de decir, irónica y tierna por mitad, que le caracteriza en los tabladitos, se mantiene también en la intimidad del coloquio e incluso en las páginas de los libros escritos por él: Espontaneidad de niño algo rebelde, gravedad de hombre que por esos mundos de Dios ha sido explorador de amarguras, definen sus versos de actor metido, por exigencia del ánimo, a poeta. La realidad ingrata y el impulso generoso que la vence, dominándola por la ternura, son los protagonistas subterráneos de su pieza dramática en un acto «Pareja para la eternidad». Este continuo vaivén le acompaña desde adentro y le tiembla en la garganta al conversar.

Su despacho, en casa de tu madre, es un puro revoltijo: cartas, muchas cartas, sobre la mesa y sobre las butacas; caricaturas, muchas caricaturas, con un Fernán-Gómez larguirucho, algo triste y narigudo. Una paleta de pintor revienta de colores en un rincón. En otra esquina, un idolo africano. Las Obras Completas de Emilio Salgari ponen un contrapunto de fantasía aventurera en los estantes repletos de libros. Luego, tomos de teatro, de ensayo, de poesía... Desorden, mucho desorden, un puro revoltijo. Pero el dueño sabe, más o menos, dónde está todo. Y, a veces, se divierte cuando un papel, una carta o un libro se empecinan en no aparecer.

### LAS COMPLICACIONES DE UNA EDICION NUMERADA

(El gesto se le aprieta, casi en un cómico sollozo, cuando nos explica las complicaciones que crea el hacer ediciones numeradas. La cosa comenzo por una pregunta casi convencional.)

**HOLGADO.**—¿Es éste el primer libro de Fernando Fernán-Gómez?

**FERNAN-GOMEZ.**—(Con los ojos muy abiertos.) No; el segundo. Antes que «A Roma por todo» había publicado una obra de teatro en un acto: «Pareja para la eternidad». Estas son mis Obras Completas. Luego se las regalaré... Bueno; también estrené otra cosa, pero no la edité porque la considero inferior.

(Los brazos de Fernán-Gómez se abren en el aire como queriendo abarcar un gigantesco número de tomos.)

**DUBERT.**—¿Qué tal se venden?

**FERNAN-GOMEZ.**—(Con solemnidad.) Mis libros no se venden; se regalan.

(Su voz se torna confidencial. Casi en secreto, balanceando la cabeza, continúa.)

**FERNAN-GOMEZ.**—Pero ni así se colocan todos. Los tengo en mi casa en paquetitos. De mis versos he hecho trescientos ejemplares. De mi otra Obra Completa mandé imprimir también tres-

cientos hace seis años. Aun quedan muchos. Se ve que ni vendidos ni regalados se pueden agotar.

CASTELLANOS.—Yo que creí que había publicado usted alguna cosa más...

FERNAN-GOMEZ.—Bueno, esas son mis obras dispersas. Algunos poemas en «Espadaña»; quizá en dos o tres revistas más... Pero mis Obras Completas son éstas.

(Y Fernán-Gómez señala a los tomitos que ha logrado encontrar en el revoltijo que es su despacho. Algo le queda por decir. Una especie de remordimiento. Sin que sea preciso preguntar, él mismo se desahoga.)

FERNAN-GOMEZ.—Esta última edición no la he numerado. La anterior, sí. Cuando le fui a regalar un ejemplar cualquiera a José García Nieto, que había cuidado la impresión, casi me fulmina: «¡Qué ordinario! — me dijo—; el bueno es el uno. En todo caso, el trescientos.» Yo me quedé muy apurado. No entiendo de estas cosas. Desde entonces he escondido un libro que tenía sin numerar. A lo mejor tampoco está bien regalado...

(Y los dedos de Fernán-Gómez, apretados en un haz tenso, se apoyan en sus labios con gesto de chaval sorprendido en una trastada.)

### UN SIMPLE DESAHOGO

Tan apenado está Fernán-Gómez con este recuerdo, que es preciso distraer su atención.)

CASTELLANOS.—¿Por qué escribió «A Roma por algo»?

FERNAN-GOMEZ.—(Con aire de disculpa.) Sólo como desahogo.

HOLGADO.—Desahogo, ¿de qué?

FERNAN-GOMEZ.—Estaba en Roma haciendo una película. Me encontraba solo y me aburría mucho. No tenía sueño. Y en vez de dormir, hacía versos.

DUBERT.—¿Le parecen buenos o malos sus poemas?

FERNAN-GOMEZ.—Yo de eso no entiendo mucho...

HOLGADO.—Alguno habrá que le guste más que los otros...

FERNAN-GOMEZ.—(Con caridad de padre.) Bueno; eso, sí. Yo prefiero «Roma» y «Las hijas de la marquesa».

CASTELLANOS.—¿Y «El millagro»?

FERNAN-GOMEZ.—Iba a decirlo. Pero como es el que le gusta a todo el mundo, andaba buscando otro. «Roma» es el primero y no hay quien se acuerde de él. En cambio, «Las hijas de la marquesa» sí tienen admiradores.

DUBERT.—¿Qué poetas prefieren?

FERNAN-GOMEZ.—Yo en esahago muchos distingos. Así, resumiendo, de los muertos de ahora prefiero a César Vallejo y a García Lorca. De los vivos, a Cernuda y Alexandre. Los libros importantes de todos los tiempos me gustan al principio. Luego no soy capaz de terminarlos.

HOLGADO.—Cite usted algún ejemplo

FERNAN-GOMEZ.—El «Faustón». Siempre me pierdo en la noche de Walpurgis... Otro libro que tampoco he terminado de leer es la «Iliada». No encuentro motivo para seguir.

CASTELLANOS.—Forzado a escoger un poema en concreto, ¿cuál citaría?

FERNAN-GOMEZ.—Una vez dije «Las coplas de Jorge Manrique» y se rieron. Pero si ustedes no se rien, lo vuelvo a decir ahora. No me vayan a obligar a citar las «Rimas» de Bécquer o a Gabriel y Galán. Bueno; nombrar a Berceo, que no me gusta, pero queda bien.

### EL SURREALISMO Y EL TEATRO

(A Fernán-Gómez le gusta la ginebra. Cuando se termina, recurre al coñac. Fumar sin cansano. Las persianas, bajas, mantienen la habitación casi en la penumbra.)

DUBERT.—En sus versos hay maneras surrealistas. ¿Le gusta a usted el surrealismo?

FERNAN-GOMEZ.—Es una de las formas de expresión poética que más de divierten. Sobre todo en Andrés Bretón y en los fundadores.

DUBERT.—¿Cree usted viable el surrealismo en el teatro?

FERNAN-GOMEZ.—Yo, sí. Lo que no puedo vaticinar es cómo le sentaría al público español.

(El gesto dice lo contrario. A juzgar por él, Fernán-Gómez cree que al público medio le sentaría mal. La conversación se ha ido acercando a la actividad teatral. Desde ahora se encarrilará por ahí.)

HOLGADO.—¿Se interpreta igual en el cine que en el teatro?

FERNAN-GOMEZ.—Hay pequeñas diferencias técnicas. Pero, en el fondo, es lo mismo. El cine tiene la ventaja de que luego se puede ver uno. Además, no hay público mientras uno trabaja. La gente, en el teatro, cohibe.

CASTELLANOS.—¿No es, precisamente, la colaboración entre el público y el actor lo que caracteriza las representaciones dramáticas?

FERNAN-GOMEZ.—Eso depende de la obra. La revista, por ejemplo, está inventada para que se mezcle todo el mundo. Hay, en cambio, obras de Ibsen que parecen escritas para representarlas en pleno aislamiento. El espectador hace ruido. La pureza se conserva más en el cine.

HOLGADO.—¿Qué interpretación suya le gusta más?

FERNAN-GOMEZ.—Dejemos a un lado el teatro que yo no he visto nunca. En el cine, de cuarenta y seis películas que me hecho, hay cinco o seis que me satisfacen. Me encuentro bien en ellas. Interpretación buena es la de «Don Quijote», de Rivelles. Para el público, creo que mis mejores interpretaciones han sido «Balarrasa», en cine, y el protagonista de «La vida en un block», en teatro.

CASTELLANOS.—¿Y para tu gusto personal?

FERNAN-GOMEZ.—«El capitán Veneno», como película. En teatro, el personaje central de «La Mandrágora», una de las obras que hice en el teatro de ensayo del Instituto Italiano de Cultura.

### LA DIFICULTAD DE DECIR «PIPIRINDOY»

(Fernán-Gómez busca en el repertorio de nuestros saineteros

alguna obra que le vaya bien a su temperamento.)

FERNAN-GOMEZ.—Estoy deseando montar una obra fácil de Muñoz Seca o de Arniches. Pero con Arniches es imposible contar. Está metido demasiado en sus modismos. Yo, por ejemplo, no sé cómo debe decir un actor la palabra «pipirindoy». Y como ésta hay muchas.

CASTELLANOS.—¿Por qué no llevas obras de Jardiel?

FERNAN-GOMEZ.—El teatro de Jardiel Poncela ha pasado de moda de la noche a la mañana. Ha servido para abrir nuevos caminos. Pero él ha sido, digamoslo así, un poco la víctima de todo eso. Le debo mucho. Por eso me apena decir que hoy su teatro ha pasado.

DUBERT.—¿No tiene alguna razón más para no incluirlas en su repertorio?

FERNAN-GOMEZ.—Bueno. Ahora me veo obligado a hacer obras de protagonista. Las de Jardiel están escritas para una compañía entera.

HOLGADO.—Usted tiene algo así como varias personalidades. Entre ellas, ¿cuál prefiere?

FERNAN-GOMEZ.—Yo reconozco que debía decir que prefiero lo que mejor me sale, porque, si no, resulta que prefiero aquello para lo que no valgo. Escribir no me gusta. Ahora que cuando me decido a hacerlo es cuando mejor lo paso.

CASTELLANOS.—¿Te resulto difícil el papel de torero intelectual que haces en «El caso del señor vestido de violeta»?

FERNAN-GOMEZ.—Mucho. No estoy muy conforme con la situación. Como lector, sí; pero como actor, surgen las dificultades.

### PLATON SIN PLATON, O EL TRUCO DE LOS TEATROS DE ENSAYO

(La última obra que Fernán-Gómez hizo en Madrid antes de salir para su jira veraniega fue «La torre sobre el gallinero». A él le gustó su papel y la comedia entera.)

DUBERT.—¿Y el público? ¿Oómo reaccionó?

FERNAN-GOMEZ.—Al público que iba le gustó mucho. Lo malo es que iba muy poco.

HOLGADO.—¿Qué opinión le merece el público corriente de teatro?

FERNAN-GOMEZ.—Muy triste. Entre todos los factores que intervienen en la situación actual, el peor es el público. Los futbolistas tienen más suerte. Cualquier espectador de un partido le ha pegado patadas a un balón y sabe lo que es un penalty. En los toros, hasta el menos aficionado sabe lo que es una verónica. En cambio, el público medio de teatro está desorientado. No sabe distinguir entre lo difícil y lo sencillo.

CASTELLANOS.—¿Y el público de teatro de ensayo?

FERNAN-GOMEZ.—Ese sabe más; pero también le engañan. No es que esto pase siempre. Sin embargo, hay un truco de éxito seguro: se anuncian los «Diálogos de Platón». Luego se da otra cosa sin Platón y sin «Diálogos». Y el público se va contentísimo.

HOLGADO.—¿Se dan muchos estos escamoteos?

FERNAN-GOMEZ.—Alguna



Las dos expresiones, bastante elocuentes, de Fernán-Gómez

vez. Se suele conservar el nombre de la obra y dar, en cambio, un «veaudeville».

**DUBERT.**—¿Qué opina del neoramballismo?

**FERNAN-GOMEZ.**— De momento, me parece muy bien el término. Es el extremo opuesto al teatro de visitas que ha padecido el teatro últimamente. Está bien siempre que se aplique sobre obras originales, en lugar de adaptar libremente... Y siempre que el protagonista no sea el escenario en sí.

#### LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PRIMER ACTOR

(Mas de una vez, cuando empezaba, le negaron a Fernán-Gómez posibilidades de triunfo precisamente por su figura. A él le gusta recordarlo.)

**HOLGADO.**— ¿Influyen en el actor las condiciones físicas?

**FERNAN-GOMEZ.**— Naturalmente. A mí me dijo una vez Bonafé que no sería nunca nada en el teatro por delgado y desgarrado...

**CASTELLANOS.**—Pero él también era así.

**FERNAN-GOMEZ.**—Y se creía que para superar su «handicap» tuvo que poner mucho talento. Un talento que en mí, un chaval, no veía.

(Se habla ahora de los grandes personajes del teatro mundial. Fernán-Gómez opina que Hamlet y Edipo deberían hacerlos, como demostración de capacidad, todos los actores alguna vez en su vida.)

**FERNAN-GOMEZ.**— Yo pondría esta prueba como reválida obligatoria. Dentro del teatro moderno también sería necesario interpretar obras de envergadura. El «Enrique IV», de Pirandello, o «Pigmalión», de Bernard Shaw.

**DUBERT.**—¿Algún fracaso en algo personal o artístico?

**FERNAN-GOMEZ.**— Tengo pensado un libro que se titularía «Historia de mis fracasos». Voy a hablar ahora de uno profesional. Hace tres o cuatro años estrené una obra mía en un acto: «Marido y medio». Aquí, en Madrid, la hizo una compañía en que no actuaba yo. Pero en Valencia la representé personalmente. Entonces la sesión terminó en catástrofe.

#### EL GIJÓN, VIEJO LUGAR DE TERTULIA

(Fernán-Gómez ha creado un premio literario: el Premio Café de Gijón. El es allí tertuliano viejo, desde allá por 1940. García Nieto, Buero, Ruiz Iriarte son buenos amigos suyos de allí. A él le gusta la tertulia, en especial con gente de letras.)

**FERNAN-GOMEZ.**—No es que yo no me encuentre contento entre gente de teatro. Pero, para descansar, al final de la jornada, siempre está bien cambiar de tema.

**HOLGADO.**—¿Tiene usted hijos?

**FERNAN-GOMEZ.**—Dos: una chica de siete años y un chico de ocho.

**CASTELLANOS.**—¿Le gustaría que fueran actores?

**FERNAN-GOMEZ.**—Me gustaría que siguieran su vocación. Eso sí, me daría pena que se hicieran ingenieros. Es lo que quiere todo el mundo. Parece que no hay nada más importante que hacer en esta vida.

**DUBERT.**—Volviendo al Café Gijón: ¿Qué es lo que más le gusta de él?

**FERNAN-GOMEZ.**— Su ambiente de camaradería e intercambio. Los fundadores ahora vemos con nostalgia que se ha hecho aquello demasiado grande. Ahora es una especie de Ateneo.

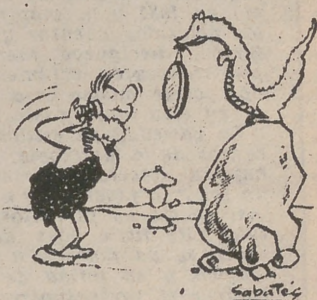
(La tarde se termina. La conversación, también. Al salir, la vista de Holgado se posa en las novelas de Salgari. Fernán-Gómez, sobre la marcha, aclara.)

**FERNAN-GOMEZ.**— Las conservo desde que era chaval. En mí tienen una influencia enorme. La segunda película que hice, «El mensaje», está inspirada en el fondo por el modo de sentir de don Emilio. Yo a las personas importantes les digo que se notan las maneras del Indio Fernández. Pero, de verdad, es Salgari el inspirador.

(Fotografías de Mora.)



¡HÁGALO CON "KRON-VEST"!



Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de aletas KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación con curso. Solicítelo a su proveedor.

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# EL TESORO DE ESCRIBNER

(VEINTIDOS CUENTOS CLASICOS)

## ANTOLOGIA

EN esta notabilísima antología la editorial Scribner ha incluido una serie de cuentos considerados como clásicos en la literatura americana, y que gozaron del inmediato favor del público en el momento de su publicación.

La más antigua de estas historias apareció en 1831 y la más reciente en 1932. De los veintidos cuentos que componen el volumen, diecinueve fueron publicados por primera vez en volúmenes separados, editados por la misma casa que hoy los presenta en esta inmejorable obra de conjunto.

La variedad de estilos es uno de los encantos de la antología. En muchos de ellos hay un sincero sentimentalismo, junto con un sabor a juventud y una gran ingenuidad. Así ocurre en la historia que lleva por título «My little boy», de Carl Edward. En otras se da margen a lo fantástico, a lo mágico, y en forma de superstición se introduce el presentimiento de lo fatal. Este es el caso del cuento de John Galsworthy titulado «The apple tree» (El manzano).

Además de estas historias hemos seleccionado otras dos de muy diferente carácter. «Haircut» (Corte de pelo), de Ring Lardner, puro aguafuerte de tipismo, y «The consul» (El cónsul), por Richard Harding Davis, estrictamente clásico en la forma.

La editorial ha querido presentar cada historia con una nota sobre la vida del autor y algunos detalles acerca de las circunstancias de la primera publicación de la obra. Una introducción general presta unidad al volumen.

The Scribner treasury, 22 Classic tales New-York, Charles Scribner's sons, 1953, 689 páginas.

## M I C H I C O

Por Carl EDWARD

MI chico está empezando a vivir. Cuidadosamente, cayendo aquí y allí, camina sobre las losas del pavimento, mira a todo lo que haya que mirar y muerde manzanas de las dos clases: las que debe morder y las que le están prohibidas.

No es un niño guapo, pero es encantador. Su cara puede iluminarse repentinamente y volverse radiante. Tiene una intuición muy fuerte y es incorruptible. Nunca ha cambiado un beso por un caramelo. Tiene simpatías y antipatías muy marcadas.

Y posee una costumbre que me encanta. Cuando estamos paseando juntos y hay algo que le impresiona, suelta mi mano un momento... Después, cuando ha investigado el fenómeno y llegado a un resultado, siento su manecita en la mía de nuevo.

Tiene también malas costumbres. Por ejemplo, está siempre dispuesto para, repen-

tinamente y sin el más ligero motivo, dirigirse a la gente que se tropieza en la calle y pegarles con su bastoncito. No sé qué es lo que pasará por su cabeza cuando hace eso, pero al no pegarme a mí debo suponer que existe alguna cuestión particular entre él y dichas personas.

Posee el extraño truco de coger las palabras de una conversación entre personas mayores, retenerlas durante un rato y después preguntarme para que se lo explique:

—Padre —dice—. ¿Qué es la vida?

Le doy un cachete en el estomaguito, le hago rodar sobre la alfombra y contengo mi emoción.

Entonces, cuando nos sentimos cansados y sin respiración, le contesto gravemente:

—La vida es deliciosa, mi niño. No la tengas miedo.

El niño entra en mi habitación y me dice con una cara muy larga que Juan ha muerto. Damos todo de lado y nos apresuramos a tomar el tren para Klampenborg, sitio en el que Juan vivía.

Porque Juan era el perro más grande que haya existido nunca.

Una vez mordió a un muchacho que todavía anda cojo. Y otra vez mordió a su propio amo. Miraba de tal manera y abría la boca de tal forma, que no había visión más horrible en el mundo entero. Sin embargo, era lo mejor de lo mejor: mi hijo podía meter la mano en la boca, montarse en su lomo y tirarle del rabo.

Cuando llegamos allí nos enteramos que Juan estaba ya enterrado.

No podíamos entenderlo. Nos sentimos y nos contamos el uno al otro todas las historias que sabemos de Juan.

Al fin, tomamos el tren para ir a casa.

En el compartimento, otro caballero quería hacerse amigo del niño. Pero el niño no está para hablar con el amable señor. Sólo quiere mirar por la ventana.

Sus ojos se encienden al ver algunas chimeneas altas.

—Allí es donde han enterrado a Juan—dice.

—Sí.

El paisaje desfila. El niño sólo puede pensar en «eso» y puede ver solamente «eso». Y cuando aparecen otras chimeneas, dice otra vez:

—Allí es donde Juan ha sido enterrado.

—No, amiguito —le dice el caballero—, eso fue allí.

Yo reafirmo al chico en su idea y me llevo al señor al otro extremo del pasillo y le cuento el estado moral del niño. Le digo que Juan, un perro, ha muerto.

—Lo importante no es el «perro», ¿entiende usted? Lo importante es la idea de «muerte», con la que él se enfrenta por primera vez.

Todas las pequeñas peripecias de la vida del niño se recogen aquí. El pequeño tiene un amigo, Einar. Einar y él son inseparables: juntos juegan, juntos permanecen sentados pensando... Cuando el niño vuelve a casa no tiene otra conversación: Einar ha dicho, Einar ha hecho, Einar piensa...

Pero la escarlatina empieza a hacer estragos en la pequeña banda de amigos. Uno a uno van des-

## THE SCRIBNER TREASURY

THE PERFECT TRIBUTE by Mary Raymond Shipman Andrews  
THE LADY, OR THE TIGER by Frank R. Stockton  
THE APPLE TREE by John Galsworthy  
HAIRCUT by Ring Lardner  
FAREWELL MISS JULIE LOGAN by Sir James M. Barrie  
THE MASTER OF THE INN by Robert Herrick  
MADAME DELPHINE by George W. Cable  
MADAME DE TRAYNES by Edith Wharton  
THE TRAWLER by James B. Connolly  
MY LITTLE BOY by Carl Edward  
AND TWELVE OTHER STORIES

apareciendo. Cuando el turno les llega, los niños se ven aislados, nadie puede visitarles si no es la propia madre. A los demás niños les está formalmente prohibido el aparecer por allí. Y he aquí que el pequeño protagonista le hace una promesa a Einar: si cae enfermo él irá a verle a pesar de todo.

Cuando Einar se ve atacado por la fiebre y el niño se agita pensando que no le va a ser posible guardar la promesa, es el mismo padre el que le lleva de la mano hasta la habitación del enfermo, aun con riesgo de la salud del pequeño. La promesa queda cumplida.

Y el niño va aprendiendo.

¡Cuántos pequeños problemas en la vida del hijo! El niño tiene su pequeña amiga, su «novia». Ella es la compañera inseparable. ¿Se debe o no se debe aceptar la venida de la pequeña Dirty a la familia? He aquí el problema. Dirty queda simpáticamente, comprensivamente aceptada.

Pero también el niño presenta problemas de otra índole: llega el día de su primer delito, de su primer pequeño robo. Y entonces se repara la falta de una manera suave, sin que el niño tenga ocasión de saber del amargo perdón, y sí de la alegría de reparar una falta sin que nadie se entere... a no ser el padre.

Hasta que, finalmente, el niño queda perdido para el padre. El niño tiene que empezar a asistir al colegio, a aprender otras cosas de las que hasta ahora aprendió. El padre sabe que su papel desde este momento pasa a un segundo plano de importancia.

Y termina su relato.

## EL MANZANO

Por John GALSWORDY

FRANK Ashurst y su mujer se disponen a conmemorar sus bodas de plata y se dirigen para ello hacia la ciudad en donde se conocieron hace exactamente veintiséis años. Por el camino deciden hacer alto y almorzar allí mismo sobre la hierba de un bellissimo valle.

Frank, distraído, apenas se da cuenta en un principio de dónde se encuentra. Las formas de la naturaleza en aquel lugar no le son sin embargo del todo desconocidas. Y poco a poco una historia por él vivida en aquel sitio, cuyo único testigo es ya el manzano que contempla, va volviendo a su memoria.

Si. Hacía ya veintiséis años que una mañana su compañero Robert Garton y él mismo se dirigen desde Brent a Changford. Faltaban todavía siete millas para llegar al punto de destino cuando Frank comprendió que su rodilla le impedía dar ni un paso más. Del apuro vino a sacarles la aparición de una linda muchacha, que les ofreció guiarles hasta la granja que su tía poseía en aquellas proximidades.

La estancia en la granja se prolongó más de lo que ellos pensaron en un principio. En aquel ambiente de acogedora rusticidad Frank se siente a sus anchas. Y la trayectoria de sus sentimientos no es difícil de adivinar desde un principio. Los encantos de Megan, la sobrina de la granjera, le han ganado. Y una tarde, sin razón que lo explique ante sí mismo, besa a Megan.

Pero la historia del corazón de Megan era diferente. La muchacha no obraba solamente a impulsos de una pasajera atracción. Megan amaba a Frank. Bajo la sombra del manzano, donde se cobijaron una noche, Frank aprendió de aquel amor de Megan.

—Moriría si no pudiera estar contigo.

En aquel momento el diálogo quedó interrumpido por el grito de la muchacha: unos metros más allá ella había vislumbrado la visión que, según la tradición del país, precedía a todas las desgracias.

La fuga quedó proyectada aquella misma noche. Uno de los puntos del programa dejaba sentado que Frank marcharía primero a la más próxima ciudad para adquirir vestidos para Megan y cambiar algunos cheques de los que había de tener necesidad...

Con este pensamiento salió Frank de la gran-

ja... para no volver, aunque en aquel momento él no lo supusiera así.

Ya en la ciudad encuentra a un viejo amigo, que le invita a almorzar y le presenta a sus tres hermanas, entre ellas una de diecisiete años, la misma edad de Megan. La estancia en la casa del amigo se alarga más y más. Poco a poco la imagen de Megan va borrándose de su imaginación y de su conciencia.

Al año se encuentra casado con la hermana del amigo.

Es el día de sus bodas de plata cuando el destino le lleva a saber el final desastroso de aquella historia tantos años antes vivida.

Un viejo habitante de la granja, todavía vivo, le explica el significado de la tumba que hay cerca de la carretera y la historia de la muchacha que yace debajo de ella, aun cuando en el momento de la muerte ella misma dispusiera que se la enterrara debajo del manzano.

## EL CONSUL

Por Richard H. DAVIS

MISTER Marshall era cónsul en Porto Baños, ciudad de la República de Colombia. Anciano de una dignidad sobrecogedora, mister Marshall había pasado antes por todos los puestos de responsabilidad en la carrera diplomática.

En este momento, debido a que su vejez rebajaba en cierto modo sus méritos, se le había destinado a aquella ciudad, en donde el movimiento diplomático e intelectual era casi nulo.

Pero la figura del cónsul no desmerecía por ello en prestigio. Hasta la vida de los ciudadanos de Porto Baños se vio influida por la actitud del cónsul. Su cuidadoso aspecto personal, su vida de orden hizo recapacitar y avergonzarse a mucha gente joven y vieja, que pronto desearon que la opinión del viejo cónsul respecto a ellos fuera la mejor posible.

Al puerto de Porto Baños arribó un día el «Serapis». Con su propietario, el joven Herbert Livingstone, venía el omnipotente político senador Hanley. Marshall había oído decir de Hanley que hacía y deshacía reyes a su placer, y que sus jugadas políticas eran peligrosas y astutas. El cónsul acude, sin embargo, a recibir a los viajeros. Cumple estrictamente con sus deberes de anfitrión y aun hace advertencias al alegre grupo que viaja con Hanley acerca de las reglas del trópico.

El grupo trata de hacer una excursión hasta el próximo puerto de Las Bocas, que, por haber sido el blanco de una peste bubónica, no ha mucho está bajo cuarentena, con la prohibición consiguiente para barcos de pasajeros y hasta correos, so pena de no poder volver a hacer puerto en ninguno de las Indias Occidentales y de América.

Insiste el cónsul en esta idea, y aun cuando no cree que los yates estén afectados por esta ley, advierte repetidas veces a los viajeros las molestias a que se exponen.

A pesar de todo la excursión se realiza, y he aquí por donde las advertencias del viejo cónsul estaban justificadas.

El Presidente de los Estados Unidos cablegrafía a Hanley: la orden es terminante y su vuelta es esperada en el Congreso. El senador debe dar por terminado su viaje de placer e incorporarse a las tareas del Gobierno.

Pero falta un pequeño detalle para que la salida de Porto Baños del senador sea posible. La autoridad competente inglesa exige que antes de zarpar se presente un certificado que asegure que el barco en cuestión no ha hecho puerto en Las Bocas.

Sencillo le parece a Hanley conseguir el certificado que debe ir firmado por el cónsul Marshall, y, sin embargo, el certificado no lo consigue. En el despacho del cónsul tiene lugar una violenta discusión. Marshall se niega a firmar algo totalmente falso. Y el senador abandona alado al anciano, no sin antes prometerle que le hará abandonar la plaza que ahora ocupa.

Antes de que la noche caiga se le anuncia al anciano que la ceremonia de abandonar su cargo de cónsul tendrá lugar aquella misma noche. Co-

mo cónsul tiene derecho a siete cañonazos: es un honor, pero Marshall sabe que en este caso ello no es sino una burla de parte de Hanley.

Uno tras otro los cañonazos van sonando. Cada uno es como un disparo al propio corazón del cónsul. Uno, dos, tres, cinco, siete..., pero no se interrumpen aquí los disparos, sino que siguen... nueve, once, ¡hasta trece!

¿Qué quería decir esto? ¿Era una broma tristísima? Pero no. Todo el mundo sonreía, sus amigos y hasta el mismo Hanley.

—¡Mister Marshall! —le gritó éste—. Nuestro Presidente tiene una gran fe en el juicio de Abraham Lincoln sobre los hombres. Y este saludo significa que él le ha nombrado a usted ministro en La Haya. Soy uno de esos políticos que cumplen su palabra. Le dije que le quitaría su sello de cónsul antes de la caída del sol y lo he cumplido!

## CORTE DE PELO

### Por Ring LARDNER

--USTED es nuevo en este pueblo. ¿no es verdad? Creo que no le he visto antes por aquí. Espero que le guste lo bastante como para quedarse. Esto no es como Nueva York City o Chicago, pero nos lo pasamos en grande. Desde luego no tanto como cuando vivía Jim Kendall. Cuando él vivía apuesto a que teníamos más juega aquí que en cualquier otra ciudad de este tamaño en toda América.

Jim era muy divertido, y Hod era de su caña. Se solían juerguear un rato los sábados. Caían por aquí inmediatamente después de cenar, alrededor de las seis. Jim se sentaba en esa silla, y quienquiera que estuviera sentado en ella se levantaba cuando él llegaba. Jim empezaba a pasear arriba y abajo y algunos sábados hasta se cortaba el pelo.

En ciertas ocasiones me decía:

«Whitey —mi nombre de verdad es Dick, pero todo el mundo por aquí me llama Whitey—, Whitey, tu nariz esta noche parece una berenjena, debes haber estado bebiendo tu horrible colonia.»

Todos los muchachos bramaban con sus chistes. ¡Este Jim era un punto!

Jim era representante de cosas en conserva. Solía viajar y en sus viajes tenía unas bromas estupendas. Si al pasar por un pueblo veía un rótulo que ponía «Henry Smith, comestibles», o algo por el estilo, apuntaba las señas y en la estación más próxima les dirigía una carta en estos términos: «Pregunte a su costilla quién impidió que se aburriera la última vez que usted estuvo en Carterville». Y firmaba: «Un amigo».

Claro que nunca supo qué era lo que «realmente» pasaba después de una de estas bromas. Pero imaginaba lo que «probablemente» pasaría, y esto le bastaba.

Todo el dinero que ganaba Jim haciendo alguna chapuza aquí y allá se iba en ginebra y cosas así. Hasta que su mujer cogió la costumbre de ir a pedir el dinero a las gentes para las que trabajaba su marido. Pero Jim era un rato listo. Cuando aprendió el truco empezó a cobrar por adelantado. ¡Era un punto!

Como todavía no estaba satisfecho con esto, decidió hacer algo más. Bueno, fíjese. Aguardó hasta que el Circo Evans vino por aquí y entonces dijo a su costilla y a los chicos que se arreglaran que les iba a llevar aquella misma tarde al circo. Y allí tiene usted a la mujer y los chicos esperando a la puerta del circo, mientras su marido se emborrachaba de ginebra en la taberna. Hasta que los chicos empezaron a berrear y ella a tirar de ellos, y el doctor Stair acertó a pasar por allí. Y cuando se enteró de lo que ocurría sacó él mismo las entradas y por fin fueron al circo. ¡Cómo se puso Jim Kendall!

Así, más, mucho más. ¡Era un punto...!

Hasta que un día el doctor Stair recibió una llamada telefónica. En el lago habían estado con una barca Jim y Paul, el tonto. Querían cazar patos y Jim pretendía que Paul tirara con su escopeta. Paul nunca había manejado una escopeta. Tiró y Jim cayó al fondo de la barca muerto.

Probablemente tenía merecido lo que le pasó. Pero aun así le echamos mucho de menos por aquí. ¿Le peino en seco o le mojo, señor?

# LIBERTAD Y OBEDIENCIA

PLANTEAR la cuestión «libertad y obediencia» en la esfera religiosa y sentar como punto de partida y de orientación permanente que «obedecer es necesario», que la insumisión ante los consejos — pues de esto y en el terreno no dogmático era en lo que cabía cambiar puntos de vista — es acto pecaminoso por temeridad o, al menos, por imprudencia, ha sido uno de los resultados más positivos de las Conversaciones Católicas de San Sebastián. Era, por otra parte, sumamente necesario, pues en la «crítica» de la vida, acción y pensamiento católicos hecha por católicos, los excesos, que con frecuencia se registran, pueden conducir y han conducido a muy amables actitudes y consecuencias. Pero la virtualidad del principio que ha informado las referidas Conversaciones Internacionales no aplica a nuestro juicio, su virtualidad en el área religiosa. Tiene también, salvadas las diferencias y distancias entre Estado e Iglesia, su aplicación a la vida y a la conducta de los miembros sociales en relación con la autoridad civil, con el orden político. También «es necesario obedecer» a la autoridad legítima en su origen y en su ejercicio. Para un católico esto no sólo tiene fundamento suficiente en los dictados de la recta razón que decantan con evidencia la radical incapacidad de la sociedad aun para subsistir sin autoridad sino en la doctrina católica, claramente contenida en el Evangelio, en San Pablo, en los Santos Padres y en los teólogos de todas las escuelas.

No creemos que los testimonios «que nos referimos sobre la obediencia debida al Poder Civil que gobierna conforme a justicia y prudencia puedan estimarse obligatorios u obligantes únicamente en cuanto al acto puramente externo, de cumplimiento, como quien dice, «material» de lo ordenado e impuesto por la Ley. Es cierto que la autoridad civil no puede ordenar el asentimiento interno a las razones concretas que motivan sus determinaciones legislativas o simplemente dispositivas, entre otras causas, porque — como autoridad humana — no dispone de medios para el control de la existencia o no existencia de este asentimiento interior y porque el área de su cometido directo está naturalmente limitada a la acción exterior de los ciudadanos. Pero existen otras normas de origen más alto, cual es el derecho natural, que, en principio, nos obligan; en conciencia, a esta obediencia, incluso interior, pues el no asentimiento voluntario a las mismas y a sus aplicaciones concretas correctas y adecuadas a tiempo, lugar y personas, implicaría ya en sí mismo un desorden moral desde todos los puntos de vista. Por añadidura, la sumisión puramente material a la autoridad justa y legítima no parece conjugarse debidamente con el hecho, perfectamente definido en la doctrina católica, de tener esta autoridad su origen en Dios y de ser ministro, representante de Dios en el gobierno del pueblo. Hay que tener muy en cuenta al tratar de esta cuestión que el hombre, el individuo, ha de conseguir su fin último también dentro del «cuerpo social», de la «civitas», y que su cooperación a que ésta pueda alcanzar sus fines — que no son sólo materiales — no puede descansar exclusivamente en una aportación como si dijéramos deshumanizada, sin ese ánimo o sincero sentir interno que dé eficacia y dignidad a sus actos; sin esa inserción de la voluntad propia — libre pero obediente — en ese orden que Dios ha querido para el hombre, para los pueblos y para el mundo.

No se nos oculta que este entendimiento de la obediencia y de la libertad individual en relación con la autoridad civil, particularmente cuando se trata de un Estado católico de derecho y de hecho, requiere y exige otras e importantes puntualizaciones. Pero estimamos que señala un camino por el que convendría adentrarse con seriedad y honradez intelectual. Ya San Agustín decía, a este respecto, que la obediencia del súbdito debía producirse no sólo «propter tram», sino principalmente «propter conscientiam».



## DECLARACIONES DEL MINISTRO PORTUGUES DE NEGOCIOS EXTRANJEROS, ESPECIALES Y EXCLUSIVAS PARA "EL ESPAÑOL"

# EL ESTADO PORTUGUES DE LA INDIA NO ES NADA QUE SE PAREZCA A UNA COLONIA

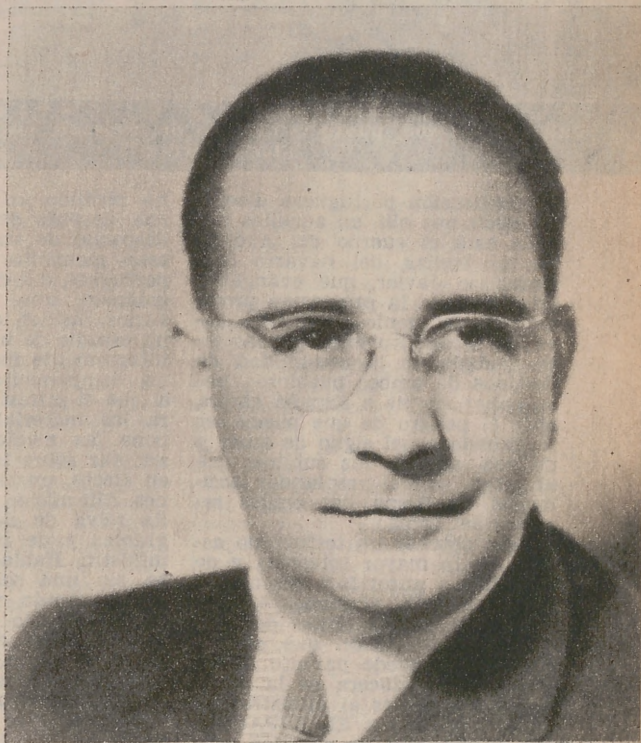
### EL MUNDO LIBRE NO PUEDE PERMANECER INDIFERENTE ANTE LA CREACION DE ESTA PELIGROSA TENSION EN EL AREA ASIATICA

EN una carta publicada hace unos días en un periódico inglés se decía que el Pandit-Nehru había encontrado la horma de su zapato en Salazar. Esta frase es exacta. Seguramente el líder hindú, cuando dió el visto bueno a la agresión de que ha sido objeto la India portuguesa por gentes de dudosa filiación, no sospechaba que Portugal reaccionase como lo ha hecho, poniéndose en vilo, ni que esta noble nación no estaba sola.

Estos días estamos asistiendo en Portugal a una auténtica movilización general del sentimiento patriótico. Los periódicos están atestados de noticias sobre manifestaciones populares celebradas en los pueblos más lejanos del país y también sobre manifestaciones entusiastas que las colonias portuguesas han organizado en los más diversos puntos del globo, e incluso en las mismas puertas de la India, en Karachi. Los telegramas de adhesión a la causa portuguesa se amontonan en los despachos oficiales de Lisboa y son ya muchas las naciones—incluido el Estado Vaticano—las que han expresado públicamente su condena moral de la conducta seguida por la Unión India.

Si en todo Portugal se advierte una formidable tensión patriótica y una firme decisión de no ceder a la fuerza, a ningún precio, por las noticias que hasta nosotros llegan de Goa, Damao y Diu sabemos que idéntica tensión y la misma resolución reina entre las poblaciones de estos enclaves portugueses, repitiéndose las manijes aciones de lealtad a Portugal y el alud de telegramas entusiastas.

En el momento de redactar estas líneas se sigue combatiendo en el enclave de Nagar-Aveli, que podría convertirse en un heroico Dien-Bien-Fu lusitano, y que ya tiene su coronel De Castries en el teniente Marinho Falcao. Y en todas partes se velan las armas para el día 15, fecha en que es á anunciada la «penetración pacífica» de los «voluntarios» que capitanea Mascarenhas, un traídor que durante la pasada guerra colaboró con los joponeses y que despues se convirtió en el rey del mercado negro de Bombay. Millares de volunta-



Don Pablo Cunha, ministro portugués de Negocios Extranjeros

rios afluyen de todas partes, dentro y fuera de Portugal, para combatir al lado de las fuerzas expedicionarias que están en camino, y ya el gobernador general de Goa, general Paulo Bernard Guedes, ha dicho que Goa, Damao y Diu serán defendidos por todos los medios.

Si; el Pandit Nehru ha tropezado esta vez con una nación a la que nadie logró nunca intimidar y con un hombre, Salazar, cuya fuerza moral y cuyo prestigio en el mundo servirán de gran caja de resonancia a la causa de la justicia y de la razón, que siempre ha defendido para Portugal y para todos los pueblos del mundo.

## PORTUGAL APRECIA Y ESTIMA LA ACTITUD ESPAÑOLA

EL ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, profesor Paulo Cunha, ha tenido la gentileza de hacer a EL ESPAÑOL unas declaraciones, especiales y exclusivas, sobre el problema planteado en la India portuguesa a consecuencia de la agresión perpetrada contra algunos enclaves del distrito de Damao. No es necesario encarecer la importancia que en estos momentos adquieren las palabras pronunciadas por el ilustre ministro del

Gobierno de Salazar, inteligente, seguro y firme conductor de la política exterior lusitana, esclareciendo una situación que preocupa al mundo entero y que en España ha tenido ecos de fraterna, inmediata y auténtica solidaridad, manifestada por el Gobierno y por el pueblo, a raíz de iniciarse los acontecimientos. Adelantada, fervorosa y sincera, de esta expresión de solidaridad del mundo civilizado con la valerosa y ejemplar actitud portuguesa, Es-

paña —que no se limita a lamentar los vergonzosos hechos acaecidos en la India, sino que los califica y manifiesta de manera categórica e inequívoca, es decir, a la española, su adhesión a las razones que fundamentan la posición de Portugal—, España, repetimos, sigue con el más vivo interés los acontecimientos que se suceden en aquellas tierras lejanas de un Oriente que tiene cruces y reza a Jesucristo, por obra y gracia de cuatro siglos y medio



Catedral de Goa, punto estratégico de occidente en el hemisferio oriental

de civilización portuguesa. Bastaría decir que allí, en aquellas tierras, está el cuerpo del Apóstol de las Indias, del navarro San Francisco Javier, que evangelizó en Asia bajo la protección providencial del genio ecuménico lusitano —constituyendo el más alto ejemplo de la comunidad de destinos de ambos pueblos—, para poner en pie a España entera ante el peligro de que pueda ser profanado aquel signo de amor y de paz, aquella luz sublime que alumbraba, con el resplandor occidental de Roma, las orillas remotas del Indico.

Para obtener un testimonio actual, de la mayor solvencia y de la máxima autoridad, sobre esta grave cuestión, acudimos al doctor Paulo Cunha. Antes de relatar la conversación que con él sostuvimos, quede patente la expresión más sincera de la gratitud que debemos al ministro por haber dedicado a EL ESPAÑOL, con expresiones de singular simpatía y cordialidad, una hora larga de las muchas que hoy requieren, a lo largo de jornadas agotadoras e inacabables, su atención y su esfuerzo.

El profesor Paulo Cunha nos

ha recibido un domingo, de noche, después de la cena y en su despacho de trabajo. No hay en estos momentos, para el ministro portugués, día de descanso. En su gabinete, una mesa enorme de varios metros, como la mesa de un estudio de ingeniería, cubierta íntegramente de papeles, es como un campamento documental en el que el ministro estudia, prepara los materiales urgentes, dispone las medidas que hay que adoptar sobre la marcha. Parece, en efecto, un campo de operaciones. Allí mismo, al borde de aquella selva de despachos, de telegramas y de informes, habla el ministro. Habla sin una sola nota, sin una sola pauta, en una charla rápida, viva, llena de autenticidad. No hay tiempo para otra cosa. Su expresión no obstante, es de una admirable claridad, de un rigor y de un poder de síntesis extraordinarios:

—Diga, antes que nada, que me complace el tener una nueva oportunidad de expresar el reconocimiento profundo del Gobierno de Portugal y de la nación entera, por la actitud de España. Ya quedó bien patente esta expresión en la nota facilitada por

mi Departamento, dando cuenta de la comunicación transmitida por el Gobierno español a nuestro embajador en Madrid y recuerdo, además, las palabras que dirigí al Ministro, señor Artajo, con aquel motivo: «Aprecio y estimo la proverbial caballerosidad española.» Son palabras breves, pero les aseguro que tienen un significado y un alcance mayor que el de otros muchos o comunicados más largos. Quiero, lo primero, de todo, repetir, dejar bien sentado que este

hecho de la amistosa caballerosidad de España y de la impresión que esa actitud ha producido a la nación portuguesa.

—El Gobierno de Nueva Delhi —decimos al ministro— ha aludido en algunas ocasiones a las razones políticas, geográficas y económicas en que fundamenta la reivindicación de la India portuguesa. ¿Tiene S. E. la amabilidad de exponer su punto de vista sobre estas razones supuestas, a las que contestó el presidente del Consejo, doctor Oliveira Salazar, en su discurso del 10 de julio de 1953, y que también refutó brillantemente el profesor Gonçalves Pereira en su estudio «My personal deposition in the case of Goa»?

—Evidentemente, los propios textos aducidos en su pregunta dan ya respuesta cabal a la misma. Pero diré aún lo que, a mi entender, resume mejor las características de la cuestión. Las reivindicaciones de la Unión India son, pura y simplemente, reivindicaciones imposibles, en cuanto carecen de cualquier fundamento aceptable. Estas llamadas reivindicaciones se resumen de la siguiente manera: puesto que la Península indostánica forma un conjunto geográfico, el Estado de mayor extensión territorial, dentro de los que en ella están constituidos, debe absorber la totalidad de los territorios. Es decir, porque la Península indostánica forma, geográficamente, un todo, todo ha de pertenecer a un Estado. Como usted comprenderá, se ve inmediatamente que se trata de un mero pretexto, de un pretexto falso y no de un argumento que pueda considerarse seriamente. Si considerásemos como razonable tan absurda teoría, sería necesario, indudablemente, reformar el globo terrestre. Europa debería ser un solo Estado, América otro y así habría que proceder a lo largo y lo ancho de la geografía universal. Por el contrario, las realidades históricas, espirituales, culturales, etc., son no sólo realidades existentes, sino las realidades sustanciales que representan el fundamento de la civilización. Lo que hace grande a Europa, lo que le da toda su importancia decisiva en la historia del mundo, es su diversidad. No vale la pena citar países concretos. Se trata de imposiciones del genio humano, a través de los siglos, no de imposiciones geográficas. En la Península indostánica hay razas y credos diferentes, hechos notoriamente diferenciados en nuestro caso, desde el siglo XVI. No tiene lugar a dudas: la Unión India no tiene razón, tiene, simplemente, ambición. No puede alegar razones políticas válidas de ninguna especie.

La torpe argumentación de Nueva Delhi —continúa el ministro— se mezcla a veces con ciertas alegaciones de un determinado anticolonialismo que está hoy vigente en el mundo. Quiero adelantarle a usted que la ambición de la Unión India no tiene nada que ver con tales tendencias. El movimiento anticolonialista pretende autonomizar determinados territorios, pero lo que el Gobierno de Nueva Delhi propugna es transferir la soberanía de una manera total y radical. No se trata para nada de alegaciones que

Con poco gasto...

será una mujer elegante siguiendo el

CURSO

Fémina

DE CORTE Y CONFECCION

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia



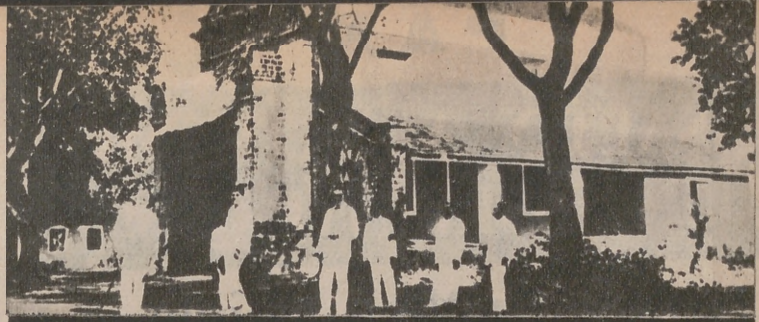
pudieran incluirse en las expresiones de libertad contenidas en dichas tendencias anticolonialistas. Se trata de la simple anexión del territorio y población de un Estado a otro Estado.

—Precisamente ese aspecto de la cuestión —decimos al profesor Paulo Cunha— tiene un interés extraordinario puesto que, propagandísticamente, la Unión India ha difundido la idea de que Portugal mantiene en dichos territorios o provincias de Ultramar una situación puramente colonial. ¿Querria, señor ministro, establecer la diferencia que existe entre los regimenes coloniales todavía subsistentes y la situación de la India portuguesa en el marco de las provincias ultramarinas, de conformidad con el Acta Colonial?

—Es nítido —responde con rapidez el ministro— que el Estado portugués de la India no es nada que se parezca a una colonia. Primero, desde hace siglos aquel Estado está considerado como haciendo parte de la Nación, parte del conjunto portugués, sin que existan las diferencias que son esenciales en todo fenómeno colonial. La colonia, a los ojos de cualquiera de las tendencias anticolonialistas a las que anteriormente me refería, es un territorio caracterizado por una población autóctona, con un grado de civilización inferior, sometida a otra de civilización superior. En nuestra India, aquella población es considerada, no hoy sino desde hace cientos de años, como una población igual a la del Portugal europeo. Igual, en todos los aspectos, en el de la cultura, en el de los derechos y deberes, en el de las posibilidades de acceso político a los cuadros de mando. Entre los portugueses nacidos allí y los nacidos en la Metrópoli, no hay diferencia de ningún género. Si miramos al mundo social y político portugués encontraremos infinidad de ciudadanos nacidos en el Estado de la India que ocupan posiciones de relieve en la magistratura, en la diplomacia, en la Universidad, en los más altos estamentos y organismos del país. Siempre están lado a lado, en plano de absoluta igualdad, los portugueses que nacen a orillas del Indico y los que nacen a orillas del Atlántico. Aquello es una provincia más de Portugal que tiene su representación propia, como todas ellas, en la Asamblea Nacional.

—Considerando que las provincias ultramarinas disfrutan de un Estatuto idéntico al de la Metrópoli, la agresión de que ha sido objeto la India portuguesa, ¿no afecta de alguna manera, jurídicamente hablando, a las obligaciones que para con Portugal han contraído las potencias signatarias del Pacto Atlántico?

—Esa pregunta —contesta nuestro interlocutor— precisa de algún esciarcimiento previo. Para los efectos de aplicación de las cláusulas del Pacto no interesa saber si cierto territorio pertenece a la Metrópoli o a las zonas ultramarinas, o si su Estatuto es igual o no al del resto de los otros territorios que componen un aglomerado nacional. Lo que interesa para la aplicación de la asistencia militar inmediata es mirar a la zona territorial que el propio Pacto define, y así se comprueba que para tal asistencia



Silvassa, sede administrativa del enclave Nágár Aveli, donde se desarrolla la lucha entre los llamados «libertadores» y las tropas portuguesas

militar sólo está comprendida la zona atlántica que da, justamente, nombre al Pacto. Lo que ocurre es que al lado de estas disposiciones sobre asistencia militar inmediata, el Pacto contiene otras que, esas sí, alcanzan a todos los territorios, estén donde estén. El artículo 4.º obliga, claramente, a consulta entre los signatarios, siempre que una de las partes se considere amenazada en su seguridad e integridad territorial en cualquier parte del mundo. Para la aplicación de dicho artículo 4.º es evidente que el Estado portugués de la India se encuentra incluido. Llamo su atención —continuó diciendo el ministro— para el comunicado de este Ministerio facilitado en el día de hoy (se refiere al que hace relación a determinados esclarecimientos sobre la actitud del Gobierno del Canadá), en el que se toca precisamente ese punto. Algunas agencias informativas se han referido a lo que el Gobierno portugués habría hecho ya ante la N. A. T. O., acerca de la agresión en la India. Usted sabe que lo que se trata en el Consejo del Atlántico es, por naturaleza, materia reservada y no puede divulgarse por los miembros del mismo; pero sin infringir esas obligaciones puedo decirle que, efectivamente, Portugal ya más de una vez ha hecho minucioso relato al Consejo de la N. A. T. O. de los hechos graves que están teniendo lugar en la India portuguesa. Encontramos, como era natural, en principio, la mayor simpatía y entendimos nuestra conveniencia abstenernos hasta este momento de otras iniciativas en relación con aquel organismo: no formulamos por ahora la «consulta» ante el Consejo de la N. A. T. O., que el artículo 4.º prevé y ni siquiera lo invocamos todavía.

—Queremos formular a S. E. una última pregunta. Estando amenazado por el comunismo to-

do el sureste de Asia, ¿tendría explicación el que el llamado mundo libre permaneciese indiferente ante la creación de una nueva tensión internacional en tan estratégica área?

—Tengo por evidente que el mundo libre no puede permanecer indiferente ante la creación de esta peligrosa tensión en el área asiática. Y, felizmente, ese mundo libre, lejos de permanecer indiferente, está manifestándose de manera cada vez más activa, demostrando su inquietud ante los hechos que Portugal está sufriendo. Esto ya es de dominio universal, siendo tantas las naciones que han exteriorizado su solidaridad con Portugal y su reprobación por la agresión de que es objeto. Está creado ya —añade el ministro— un verdadero estado de alarma. Y, para terminar, permítame no perder la ocasión que esta charla me brinda para reiterar la gratitud de Portugal ante esas manifestaciones de las naciones amigas, entre las que debo destacar el Brasil e Inglaterra. Respecto a España, quiero que sea la última palabra de nuestra conversación, lo mismo que fue la primera. Acabar, como empecé, manifestando la profunda gratitud de Portugal a España.

Y, ya en pie, en además de despedida, de punto final, el profesor Paulo Cunha me dice, con acento de emocionada cordialidad:

—Nuestros países han sido ya más de una vez buenos compañeros en diferentes campañas. Así han de continuar.

En la medianoche lisboeta —para los horarios portugueses, en la alta noche— queda la juvenil y docta tenacidad del profesor Paulo Cunha, enfrente del campamento de papeles trabajando sin pausa, sin tregua posible, en el servicio de la patria.

Xavier DE ECHARRI

Lisboa, agosto 1954.



Edificio del banco central de Nueva Gea, uno de los centros culturales más importantes del país

## ASALTO A EXTREMO ORIENTE

Por Luis María YAGÜE

Abad de Viaceli (Cóbrecas, Santander)



El reverendo padre Gabriel Sortais, abad de Cîteaux y general de los cistercienses de la Estrecha Observancia, visita a Franco con ocasión de su reciente estancia en España.

NO es un estrategia militar quien se pone a hablar con los lectores de EL ESPAÑOL. Sin embargo, tenemos un gran plan que comunicaros respecto del Extremo Oriente. No nos cabe la menor duda que los mandos militares de las partes contendientes en los asuntos de los países orientales han buscado con ansiedad las posibilidades estratégicas que son aprovechables en caso de un asalto sobre aquellas naciones. Todo se andará concibiendo. Pero a nosotros no nos cabe el honor de precisar nada definitivo sobre este punto. No poseemos ningún secreto, sensacional que lanzar al público español en orden a la estrategia militar. Lo único que sabemos es que se preparará un asalto sobre el Extremo Oriente. Tal vez parezca ingenua nuestra proposición en estos momentos que presenciarnos una retirada colosal en todos los sentidos. Sentido militar. Sentido religioso. Sentido independencia. Sentido comercial. Es un despero formidable del pueblo del sol. Pero el asalto se prepara. Se cuenta con una retaguardia decidida. Hay unos Cuarteles Generales bien elegidos. Una quinta columna silenciosa trabaja infatigablemente. Además hay un arma secreta. Los estrategas sienten una inquietud y apasionamiento incansables y se preparan esmeradamente. Es un asalto a la estrategia espiritual. Esta vez los asaltantes son unos prisioneros. Los prisioneros de Cristo.

Los monasterios cistercienses (vulgo trapenses) pasan a constituirse en Cuarteles Generales de un movimiento secreto y de envergadura en pro del Extremo Oriente. Os podemos asegurar que no hay posibilidad de contener el ímpetu arrollador de las huestes

que se adiestran en estos centros de formación. Los asaltantes de Oriente serán los monjes de blancas y rozagantes cogullas, los hijos de San Bernardo. Fue Pío XI—26 de junio de 1923—quien ordenó una preparación de colaboradores del Oriente cristiano en cada uno de nuestros monasterios. Hoy estos monjes y centros pasan de colaboradores a asaltantes. Se ha acabado el tiempo de colaborar al desaparecer los laboradores.

No estamos solos los monjes. Junto a nosotros hay una retaguardia de millón y medio. En realidad esta retaguardia pasa a colaborar. Nos juntamos en el momento solemne y único en que caben las verdaderas colaboraciones: el sacrificio de la misa y la comunión.

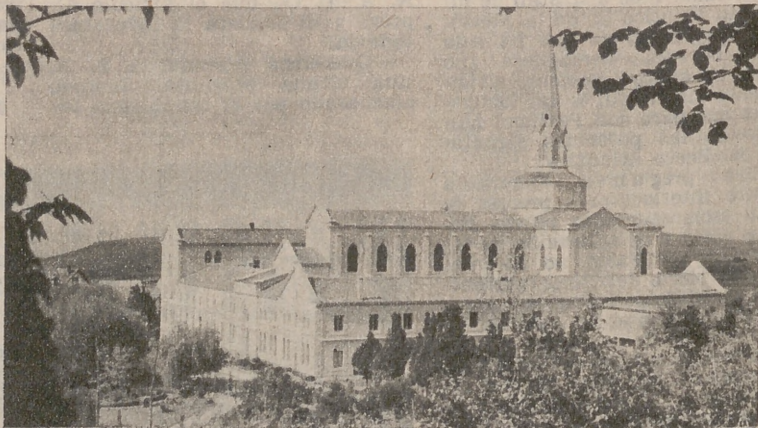
Nuestro gran estrategia es el reverendísimo padre abad general. Acaba de pasar por nuestra Es-

paña, en plan de paternal revisión de nuestras fuerzas, don Gabriel Sortais, abad de Cîteaux y padre general de los cistercienses de la Estrecha Observancia. Nos leía un día esta carta de una monja que ha sabido sintetizar: «Nos dicen, reverendísimo padre, que estáis enfermo. Lo creemos. Es más, lo preveníamos. Vuestra reverencia ha dejado su corazón entre los japoneses, y sin el corazón no hay salud». No hay que añadir ni una palabra más salvo las que añadió nuestro experto estratega: «Es verdad».

La dificultad de la empresa decrece cuando conocemos la quinta columna que está con nosotros. Contamos con la columna de los mártires, con la de los santos y con la de las almas contemplativas. Nuestro asalto está asegurado. China nos ofrece los mártires; Java y Japón, los santos y los contemplativos. Tenemos en ello esa quinta columna siempre dispuesta a empresas arriesgadas. Hay cinco monasterios. Y son tantas y tales las vocaciones del Japón, que nuestro reverendísimo padre abad general se ha lanzado a construir más monasterios sin un céntimo.

El arma secreta que hemos de poner en juego para ayudarnos en esta dura empresa es: oración, oración, oración. Es un arma fuerte, segura y eficaz. Todo puede fallar; pero Dios, no. La oración es la última invención divina para conquistar todo cuanto se haya perdido. Los monjes disponen de ella. Las altas horas de la mañana nos encuentran en el estudio, manejo y empleo de ella. Las últimas de la noche las empleamos en recoger observaciones, adelantos y aplicaciones seguras de esta arma secreta de las guerras del Señor.

Reflexionemos: ¿Qué parte hemos tenido en la ruina de Oriente? En las obras de Dios no hay neutrales. Si Dios consiente la destrucción calamidad o desgracia en una parte de la Iglesia, puede ocurrir que se haya visto precisado a obrar así por el desequilibrio, envejecimiento o subordinación de otra parte. ¿Qué interrogante más estremecedor! Unete a los asaltantes del Extremo Oriente: los monjes cistercienses. Unete a sus oraciones y a sus limosnas. Aceleraremos la obra del asalto de Extremo Oriente. Nadie nos lo impedirá.



El monasterio de Viaceli en Cóbrecas (Santander)

# FIESTAS ESPAÑOLAS EN EL DIA DE LA ASUNCION DE MARIA

Boceto de Goya para la cúpula del Pilar de Zaragoza



## “DE VIRGEN A VIRGEN”



Pervivencia del teatro religioso popular en la “loa” de La Alberca

Arraigada tradición asuncionista de la capital de Navarra

Entrevista con la Abadesa del histórico monasterio burgalés de Las Huelgas



A la izquierda: Detalle de la plaza de La Alberca, donde se representa la «Loa en honor de la Asunción». A la derecha: El acto que representa al diablo durante un ensayo

EN el departamento donde viaja alguien se queja del calor. Más de una voz le hace coro. Pero un viejo aldeano interrumpe: —De todas formas, es la época. No olviden que los días más calurosos de todo el verano son los «de Virgen a Virgen». Y estamos en plenas vísperas de «la de agosto».

No sabe el buen hombre que su intervención me da pie para el comienzo de mi reportaje y acabaré por meterme del todo en él. Otro viajero hace un comentario sobre las faenas agrícolas. El aldeano añade:

—Sí; por estas tierras de Avila van más atrasados que por las mías. Aquí no terminan en las eras hasta pasada la «Virgen de setiembre».

Esta presencia del signo marológico en el alma popular española no es rebuscada en modo alguno. Surge de la manera más natural. Y no sólo con el mero matiz de una vieja costumbre, sino con la conciencia teológica de un pueblo que va siempre en vanguardia cuando la verdad dogmática de algún misterio mariano se pone en juego.

Vienen lógicamente a mi memoria los votos concepcionistas formulados por aldeas y ciudades españolas varios siglos antes de la definición, cuyo centenario conmemora el actual Año Maria-

no. La misma fiesta de la Asunción —su inminencia motiva, precisamente, mi viaje— es un ejemplo bien patente. Nada menos que al siglo VII —cuando aún faltaban trece para que este misterio fuera declarado dogma— se remonta en España su celebración litúrgica, que se fué extendiendo, extendiendo, hasta el punto de ser, sin duda alguna, la más arraigada en nuestra Patria, incluso mucho antes de que se ampliara su obligación de precepto a la Iglesia universal.

Sería tarea imposible intentar enumerar siquiera las ciudades, aldeas y monasterios españoles que tienen muy de antiguo por Patrona a la Virgen en el Misterio de la Asunción. Baste recordar de momento que cerca de la mitad de nuestras catedrales —treinta exactamente— están puestas bajo su tutela.

Una de ellas es precisamente la de la capital de esta provincia por la que estoy viajando: Salamanca. En cuya ciudad, sin embargo, no me detengo. La breve y simbólica ruta asuncionista que se me ha asignado se centra exclusivamente en una aldea, una ciudad y un monasterio. Y en tierras salmantinas está la aldea.

Salto al sur de la provincia, en las estribaciones de la sierra de Francia y de cara al pintoresco valle de Las Batuecas. El pueblo

en cuestión, tremendamente típico y cuajado de historia. Incluso es, todo él, monumento nacional. Ya habréis adivinado que se trata de La Alberca.

Recorro sus estrechas y empedradas calles y adivino en seguida la proximidad de las fiestas patronales. Aun en pueblo como éste, que parece anclado en un recodo del tiempo, no deja de causar mealla el correr alocado de los días. Y aunque la tradición nunca muere del todo, por las rendijas de sus muros se van filtrando hacia el interior los inevitables coletazos de nuevas corrientes que imponen otras costumbres, otros atuendos. Insensiblemente el típico traje albercano ha ido dejando de ser el usual en todos los vecinos de cualesquiera edades. Sólo los viejos lo llevan incorporado a su vida cotidiana. Para los demás reposa en el arcón de donde resucita, impresionante, pero fugazmente, los días que repican gordo. Y en sus vísperas se prepara esa resurrección. Han de vestirlo otras mozas, otros muchachos diferentes de los años anteriores, y las mujeres tienen que adaptarlos a las medidas del nuevo usufructuario, a la par que alisar las arrugas y dobleces, resaltar la blancura de sus almidonados, comprobar y asegurar la resistencia de sus botonaduras.

## LOA Y PRESENTES A LA VIRGEN DE LA ABERCA

Este año la actividad de los preparativos se intensifica. Va a volver a representarse la tradicional «Loa en honor de la Asunción», que en tiempos no lejanos jamás se suprimía en esta festividad y cuya tradición se ha reanudado con propósito de permanencia, a partir de los últimos años.

En uno de ellos el cronista tuvo la suerte de unirse al nutrido coro de forasteros que acuden a La Alberca el día 15 de agosto. Y no puede borrarse la impresión recibida. Voy reviviéndola ahora al atravesar la plaza del pueblo, donde se celebra el tradicional ofertorio; al pasar junto a la iglesia, frente a cuyo atrio se está levantando el tablado para la loa; al saludar a los rústicos intérpretes que la ensayan y en cuyos rostros brillan los hundidos ojuelos ante la cercanía de la fiesta.

El joven párroco, don Saturnino Jiménez, me ayuda en mis recuerdos.

—No sé si habrá perdido nuestra fiesta el sincero y puro sabor colorista que tuvo en tiempos pasados, pero cuantos a ella acuden —y vienen de muchas partes— se hacen lenguas del tipismo y fervor que todavía rezuma. Sobre todo, en sus dos momentos más tradicionales: el ofertorio y la loa.

El ofertorio se realiza en la plaza pública, bien entrada la mañana, después de misa mayor. Las campanas, que han volteado alegres mientras todo el vecindario acompañó a la imagen de la Patrona desde la iglesia a la plaza, enmudecen de repente. Un rápido estallido de cohetes anuncia el instante en que la Virgen, sobre su rica carroza, es colocada en el centro. Un nutrido grupo de albercanos de todas las edades, con sus trajes típicos, se acerca reverente. Y suena potente una voz infantil:

*«Reina y señora bendita,  
madre de todo este pueblo,  
dano, hogaño cosecha  
y llévanos hasta el cielo.»*

Comienzan entonces las ofrendas. Y siguen las súplicas. Mientras sube al trono de la Virgen la oferta de frutos y el regalo de joyas, asciende también, en medio de un silencio impresionante, la oración por el padre difunto, por el hermano ausente, por el novio que cumple sus deberes patrios, por el pueblo entero.

Con la entrega del último presente coincide el son de la gaita y el retumbar del tamboril. Es la

señal para comenzar las danzas tradicionales ante la Virgen. La blusilla del serrano de Mogarráz y el calzón corto del albercano puro se entremezclan en trezado de rítmicos pases con el fastuoso atavío de las muchachas. Todo es tan solemnemente sencillo y el pueblo lo presencia con tal naturalidad año tras año, que uno estima infundadas las dudas del párroco respecto al tradicional sabor de estos ritos. Al menos en esos momentos, el simpático rincón albercano revive la historia con el más clásico colorido de su clasicismo.

### VECINOS Y MORADORES, ACUDID CON ALEGRÍA

Pero aun se hace más fuerte esta impresión del salto atrás en el tiempo durante la representación de la famosa loa al día siguiente, después que el vecindario ha consumido la tarde y noche de la fiesta patronal en sanos regocijos, entre los que no suele faltar la corrida de vaquillas.

—La gente entendida que por aquí viene —vuelve a decir el párroco— considera esta «loa» o auto sacramental de La Alberca como la pervivencia más notable del teatro religioso popular después del Misterio de Elche.

En efecto; la inocente sencillez de la pieza ha desafiado, en aras de recia textura teológica, el correr de los tiempos y se ha plantado en medio del siglo XX, con su más puro y popular candor. Un vecino comienza anunciando la representación al auditorio apiñado en rústicos bancos junto al atrio de la Iglesia, donde se alza el tablado:

*Vecinos y moradores:  
acudid con alegría,  
porque triunfante subió  
hoy a los cielos María.*

Los dos últimos versos son el ritornello de la larga tirada que ensarta el prologuista y que enlaza con la representación propiamente dicha. Comienza ésta con la irrupción en escena de un demonio que, con atrabilario atavío de rabioso color rojo, aparece precedido de un dragón, en cuyo vientre se albergan toda clase de explosivos. Y Lucifer exclama con destemplado tono:

*¡Voz que imploran mis desd-  
[chast],*

*ven a este pueblo veloz,  
que entre las nubes y el viento  
te espero en esta ocasión.  
Sal, pues, que Luzbel te llama  
con agitado rencor...  
Lluevan rayos y centellas...*

A la izquierda: Un grupo de mozas de La Alberca presenciando el ofertorio. A la derecha: Danzas populares, después de la ofrenda.

Y el dragón, con la mecha que enciende el diablo, vomita entre espantoso estruendo toda la carga de fuego y humo que lleva en sus entrañas. Hecho el silencio aparece sobre el tablado, en simpático despiste, el «Gracioso» típico de las comedias clásicas. Es un pastor que trata de librar a sus ovejas de animales dañinos, a los que dedica graves imprecaciones:

*¡Ah, putos! ¡Ah, putos lobos!,  
que rondáis el majadal;  
mal encontrón os déis, malo,  
contra un valiente canchal,  
donde la cabeza y sesos  
os viera yo derramar.*

La indignación del pastor se ve calmada con la aparición de varios galanes, que vienen anunciando las fiestas del pueblo. El galán primero empieza a explicarse:

*Quiero atender y escuchar  
lo que dice mi interior,  
y es que este pueblo celebra  
a María de la Asunción...*

### SON MIGUEL VENCE A LUCIFER

El y sus compañeros dialogan con el «Gracioso» y desaparecen todos conversando, mientras vuelve a salir el demonio con la decidida intención de adueñarse del mundo, simbolizado en la aldea albercana. Y para ello llama en su auxilio a los siete pecados capitales. Pero no puede consumar su triunfo. A su bravucón desafío —«¿Quién como yo en el poder?»— responde San Miguel Arcángel, cuya aparición es acogida con gran alegría por el pueblo sencillo:

*¡Quién como Dios, bestia fiera?  
Márchate ya, vil serpiente;  
ces, ya, traidor tartáreo;  
pues tengo siete virtudes  
contra tus siete pecados...*

Tras un breve y contundente diálogo entre el malo y el ángel, Lucifer pierde, naturalmente, la partida. Y se hunde en los abismos —el tablado se abre para tragar al diablo—, mientras San Miguel se dirige a los albercanos, que han despedido a Lucifer con fuertes silbidos, para decirles:

*Y vosotros, albercanos,  
que a la Asunción hacéis fiestas,  
nunca dejéis de elogiarla,  
que Dios, con su Providencia,  
os colmará de virtudes,  
de abundancia y de cosechas...*

Los galanes y el «Gracioso» vuelven a salir de nuevo, y el último dice:

*Pues ahora, mis paisanos,  
sigamos con alegría  
nuestras fiestas en honor  
de la Asunción de María.*



Y los actores, en nombre del pueblo entero, elevan a la Virgen diferentes plegarias que cie-  
rran con estos versos:

*Por tu gloriosa Asunción  
te pido con humildad  
que terminen las discordias  
y reine siempre la paz.*

Y la paz sigue reinando en La Alberca como en tantos y tantos pueblos españoles que se acogen en el patrocinio de la Virgen no sólo bajo la tutela de una advocación de historia más o menos legendaria, sino amparados con la reciedumbre de su fe en los Misterios marianos.

Pero esa fe no sólo conserva su integridad en la bucólica paz de las aldeas serranas y labriegas, asidas al ancla de la tradición, sino deja la impronta de su constancia y perennidad en las ciudades que van creciendo y acomodándose al ritmo de los tiempos, pero sin romper del todo las amarras de una historia gloriosa.

#### **LAS CUMBRES DE NAVARRA, UNIDAS A MARÍA**

Una de las ciudades de más acusada raigambre asuncionista es la capital de Navarra, región, por otra parte, mariana por excelencia. Y a constatar la permanencia de ese espíritu en las visperas de la fiesta de la Asunción me dirijo a Pamplona desde Salamanca, con los consiguientes transbordos ferroviarios de Medina del Campo y Alsasua. Toda una jornada surcando tierras de Castilla para terminar, en el trozo de Alsasua a Pamplona, atravesando un paisaje mixto, pero típicamente español.

El fervor mariano de los navarros tiene predilección por las cumbres. Precisamente en estos días ha sido instalada una imagen de Nuestra Señora de las Nieves en la cima del monte Urquill. La capital, Pamplona, también se halla en lo alto. Para llegar a ella desdeño el autobús que parte de la estación.

Atraveso un puente. La cuesta se hace cada vez más empinada. Penetro en la ciudad por su parte antigua bajo un arco de piedra que trae recuerdos medievales de la vieja Iruña. Enfila una rampa que zigzaguea entre verdoros, encasillada por un largo pretil. Terminó mi ascensión desembocando en calles estrechas y limpias.

Por entre ellas busco la catedral. Nunca he estado en Pamplona, pero a nadie quiero preguntar dónde se encuentra. Prefiero orientarme yo solo. Voy leyendo los retreros de las calles. Atraveso la plaza de San Saturnino. Y desemboco en la Consistorial. Desde uno de sus cruces avizoro dos torres. Son, sin duda, las catedralicias. Están al final de otra calle estrecha y empinada. Leo su rótulo en la esquina y estoy seguro de haber acertado sin que me desoiste siquiera el descuido ortográfico de un acnuto que sobra: «calle de la Cúria». Prescindo del acento y sigo por ella.

#### **PAMPLONA. LA PRIMA QUE CELEBRO LA ASUNCIÓN**

Un autobus de turistas franc-

ses está apostado en la esquina de una calle proxima. El grupo que acaba de bajar de él se dispone a visitar el primer templo pamplonico. Yo voy a entrar con ellos. Pero me detengo deafo del atrio. Atrio y fachada que, por cierto, desdican del estilo arquitectonico del resto. Pero algo se destaca en ellos que llama mi atención. Es un gran maldón de piedra sobre la puerta de entrada. Representa precisamente el Misterio de la Asunción de María, titular del templo.

Fuerte contraste el de esta imagen con la antigua y venerada de Santa María la Real, que se asienta sobre su trono del altar mayor y hace evocar los tiempos en que los Reyes navarros se postraban a sus pies para recibir allí sus reales investiduras. Dos sepulcros regios situados en el centro del templo siguen siendo testimonio perenne de la historia de un reino dedicado de antiguo a la devoción de María en el Misterio de la Asunción.

Yo sé que los archivos de la catedral guardan preciosos documentos que atestiguan tradición tan arraigada. Tengo conocimiento de una obra, publicada a expensas de la Diputación Foral, que lleva por título «El Misterio de la Asunción y el Reino de Navarra», y está escrita por el canónigo de Pamplona don Mariano Arigita. Llevo la intención —confieso mi despiste— de que este señor sea el cicerone en mis búsquedas asuncionistas en la capital navarra. Pero el sacristán de la catedral me saca del error: don Mariano Arigita ha muerto hace algunos años.

La Providencia, no obstante, viene en mi ayuda. A la salida de la catedral encuentro a un sacerdote y le abordo sin más. Le expongo mis propósitos. Y don Luis Golburu—tal ha resultado ser el sacerdote—se presta a brindarme toda clase de informes. Me confirma por de pronto que Pamplona es la primera ciudad española que celebró solemnemente la fiesta de la Asunción.

—Aun sigue siendo—continúa— la fiesta principal en calidad de titular de su primer templo. Pero no sólo en el aspecto litúrgico. Es la festividad más solemne que se celebra en la catedral a lo largo del año.

—¿Y el fervor popular?

—Ocurre un curioso fenómeno. Pamplona, como usted sabe, no es ciudad precisamente industrial. Sino más bien capital de una comarca principalmente agrícola. Y la mayor parte de sus habitantes tiene parientes en los pueblos. Ahora bien, una gran mayoría de las villas y aldeas navarras —sesenta y dos exactamente— celebran el día de la Asunción su fiesta titular. Y a los pueblos se desplazan ese día los vecinos de la capital para tomar parte en las típicas romerías y en los actos religiosos, que conservan un sabor primitivo y hondamente popular. He ahí por qué el aparente enfriamiento de la devoción asuncionista de la capital navarra encierra en realidad todo lo contrario: un fervor profundo, que se esparce por toda la región.

Antaño ocurría exactamente al revés. Toda Navarra se concen-



Balcone y terrazas del Ayuntamiento de Pamplona en día de fiesta mayor

traba ese día en Pamplona para postrarse a los pies de Santa María la Real, ante la que rendían vasallaje en forma de donaciones y obsequios que encabezaban los Monarcas navarros. La aglomeración de peregrinos era tal que se hacía necesario—así lo atestigua un documento de 1387 que se conserva en los archivos catedralicios—montar una guardia de 20 a 25 hombres armados para vigilar el templo y los claustros, donde tenían que pernoctar los miles de forasteros que no hallaban hospedaje.

Y es que Navarra entera quería rendir tributo a Santa María la Real, declarada Señora feudal de la ciudad por el Rey Alonso el Batallador, que donó a Santa María «la población de Iruña (como entonces se llamaba Pamplona) con sus casas, tierras y moradores». Donación que amplió Sancho el Sabio, que determinó que «todos los moradores de la ciudad, en el día de la fiesta de la Patrona, que es el día de la Asunción, paguen a su Iglesia dos sueldos por cada doce codos de terreno que tengan lindante a la calle principal; y si fueren menos terrenos paguen en proporción. Y, en fin, todas las heredades que el Rey y sus sucesores tengan o tuvieren en territorio de Pamplona pagarán diezmos a la misma Santa Iglesia.»

Los súbditos, por su parte, hacían donaciones voluntarias, declarándose «collazos» o pecheros de Santa María la Real. Y un tal Simón Arzaya, natural de Elorza—un documento del siglo XII lo atestigua—, se donó a sí mismo y toda su hacienda, obligando a sus sucesores a pagar el día de la Asunción dos sueldos cada año.

#### **EN OCHAGAVIA EL AYUNTAMIENTO HACE UNA OFRENDA**

—Pero estas tradiciones, que en la ciudad han muerto—sigue di-

ciéndome don Luis Goiburu—en los pueblos continúan arraigadas. Por ejemplo, en Ochagavía, en cuyo santuario de Nuestra Señora de Musquilda—que se alza en una colina que domina toda la comarca—acude el día de la Asunción el Ayuntamiento en pleno para ofrecer el Alcalde y los dos tenientes una cordera y sendas medidas de trigo y avena.

Mi conversación con don Luis Goiburu se interrumpe momentáneamente. El buen sacerdote quiere enseñarme algo que me interesa en la nueva y modernísima parroquia de San Francisco Javier. Estamos aún en la parte baja de la ciudad. Para llegar al templo del santo navarro hay que subir una doble rampa de más de cien metros. Don Luis dice:

—Vaya subiendo usted y espéreme allá arriba. Yo le alcanzo en seguida, pues tengo aquí cerca mi bicicleta, que precisamente iba a buscar cuando usted me encontró hace un rato.

Al final de la cuesta miro hacia atrás sin que me haya alcanzado bicicleta alguna montada por clérigo. Pero allá en el fondo, el bueno de don Luis aparece otra vez de peatón. Me hace señas y le espero.

Momentos después estamos frente a la iglesia de San Francisco Javier, inaugurada no hace muchos años por el Caudillo. Las líneas del templo son, en verdad, atrevidamente modernas, como ya me había adelantado mi interlocutor. Me dispongo a entrar, pero don Luis me ataja:

—Espere un momento. Esto es lo que quería enseñarle.

Unos obreros limpian los escombros y quitan los últimos restos de un andamiaje del muro lateral, donde hay un magnífico medallón de piedra recentísima instalado allí.

—Ahí tiene usted bien clara la pervivencia del espíritu asuncionista en nuestra ciudad. Y otro dato: a pesar de que ya hay en ella un templo —la catedral, precisamente— puesto bajo el patrocinio de la Asunción, acaba de ser creada una parroquia cuyo titular será este Misterio de María. Se habilita de momento un templo ya existente. Pero va a empezarse a construir muy pronto de nueva planta la nueva parroquia de la Asunción.

El objetivo de mi visita a Pam-

plona está ya cumplido. He de emprender mi viaje de regreso. Pero antes tengo que hacer la tercera y última estación de mi ruta asuncionista: un monasterio. Y he elegido uno cisterciense, pues todos los conventos de esta Orden, por deseo expreso de su fundador, San Bernardo, están colocados bajo la custodia de la Asunción de Nuestra Señora.

### TRES HORAS EN LAS HUELGAS DE BURGOS

Ya, en otra ocasión he contado a los lectores de EL ESPAÑOL mi experiencia de veinticuatro horas en un convento de frailes cistercienses. Por eso ahora voy a visitar uno de religiosas. Y precisamente en el camino de vuelta a Madrid se me cruza el más famoso de todos: el de Las Huelgas.

La verdad es que había intentado esta visita el día anterior, cuando me dirigía hacia Pamplona. Pero el tren en que iba pasó por Burgos a las cinco de la tarde. Cuando al salir de la estación dije a un taxista que me condujera a Las Huelgas, me replicó:

—Le advierto a usted que ahora no puede visitarse. Ha de ser por la mañana. De once a dos.

Esta vez son las once menos diez cuando llego a Burgos, después de haber pasado la noche en la fonda de la estación de Miranda. Tengo, pues, ocasión de pasar en Las Huelgas las tres horas hábiles.

Para aprovecharlas lo mejor posible se me ocurre la solución más eficaz: hablar con la madre abadesa. Confieso que me da cierto reparo el intentar. No puedo escaparme al recuerdo histórico de la impresionante figura histórica de la abadesa de Las Huelgas, único caso de monja que llegó a tener jurisdicción equiparable a la de un obispo.

Tardo, no obstante, unos minutos en pedir la audiencia. Antes recorro el monasterio por la parte de fuera. Ya de entrada, dos motivos asuncionistas aparecen ante mí. En la fachada de la iglesia, una simple inscripción: «Assumpta es María in coelum.» Sobre la puerta que da acceso a la portería del convento, una imagen de la Virgen en el Misterio de su subida a los cielos. Ambos detalles confirman

la dedicación total de las casas cistercienses a la Asunción de María.

—Ahora mismo aviso a la hermana—me dice la mujer encargada de la portería en cuanto le manifiesto mis intenciones.

Una voccita de inconfundible timbre responde a través del torno:

—¿Quién es?

—Un periodista de Madrid que quiere ver a la madre abadesa.

Me retiro a prudente distancia mientras, torno en medio, sigue un cuchicheo breve entre la monja y la portera. Esta me dice luego:

—Suba usted por aquí. Tendrá que esperar unos minutos en el locutorio, pues la madre está, por lo visto, en el coro.

No se hace larga la espera. Desde la vieja silla de cuero donde me siento en el locutorio, y a través de las rejas, más separadas de lo que yo me había imaginado, contemplo la habitación interior, que, por lo visto, sirve también de oficina de la madre. Por lo menos, de tal la había calificado la portera. La «oficina» es casi una celda más. Una mesa corriente de despacho, sobre la que se ven algunos libros de cuentas; dos sillas, un gran crucifijo y un cuadro de San Bernardo. Eso es todo.

Unos pasitos rápidos y firmes anuncian la llegada de la madre abadesa. Es una religiosa más bien joven, de aspecto agradable y ojos vivos, que mira serenos a través de unas gafas de concha negra. Sonríe y saluda:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Al amable «Usted dirá» contestó haciendo mi presentación y exponiendo los motivos de mi visita. Pero dura poco tiempo el tono oficioso de la conversación. Surge en seguida la charla fluida y nada embarazosa.

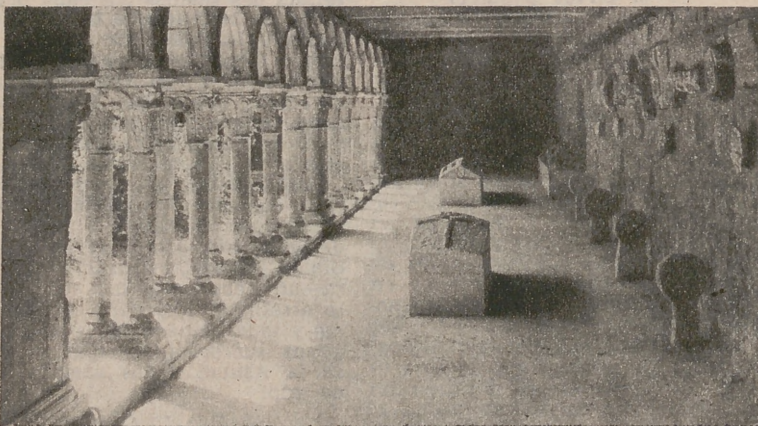
—En efecto, la Asunción es nuestra Patrona, lo mismo que la de los religiosos cistercienses. Hasta hace pocos años la fiesta tenía un tono de solemnidad en la que participaba el vecindario, que acudía a la iglesia. Incluso celebrábamos una novena de preparación. Pero desde que en 1939 la Comunidad se incorporó a la Orden de Cistercienses reformados, fué suprimida toda ostentación en las ceremonias de culto. Igual que la de los monjes, nuestra vida se cifre exclusivamente a lo litúrgico. Rezo en el coro del oficio divino de cada día.

—¿Sin ritos especiales?

—Hay una excepción el día de la Asunción precisamente, como el día de Nuestro Padre San Bernardo. Misa solemne con sermón, a la que asisten los fieles, y procesión por los claustros sólo para las religiosas. Esta procesión, como las demás ceremonias y distribución general es exactamente igual que en los religiosos de la Estricta.

### LAS DOS RAMAS DEL CISTER

La «Estricta»—como dice la madre—es la rama cisterciense de los reformados, que vulgarmente son llamados trapenses, pero que en España tienen más entronque todavía con los históricos bernardos españoles, cuyos



Las claustrillas del monasterio de Las Huelgas, puesto, como todos los de la Orden cisterciense, bajo la custodia de la Asunción de Nuestra Señora





Torre y ábside de la iglesia del monasterio de Las Huelgas de Burgos

monasterios fueron célebres en los siglos XIV al XIX y muy numerosos hasta finales del XVII.

—Nuestra vida sólo se diferencia de la de los monjes—añade la madre—en que está un poco suavizada en dos detalles: la comida y la recreación. No podemos tampoco comer carne, pero, en cambio, nos están permitidos el pescado y los huevos. Y todos los días, de dos a tres de la tarde, tenemos una hora de recreo, en la que podemos hablar unas con otras, cosa que les está prohibida a ellos.

Me dice después la madre abadesa, respondiendo a mis preguntas, que en la actualidad hay en el monasterio treinta y seis religiosas, de las cuales cuatro son novicias. La obligación del rezo en coro sólo afecta a las madres, que son veintiuna, y a tres de las novicias, que van para coristas. La otra y once profesas están en calidad de hermanas para atender a las faenas domésticas.

—Los numerosos visitantes que acuden a Las Huelgas, ¿perturban de algún modo la paz del convento?

—En manera alguna. Y eso que desde hace unos veinticinco años, por especial dispensa pontificia, está abierta la clausura, en la parte del coro y dependencias anejas a la iglesia, todos los días de once a dos. Precisamente fuimos consultadas las religiosas acerca de la hora que menos podía afectar a nuestra distribución. Y en ese espacio de tiempo únicamente hemos de rezar sexta, lo que realizamos en un coro alto de dentro del convento, en lugar de en el coro de la iglesia, para que éste pueda ser visitado por los turistas.

La conversación con la madre abadesa se hace cada vez más interesante. Me cuenta que a lo largo de la historia del monasterio sólo una vez hubieron de salir de él las religiosas: en tiempos de las invasiones napoleónicas, cuando fueron, además, abiertos y profanados los sepulcros históricos. También sufrieron persecución durante la segunda República, en que tuvieron prohibida durante algún tiempo la profesión, pero no se les obligó a salir del convento.

—De esto se acuerda todavía una madre muy anciana, que lle-

va en el monasterio cerca de setenta años. Tiene ahora noventa y cuatro, y jamás ha tenido necesidad de salir del convento desde el lejano día de su entrada en él. Se llama madre Pilar Cobo y es santanderina de nacimiento.

#### TRES VECES HA VISITADO FRANCO EL MONASTERIO

Este dato me da ocasión para enterarme del nombre de la abadesa. Pero, por más que insistí, la madre se encierra en un mutismo absoluto sobre este particular. Lo que sí me dice es que nació en Cóbrecos, provincia de Santander, donde está enclavado el monasterio de padres cistercienses de Viaceli. La portera, naturalmente, me completa después la información. La actual abadesa de Las Huelgas se llama madre Rosario Díaz de Guerra. Es abadesa—eso me lo contó ella misma—desde 1947. Reelegida dos veces consecutivas, los años 1950 y 1953.

Una hora larga dura ya nuestra conversación. Ha salido a relucir en ella la historia del monasterio, con el natural recuerdo para la época de la jurisdicción cuasiepiscopal de la abadesa que llegó a ser señora de muchos pueblos del contorno e incluso de otros más apartados.

—Pero eso pasó ya a la Historia. Ahora la jurisdicción, tanto jerárquica como administrativa, está muy limitada. Lo que no quiere decir que Las Huelgas vivan sólo de su tradición. En los últimos tiempos han ocurrido aquí acontecimientos importantes. Por tres veces ha visitado el monasterio el actual Jefe del Estado, Generalísimo Franco. Dos para presidir otros tantos Consejos de la Falange y tomar juramento a los Consejeros; la otra, en las fiestas del Milenario de Burgos.

Es forzoso terminar la charla. La madre abadesa ha soportado ya suficientemente la curiosidad del periodista. Este, por otra parte, quiere aprovechar lo que resta hasta las dos de la tarde para visitar el monasterio.

Empiezo por la iglesia, formando grupo con tres turistas franceses, un matrimonio español en luna de miel y dos señoritas inglesas. El guía nos va expli-



El Arco de los Compases, una de las entradas a Las Huelgas

cando todo en una graciosa mezcla de los tres idiomas. Los franceses y el matrimonio tienen prisa. Las inglesas son más pausadas, y me uno a ellas para enterarme mejor de las maravillas que encierra este monumento nacional, de tan alto valor arquitectónico e histórico, dentro de cuyos muros reposan los restos de tantos reyes, príncipes y nobles medievales. Ante la estatua orante de la reina fundadora se detienen especialmente las señoritas inglesas, a las que se escapa una sonrisa de satisfacción y sorpresa a la vez cuando se enteran de que es Leonor de Inglaterra. Ellas y yo nos detenemos también muy especialmente en el Museo de ricas telas, formado por las ropas y adornos de los ataúdes extraídos de los sepulcros hace pocos años. Maravilla en verdad el estado de conservación de los tejidos y la riqueza de las joyas.

Pero es una pena que el tiempo corra tan de prisa. Las dos suenan en el reloj de la torre y no quedamos en el recinto más que los tres rezagados.

Salimos. En conserjería hacemos la reglamentaria compra de postales. Mis compañeras de visita prefieren la del altar mayor, uno de cuyos lados da constancia perenne del nombre y recuerdo de Leonor de Inglaterra. Yo, por mi parte, elimino de mí compra el altar mayor. De él me interesaba especialmente un detalle: el del centro, en que figura la titular del monasterio: la Virgen en su Misterio de la Asunción.

Pero la madre abadesa había tenido la gentileza de facilitarme la imagen en detalle, reproducida para una estampa-recordatorio de una religiosa que el 8 de septiembre de 1951 hacía en Las Huelgas su profesión solemne.

Gerardo RODRIGUEZ  
(Enviado especial)



# OTTO JOHN

## UN HOMBRE DE LA INTERNACIONAL CUYO NOMBRE NO PUEDE DECIRSE

### UN PROFESIONAL DE LA TRAICION

**O**tto John, el barón Von Putlitz, el doctor Wohlgemuth, el diplomático Burgess... Una mafia de corrupción envuelve a estos siniestros personajes. Todos ellos se han entregado a los vicios más nefandos en contra de la naturaleza humana. La traición y el desprecio a las normas éticas más inviolables se dan en ellos la mano. No hace muchos meses EL ESPAÑOL denunció la existencia de «una Internacional cuyo nombre no puede decirse»,

resumen de las aberraciones de una sociedad en trance de des-cristianización. Si el marxismo busca el aniquilamiento del orden cristiano, sus mejores colaboradores han de ser, por fuerza, aquellos que ya han llegado al último grado de la abyección. Las peripecias que caracterizan la traición de Otto John son un argumento más para probar la existencia de tal «Internacional». Al mismo tiempo señalan la urgencia de una acción radical y des-

piadada contra tan peligrosa degeneración de la especie humana. Occidente no puede ser defendido solamente por las armas. Es preciso una fuerza moral nacida del respeto a los valores que han dado razón de ser a Europa. Mientras muchas naciones que dicen luchar por un mundo mejor no limpien sus filas de la chuzca que en ellas crece, será difícil pensar en una efectiva defensa común de la civilización cristiana.

## POSEEDOR DE MIL SECRETOS, ES UN RESUMEN VIVO DE TODOS LOS VICIOS

**A**l principio el doctor Adenauer no lo creyó. Partía para iniciar sus vacaciones cuando un funcionario le comunicaba la mala nueva: El jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución había desaparecido. Luego llegó la confirmación. Konrad Adenauer entonces bramó: —¿Pero no tenía guardias de corps?

Hubiera sido inútil ponérselos. Otto John, el hombre de los mil secretos, se había desvanecido suavemente, sin meter ruido en Berlín, ese lugar donde el «telón de acero» se alza de vez en cuando para facilitar el rapto de algún enemigo peligroso o permitir la huida de un traidor. John conoce bien su oficio de espía. Tiene en sus manos secretos de todos los hombres importantes de Alemania occidental. Sabe los métodos de trabajo de los agentes anticomunistas, su personalidad, sus lugares de acción... Es hombre avezado a las huidas, maestro de la sinuosidad. Sería difícil hacerle caer en una trampa. Por eso las primeras noticias, según las cuales había sido raptado, se desmintieron solas. Por la emisora de la radio comunista de Berlín Otto John, con voz segura, confirmaba por sí mismo lo que había hecho: traicionar a su patria una vez más.

—Era preciso un acto espectacular. Yo he querido realizarlo en el aniversario del 20 de Julio de 1944, cuando se conmemoraba el atentado contra Hitler.

Otto John, con cinismo de homosexual, lanzaba todo contra su misma persona. El mundo libre tiene ahora un quintacolumnista menos. Pero con la deserción de Otto John se ha derribado otro de los efímeros principios sobre los que se quiso fundamentar la paz que padecemos: haber sido antinazi, simplemente, no es por sí sólo ejecutoria de honradez. El caso de Otto John lo prueba hasta la saciedad.

### UN PROFESIONAL DE LA TRAICION

Un diario ecuaníme y ponderado en sus juicios, «Le Journal de Geneve», ha resumido así las tortuosidades de Otto John:

«Es exacto que fué un resistente y un excelente colaborador del almirante Canaris. Pero no lo es menos que fué también colaborador excelente del Staatssicherheitsdienst (S. D.) o Servicio Secreto del III Reich, así como no menos excelente colaborador, antes de las hostilidades y durante ellas, de la Capilla Roja, la más fantástica organización de espionaje de la Unión Soviética, de la cual jamás han querido los rusos hablar. Otto John era, pues, espía nazi contra el extranjero y la Werhmacht; de la cual jamás han querido los rusos hablar. Otto John era, pues, espía nazi contra el extranjero, y espía soviético contra los nazis, la Werhmacht y contra todos.» Hasta aquí la cita. Luego, para completar su carrera de dobleces, Otto John se puso al servi-

cio de Inglaterra. Cuando en 1950 se hizo cargo de la Verfassungsschutzamt, la Oficina para la Defensa de la Constitución, pesó sobre todo la influencia de la Gran Bretaña a la hora de hacer el nombramiento. En las Islas Británicas había dejado Otto John buenos amigos. Ahora se ha recordado: desde su puesto en Alemania les enviaba todos los años «Christmas Cards» en Navidad. Quizá fuera mantenida también esta costumbre más allá del «telón de acero».

### LA COMPLICADA BIOGRAFIA DE OTTO JOHN

Nació en 1909. Es alto —1,84—, rubio, de ojos azules. Nadie le podría haber acusado de israelita durante la dominación de Hitler. Quienes le conocen afirman que sabe hacerse agradable. Es homosexual declarado y aficionado a las bebidas fuertes, casi alcohólicas. No se trata de un hombre vulgar. Primero estudió Química. Luego se dedicó al comercio. Pero antes se había hecho doctor en Derecho. En 1936 entra a prestar sus servicios en la Lufthansa, la Compañía de transportes aéreos del Estado alemán. Inicia sus contactos con el almirante Canaris y con todos los demás servicios de espionaje en que había de actuar simultáneamente. No le van mal las cosas con los nazis. En 1944 ya forma parte de la dirección general de la Lufthansa como asesor jurídico. Esto no fué obs-

táculo para que en 1941, con ocasión de un viaje al extranjero, enviase a los rusos el plan de ataque alemán en el Este. Su actividad es complicada como una maraña. El atentado contra Hitler le obliga a huir. No se sabe en concreto si tomó parte activa en él o si descubrió parte de su secreto a la Gestapo. El caso es que a toda prisa toma un trimotor. Aterrizó primero en Madrid. Aquí entra en contacto con sir Samuel Hoare, el embajador británico, y con Burgess, el diplomático inglés que más adelante se pasaría a los rusos. Se va a Portugal. Los alemanes solicitan su extradición. Otto John vuela a Inglaterra rápidamente y se pone al servicio del Foreign Office. Va a pasar en las Islas cinco años. Las abandonarías casado ya y dispuesto a ocupar un cargo de confianza en su patria dividida.

En Lisboa, Otto John había dejado un mal recuerdo más. Allí la Policía, antes de que Alemania pidiera su extradición, había tenido que encarcelarlo por un delito que con eufemismo se puede denominar «atentado contra la moral pública». Otto John, entregado también a los estupefactos es un resumen vivo de todos los vicios.

#### AL SERVICIO DEL FISCAL INGLÉS EN NUREMBERG

Sus años en las Islas le han servido para ganarse a los ingleses. Allí se hizo fama de hombre encantador, agudo, reflexivo. Políticamente se declara monárquico. Es delicado en las maneras. Le gustan las amistades íntimas y confidenciales. A la hora de trabajar pronto halló colocación: fué puesto a las órdenes de Sefton Delmers, un periodista que ahora trabaja en el «Daily Express» y que entonces dirigía los servicios de propaganda. Otto John recibe el encargo de contribuir a la «reeducación» de sus compatriotas prisioneros. Al tiempo los vigila y delata si es preciso. Más adelante, al llegar al proceso de Nuremberg, Otto John ayuda al fiscal británico a montar su acusación. Con especial saña atacó a los mariscales Von Manstein y Von Rundstedt, utilizando documentos proporcionados por el alto comisario soviético en Alemania.

A pesar de todas estas ocupaciones tuvo tiempo para casarse. Lo hizo con la señora Mankiewicz, antigua esposa de un cantante de ópera. Cuando la Alemania occidental decidió crear una oficina de contraespionaje y de vigilancia de las actividades subversivas se presentaron para presidirla doce candidatos. Entre ellos fué preferido Otto John por obra y gracia del apoyo inglés. De ello tendría que defenderse mister Eden en la Cámara de los Comunes. Después de la fuga un diputado laborista le interpelló. La respuesta del ministro conservador se resume en sus últimas palabras:

—No pusimos ninguna objeción en vista de su excelente historial antinazi.

Sin embargo, hay muchas cosas más que, si no se dijeron en la Cámara de los Comunes, podrían haber sido dadas a conocer por el periodista Sefton Del-

mers. El sabía, por ejemplo, las relaciones «patológicas» que relacionaban entre sí al diplomático Burgess con el espía John y con el también diplomático Mac Lean. Delmers sabía también que entre 1946 y 1948 había sido encargado John por el Servicio Secreto británico de mantener contacto con el comunista Grotewohl y con el general ruso Tchonikov. También debía conocer que John entregó a finales de 1953 y principios de 1954 numerosos documentos referentes al Ejército europeo a los rusos. Delmers sabía y sabe muchas cosas, que han quedado ocultas tras la cortina de humo del peligro neonazi. Y en la Cámara de los Comunes se echó tierra sobre el asunto con rapidez.

#### KONRAD ADENAUER DESCONFIABA DE EL

Poco antes de partir para sus vacaciones, el canciller Adenauer dejó entrever un deseo que se aproximaba a una orden.

—Cuando vuelva no quiero ver aquí a ese hombre.

Esta frase, que corrobora aquella con que comentó la elección de Otto John —«No me gusta»—, era una muestra más de desaprobación. El canciller alemán no le había recibido nunca. Por otra parte, el ministro del Interior, Gerhard Schroeder, tampoco se hallaba en muy buenas relaciones con él. Los rozamientos llegaron a su punto máximo cuando Otto John proporcionó a Sefton Delmers ocasión de publicar una serie de reportajes sensacionalistas y fantásticos sobre el renacimiento del nazismo en la Alemania occidental. Por otra parte, los diputados y políticos le acusaban de intervenir su correo y de vigilar sus conversaciones telefónicas. Entre unas cosas y otras, la estrella de John estaba en declive. El sabía que en cuanto Alemania fuera soberana de nuevo habría de sucederle en el cargo el general Gehlen, actual jefe de los servicios de información germanoamericanos y antiguo director, durante la guerra, de la sección «Asuntos del Este», de la oficina de contraespionaje del almirante Canaris.

Entre Otto John y el general Gehlen se libraba una batalla sorda y continua. John quería conocer cuanto Gehlen guardaba en sus archivos. Pero el general supo resistir. En cambio, logró hacer saltar de su puesto al teniente coronel Heinz, jefe de una sección en el departamento de Seguridad de Theodor Blank, el hombre que dirigirá el futuro Ejército alemán cuando exista. Por motivos electorales, Adenauer se dejó llevar de las intrigas de Otto John. Y aunque Heinz entregó a las autoridades a un agente ruso que le propuso pasarse a la zona soviética, tuvo que abandonar su cargo. Era una victoria más del intrigante John. Pero, como antes señalamos, él sabía ya que sus días estaban con-



Harry Sodermann, detective sucoo de gran fama, llamado a Berlín para desentrañar el misterio en torno a Otto John



Sefton Delmers, a cuyas órdenes trabajó Otto John en Inglaterra

tados. Cuando su predominio alcanzaba el fin, decidió repasar el «telón de acero».

#### LOS AMIGOS DE OTTO JOHN

Se han hecho famosos de la noche a la mañana. Ha bastado con que su amigo íntimo, Otto John, huyera a la zona rusa. El primer nombre es el barón Wolfgang von Putlitz, un antiguo diplomático que luego se hizo espía alemán y en la actualidad trabaja sin recato para los soviets. Von Putlitz es hombre testonero. En repetidas ocasiones invitó a Otto John a cruzar la frontera de Alemania oriental. Varias cartas, conservadas en el archivo de John, atestiguan estos contactos. Lo más curioso del caso es que John no dio cuenta a las autoridades alemanas de tales invitaciones. Resulta extraño, por otra parte, que John celebrase en Colonia varias entrevistas con el barón Von Putlitz en el mes de marzo pasado sin que



El doctor Wohlgenuth, médico sin escrúpulos, amigo íntimo de Otto John, fotografiado en un cabaret

intentara capturarlo. Esta conducta no parece normal en un jefe de los servicios de contraespionaje. En la citada entrevista, Von Putlitz volvió a insistir sobre la conveniencia de que Otto John desertara. Ha sido Sefton Delmers, que por aquel tiempo se hallaba en Alemania y tuvo contactos con ambos personajes, el que ha insinuado que quizá fuera Von Putlitz el hombre que facilitó la huida de los diplomáticos ingleses Burgess y Mac Lean. Otra vez se asocia el nombre de estos tráfugas con el de Otto John. En Berlín se afirmó, a raíz de la desaparición del jefe del contraespionaje alemán, que él mismo había contribuido a la huida de los dos diplomáticos ingleses. Son demasiados indicios los que se acumulan sobre las mismas personas para que en ellos no haya mucho de verdad.

Von Putlitz es otro degenerado sexual. Fué consejero en la Legación de Alemania en La Haya hasta que en 1939 el Intelligence Service le amenazó con revelar públicamente los escándalos en que se había metido por sus malas costumbres. Von Putlitz pasa a Inglaterra. Allí entra al servicio del Foreign Office, precisamente en la misma sección a que sería destinado Otto John años más tarde. Se hizo súbdito británico. Al acabar la guerra vuelve a Alemania. Y de allí se trasladó a la zona rusa, donde se pone públicamente al servicio de los soviets.

#### EL DOCTOR WOHLGEMUTH, UN MEDICO SIN ESCRIPULOS

También es amigo íntimo de Otto John. No oculta su afiliación comunista. Tiene consulta en las dos zonas de Berlín. La de la zona occidental está instalada en el lujoso departamento que años antes ocupara el médico personal de Hitler, el doctor Morrell. Discípulo del célebre cirujano doctor Sauerbach, mereció que su maestro le considerara como un hombre inquietante. Una de sus especialidades es la ginecología. Su clientela, muy numerosa, se reclutaba en ese mundo donde son necesarios los servicios de médicos «discretos». Era conocido en todos los bares de clima dudoso de Berlín. Sus amigos, incluido el propio John, no eran sexualmente normales. Ahora acababa de abandonar a su tercera mujer. Por otra parte, en torno a su clínica se hacen narraciones escandalosas. Wohlgemuth pasa también consulta en el Berlín oriental, en el hospital de «La Charité» (en Berlín oriental). Conciérnele al doctor John, que no quiere regresar al Berlín oeste. Yo puedo ser acusado de haberle inducido.»

Quedándose, el doctor Wohlgemuth satisizo al mismo tiempo un deseo sentido desde hacia mucho.

Wohlgemuth había tenido simultáneamente tres lujosos pisos, tres automóviles y tres mujeres. Es aficionado a tocar la trompeta y ha logrado en este arte una habilidad singular. Había descubierto una nueva manera de apoyar los labios en la embocadura. Luego escribió un libro sobre esta materia que causó sensación entre los músicos de jazz.

Sin embargo, Wohlgemuth tiene otras facetas mucho más peligrosas. Es médico de los principales personajes de la zona oriental de Alemania: Walter Ulbricht, Fried Celsner, Franz Dohlem. La cosa no acaba aquí. Otro cliente suyo, al que cuida con múltiples visitas es Ernst Wollweber, el jefe del espionaje rojo.

Las cosas están encadenadas de una manera significativa: el jefe de Prensa del Comité Ejecutivo del partido comunista de Alemania del Este, Radnenski, es un antiguo oficial de la Lufthansa. El había servido en tiempos pasados como enlace entre Otto John y el espionaje ruso. El es también amigo del doctor Wohlgemuth...

#### EL TERCER HOMBRE

Wolfgang E. Hoeffler era también amigo de Otto John. Había sido compañero de escuela suyo en Wiesbaden. Pero la vida da muchas vueltas, y al cabo de los años Hoeffler se nacionalizó norteamericano. Parece que Hoeffler fué una de las personas que aconsejaron a John intentar conseguir la jefatura de la Oficina para la Defensa de la Constitución. Se sabe que Hoeffler se entrevistó con Otto John el mismo día 20 de julio. Lo demás queda en el misterio. Hay quien asegura que el servicio norteamericano de contraespionaje había iniciado una investigación sobre su conducta. Hay quien asegura también que tenía intención de huir al otro lado del «telón de acero». El hecho cierto es que Wolfgang E. Hoeffler ponía fin a su vida un día después de la desaparición de Otto John.

Las autoridades norteamericanas no han querido dar noticia alguna sobre el caso. Únicamente han expresado que no hay motivos para dudar de la lealtad del fallecido. A pesar de todo, su nombre y su desdichado final se enlazan con la huida del doctor John en toda Alemania.

Sin embargo, ha sido el doctor John el que ha dicho la última palabra. A través de la agencia comunista ha levantado en parte el velo. En esencia, John ha afirmado que Hoeffler era íntimo amigo suyo y que se había suicidado por desesperación al no poder vencer «el diabólico cerco del Servicio Secreto norteamericano». Según John, Hoeffler quería abandonar para siempre su profesión de espía. Además, Hoeffler había recibido orden de vigilar a su amigo, del cual desconfiaban los servicios secretos norteamericanos. Luego John se extiende en consideraciones políticas y

sentimentales, destinadas a crear confusión.

Otra muerte más, inexplicable todavía, acompaña el paso de Otto John por Alemania occidental. Se trata del misterioso asesinato del agente holandés Jan Elland en el hotel Walche de Zurich. Elland había estado entrevistándose en Colonia con Otto John. De él había recibido cierta cantidad de dinero. Luego pasó a Suiza. En la noche del 2 al 3 de noviembre de 1953, personas no identificadas acabaron con su existencia. Este caso no es único. Pero sirve para aclarar otro matiz más de las actividades de Otto John.

#### UNA FUGA SENCILLA SIN HISTORIA

Otto John había llegado a Berlín para asistir a los actos conmemorativos del décimo aniversario del atentado contra Hitler. La ceremonia tuvo lugar en la prisión de Ploetzensee, donde fueron ahorcados los participantes en el complot. Después regresó al Schaeztle Hotel, donde se aloja con su esposa en un lujoso apartamento. Allí toma unos cuantos paquetes de billetes de Banco, los envuelve en una servilleta y sale a la calle. En lugar de recurrir a su automóvil personal llama un taxi pintado en blanco y negro. Se hace conducir a la esquina de la Uhlandstrasse con el Kurfurstendamm. En la Uhlandstrasse vive su amigo el doctor Wohlgemuth. Pero Otto John, en lugar de dirigirse allí directamente, penetra en la Maison de France. Una vez en su bar, toma unos cuantos «cocktails» fuertes. Son, más o menos, las ocho de la tarde. Al cabo de media hora va junto al doctor Wohlgemuth. En el automóvil de este toman el camino del sector soviético. Su paso ha sido perfectamente recordado por un aduanero. Cuando fué interrogado reconoció, entre 40 fotografías, las de los dos desaparecidos. Además conservaba en su memoria los últimos números de la matrícula del automóvil del doctor Wohlgemuth.

Dos días después la emisora roja de Berlín daba ocasión al doctor John de hacer público testimonio de su traición.

#### LA ESPOSA DEL DOCTOR JOHN, INTERROGADA

Una de las primeras medidas tomadas por la Policía fué interrogar a la esposa de Otto John. Poco fué lo que dijo y nada se aclaró con sus palabras. Antes ella había hablado con su hija Gisela, fruto de su primer matrimonio, que se hallaba en Londres. Por teléfono la informó de cuanto acontecía. Después de la conversación la hija tomó un avión para reunirse con su madre. Y Frau John fué trasladada a Colonia bajo la vigilancia de dos oficiales de Seguridad.

Desde el otro lado del «telón», Otto John ha enviado dos cartas a su esposa. La primera, que no indica la dirección del remitente, únicamente contiene unas cuantas palabras destinadas a tranquilizarla. En la segunda, más larga, hay «declaraciones políticas». Ninguna de las dos ha sido puesta a disposición de la Prensa. En cambio, han sido incluidas en el «dossier» del caso.

Otto John parece gozar de

gran libertad de movimientos. Se sabe que ha visitado a la Academia de Ciencias Alemana y la sede del partido socialcomunista. Parece que ha sido puesto a su disposición un automóvil y que lo conduce él mismo. Posteriormente se ha asegurado que había sido trasladado a Moscú. Respecto a este último extremo nada se sabe en concreto.

### LO QUE EL DOCTOR JOHN SABIA

Alguien ha dicho en Alemania occidental:

— ¡Esta huida es un desastre para el mundo libre!

Viendo con frialdad los hechos no parece exagerada la afirmación. En primer lugar, el doctor John acababa de realizar una gira de seis semanas por Norteamérica, visitando los establecimientos del F. B. I. y estudiando sus métodos de trabajo. En Inglaterra, a su regreso, estableció contactos similares en el Foreign Office. Se dice que tuvo repetidas entrevistas muy confidenciales con sir Walter Citrine. Tampoco el Servicio Secreto francés se ha visto libre de sus inquietudes. En París visitó Otto John a las personas responsables e intercambió informaciones con ellas. Si a esto se añaden los conocimientos adquiridos en sus operaciones conjuntas con los servicios aliados, nada tiene de extraño que haya sido considerada catastrófica su desertión. Centenares de agentes secretos se han visto inútiles de repente y sus vidas se encuentran en peligro inmediato. Las organizaciones montadas en muchos años de esfuerzo corren peligro de verse abajo. Todo gracias a la traición de un hombre que el comunismo colocó en un punto clave para utilizarlo en el momento preciso. Por lo pronto el Servicio Secreto británico ha dado orden de sustituir el código cifrado en uso. Las autoridades norteamericanas, por su parte, señalan que siempre se mantuvieron grandes reservas frente a Otto John y que no se le confiaron secretos importantes.

### LA REACCION ALEMANA

Fue más una esperanza que un convencimiento lo que hizo a las autoridades alemanas considerar al principio como un rapto la desaparición de Otto John. Mas de 800 raptos han sido realizados en Berlín por los comunistas.

No hace aun tres meses que apresado el doctor Tronchnovith, jefe de la resistencia antisoviética. Había, pues, un margen para la duda, que, sin embargo, pronto se perdió. Durante dos días la noticia se mantuvo oculta. Al tercero se produjo la explosión. La Prensa alemana de todos los matices pronto tomó partido. Su tesis, en general, tiende a prevenir al Gobierno y al pueblo contra los alemanes que se han puesto alguna vez al servicio del extranjero. El gran diario de Hamburgo «Die Welt» afirmaba el 23 de julio:

«Este asunto recuerda otros casos internacionales parecidos: los de Alger Hiss, Harry Dexter White, Klaus Fuchs, Burgess y Mac Lean. No es menos importante que aquéllos. Este «affaire» se explica por el rápido paso de la alianza militar entre el Oeste



Otto John, que trabajó en Inglaterra para el Intelligence Service de 1944 a 1949, contrajo matrimonio en Londres con una viuda. Esta es la fotografía del día de la boda. Les acompaña Giesla Mann, hija de la señora John

y la Unión Soviética a la «guerra fría» entre la Unión soviética y el Oeste... No es una razón para seguir el ejemplo de Mac Carthy en los Estados Unidos. Pero es una advertencia que no debe quedar sin consecuencias.»

Por otra parte, el «Aachener Nachrichten» ha escrito en un editorial, que recoge el sentimiento popular de Alemania:

«Nadie llamará traidores a aquellos que quisieron eliminar a Hitler, porque de buena fe creían que éste llevaba al hundimiento a Alemania. Pero se encontraban también entre los conspiradores gentes que no solamente iban contra Hitler, sino que colaboraban con potencias que querían aniquilar no sólo a Hitler, sino también a Alemania. Es lícito, como lo hizo John, salvar la vida con la fuga al extranjero por haber estado implicado en lo del 20 de julio. Pero no es lícito, como hizo John, ayudar después al enemigo en la conducción de la guerra contra Alemania, o después de la guerra ayudarle en su venganza, como hizo también John. No es lícito, como hizo John, colaborar ya desde 1938 con el encarnizado enemigo de todo lo alemán, Vansittart, o durante la guerra revelar al enemigo secretos militares, como hizo también John, poniendo así en peligro la vida de muchos alemanes. Todos los que han hecho esto han sido colocados en la galería de honor del 20 de julio.»

### UN HOMBRE NUEVO, EL GENERAL GEHLEN

El «leit-motiv» de la defensa de Otto John se centra en el temor a que los nazis volvieran a adquirir predominio.

Quizá en esto tuviera razón. Porque los nazis podían también haberle exigido responsabilidades por una de sus muchas traiciones. No hace mucho los rusos hallaron en una mina de potasa abandonada de Turingia una serie de documentos secretos de la Gestapo que los norteamericanos habían buscado en vano años y años. Allí figuraba el nombre de Otto John como el de un agente distinguido. Como se ve, los rusos tenían cogido a Otto John en sus mallas por múltiples razones.

Y él no tenía más que obedecer.

Ahora le ha sustituido en su cargo el general Gehlen. Poco después de haber sido nombrado para este cargo, un portavoz de la Alemania comunista anunció que «numerosos agentes de la organización de espionaje del general Gehlen habían sido detenidos». Al mismo tiempo echaba las campanas al vuelo porque otro destacado miembro de la organización de Otto John se había pasado a la zona roja.

Gehlen cuando acabó la guerra fué capturado por los norteamericanos y encerrado en un campo de concentración. Puesto más adelante en libertad, entró en contacto con los oficiales de la semisecreta y futura Wehrmacht en Pullach, cerca de Munich. Ahora con su organización entera, que comprende más de cuatro mil miembros, el general Gehlen va a asumir la tarea de rehacer lo que John deshizo. Hay más de cuarenta agencias de investigación en marcha hoy día en la Alemania occidental. También en este aspecto tiene señalada Gehlen una labor de unificación y vigilancia. Quizá de esta manera termine definitivamente un asunto enojoso y aleccionador.

### UNA LABOR ESPERA A LA POLICIA INTERNACIONAL

Un clima perverso y nauseabundo de aberraciones sexuales, chantajes, traiciones, suicidios y muertes inexplicables rodea este tenebroso asunto. La Policía internacional tiene en él campo abonado para desarrollar sus trabajos. De la eficacia con que esta tarea se emprenda depende no sólo la seguridad militar de Occidente, sino también la firmeza de su retaguardia. La mejor arma rusa contra Europa es la disgregación moral. Ha de plantearse, sin desmayo alguno, un rotundo contraataque en este terreno. De lo contrario, por muchas que sean las precauciones tomadas, «la Internacional cuyo nombre no puede decirse» seguirá poniendo sus miembros al servicio del comunismo. El caso de Otto John es una advertencia definitiva e indiscutible.

F. CARANTONA

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

## OTTO JOHN

UN HOMBRE DE LA  
INTERNACIONAL  
CUYO NOMBRE NO  
PUEDE DECIRSE

POSEEDOR DE MIL  
SECRETOS, ES UN  
RESUMEN VIVO DE  
TODOS LOS VICIOS



Aquí vemos a Otto John, jefe del Servicio Secreto de Alemania occidental. Se ha refugiado en la zona soviética de Berlín. Ha traicionado a su patria una vez más. A la izquierda, su íntimo amigo, el sospechoso doctor Wohlgenuth. Abajo: Una sensacional fotografía: John en el taxi que tomó minutos antes de su huida, las 19,45 del 20 de julio



Vea la página 60